



Hada púrpura



Después de una infancia poco común, en la que sus aptitudes paranormales fueron poco más que una atracción de circo, Seven decidió llevar una vida más normal y consiguió un puesto de bibliotecaria.

Sin embargo, su tía, que se hacía pasar por médium y espiritista, necesitaba su ayuda y no dejaba que Seven pudiera olvidar… Los verdaderos problemas empezaron cuando la madre de Jack, un pragmático periodista, acudió a ellas para que encontraran a su nieta, que había desaparecido hacía seis años.

Era más de lo que Seven podía hacer… y Jake aprovechó la ventaja.



Susan Napier

Hada púrpura

Bianca - 511

ePub r1.0

LDS 19.04.16

Título original: *No reprieve*
Susan Napier, 1991
Traducción: María de la Luz B. Rossin

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

¿SEÑORITA Selkirk?

Instintivamente, la mano de Seven se cerró sobre el picaporte, y se preguntó si debía admitir su identidad. En aquellos tiempos no era conveniente confiar en extraños, en particular, extraños con el aspecto de aquel hombre. A pesar de que se encontraba de pie un escalón más abajo que ella, era varios centímetros más alto; por otro lado la expresión de sus ojos no resultaba muy tranquilizadora.

—¿Y bien? —insistió él con una impaciencia tan arrogante que Seven asintió de forma automática, mientras sus ojos grises se abrían mucho a causa del temor.

—Sí, soy la señorita Selkirk —¿sería policía? Tenía un aire de autoridad que sugería que aquel hombre estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería al precio que fuera.

—¿Puedo pasar? —no era una pregunta, sino una exigencia. Ella tuvo que luchar contra el impulso de obedecer por instinto. No podía permitir que su rudeza la intimidara.

—¿Tiene alguna identificación?

—Mi nombre debería ser suficiente identificación —contestó él —. Soy Jake Jackson.

Eso era más que suficiente. Sintió horror. Ante sus ojos pasaron imágenes de titulares sensacionalistas. Dio un paso atrás e intentó cerrar la puerta con fuerza, pero la reacción del hombre fue inmediata y se lo impidió. Empujó la puerta con el hombro y la cadera, haciendo retroceder a la joven hacia el vestíbulo. Entró y cerró diciendo:

—Gracias —como si ella hubiera actuado como una anfitriona cortés, en lugar de haber intentado dejarlo fuera.

—No puede entrar aquí —protestó ella sin aliento. El corazón le

latía violentamente.

—¿Por qué no?¿Está con un cliente? —sus palabras sonaron obscenas.

—Yo… No tiene derecho…

—¿No? —miró a su alrededor. Luego clavó los ojos en la puerta de la habitación que la tía Jane solía llamar «el salón principal». Seven se puso tensa. Su movimiento apenas si fue perceptible, y él ni siquiera la miraba; sin embargo, debió sentir algo en el aire, ya que le sonrió con un gesto triunfal, y se dirigió hacia allí.

—¡No! ¡No puede entrar ahí! —exclamó, dominada por el pánico. Sabía que no podía detenerlo valiéndose de la fuerza física, pues su estatura de un metro setenta resultaría inefectiva contra la de él, de más de un metro ochenta y cinco. Por lo tanto, intentó amenazarlo—. Si no se va inmediatamente, llamaré a la policía.

Él se detuvo y se volvió con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Va a hacerlo ahora? —preguntó con voz suave. Ella interpretó el tono de su voz como inseguridad y asintió con vigor, aliviada.

—Ha entrado por la fuerza en una casa extraña —dijo con valor. Él se encogió de hombros.

—¿Y? Llámelos, pero pida que le pongan con la sección de fraudes. Les interesará mucho el motivo por el que estoy aquí.

—¿La sección de fraudes? —preguntó ella, perdiendo el valor. A cualquier lugar que iba Jake Jackson, inevitablemente lo seguía el escándalo… y las miradas de todo el público. Él se dedicaba a descubrir escándalos y corrupción, y alguien tan vulnerable como Seven sería presa fácil.

—Supongo que pensó que temería a la publicidad —dijo él—. Ha elegido a la víctima equivocada. Soy especialista en descubrir a gente como usted, y en esta ocasión, será un placer personal terminar con su negocio. Ya es hora de que el Clarion lance otra cruzada.

El corazón de Seven dio un vuelco, pues las cruzadas del periódico eran una leyenda entre los medios de comunicación de Nueva Zelanda. Por su crudeza y, a menudo, por su crueldad.

—Me temo que no sé de qué está hablando —manifestó Seven.

—De su falta de moral —le informó molesto—. ¿A cuántas personas más les ha quitado sus esperanzas y dinero? ¿Cuántas

veces ha alimentado los temores más profundos y las supersticiones de sus víctimas, para ganar dinero fácil?

—Eso parece más una descripción de su política editorial que de mí —dijo Seven, con una precipitación poco característica en ella. Inmediatamente lo lamentó. Al ver que los ojos de él se entornaban peligrosamente.

—¿Lo niega? —preguntó él con brutalidad.

—¿Negar qué? Realmente no sé de qué está hablando —al menos, esperaba no saberlo. Sopesar las conflictivas demandas de la culpa pasada y del deber presente, con su deseo de una vida de tranquila intimidad, no había sido tarea fácil, pero creía que lo había logrado bastante bien. ¿Alguien la había traicionado? ¿Quién? ¿Por qué? Ella ayudaba, no hacía daño.

—¿No? —preguntó él y abrió con fuerza la puerta que se encontraba a sus espaldas. A la vista quedó la sala en toda su gloria: las cortinas que dividían la habitación en dos; las exóticas alfombras con signos míticos y zodiacales; el oscuro papel oriental que cubría las paredes, y la mesa redonda con cubierta de terciopelo, sobre la cual se encontraba una bola de cristal.

Seven sintió cómo se ruborizaba, y jugueteó nerviosa con un mechón de pelo castaño de su nuca. Deseó tener dónde esconderse al notar que la mirada de él condenaba la habitación y también a ella. Se había resignado a vivir con el excéntrico gusto de la tía Jane, y pensaba que hacía tiempo que había controlado la necesidad compulsiva de disculparse por ello. Sabía que tenía que decir algo ante él.

—Yo… —¿qué podía decir en defensa de una decoración que gritaba su falta de estilo y gusto?

—Déjeme adivinar —la interrumpió él con sarcasmo—. Tiene alquilada esta habitación a gitanos.

—Por supuesto que no, esto es… esto es… —tartamudeó ruborizada.

—¿El lugar donde Madame Zoé estafa a los incautos, y les quita el dinero con una colección de malos trucos teatrales? —entró en la habitación y ella lo siguió.

—¡Ella no hace eso! —la impresionó la ira del hombre. El cobrar a un amigo unos cuantos dólares por leer las hojas de té, la palma de la mano, o mirar la bola de cristal, no era el fraude que él

insinuaba.

—Oh, vamos, Madame, no es necesario esconderse detrás de pronombres esquivos…

—¿Yo? —Seven abrió la boca. Sintió un gran alivio al comprender lo que sucedía—. ¿Piensa que yo soy Madame Zoé? ¡No lo soy!

—¿No? Ha admitido que es Jane Selkirk…

—¡No! ¡No lo soy! Jane es mi tía. Vivimos juntas —no parecía convencido—. Soy su sobrina.

Por primera vez, los ojos azules de Jackson la estudiaron con detenimiento, y ella se enfrentó a la intensa mirada sin sonrojarse. Sus manos permanecieron relajadas, y su cara con una expresión impasible. Sabía que tenía el aspecto de lo que era… un ser humano normal, muy lejos de cualquier exotismo. Apenas se maquillaba y se recogía el pelo en una sencilla cola de caballo. Todo en ella era limpio y arreglado. Lo único que contradecía la impresión general de respetabilidad era la plenitud de su labio inferior, una provocativa curva que tenía la tendencia inconsciente de ocultar, mordisqueándola.

Mientras él la estudiaba, Seven no tuvo otra alternativa que devolverle la mirada. Ahora que no la dominaba el temor inicial, comprendió que Jake Jackson era un hombre muy guapo. Por supuesto que no tenía el aspecto con que ella se imaginaba al dueño y editor de un periódico que se había especializado en indagar en las profundidades de la depravación humana. Su ropa, aunque casual, era fina, y la llevaba con estilo. Su pelo castaño oscuro le llegaba un poco más abajo del cuello de la camisa, y era un sello de individualidad en un hombre que hacía ya tiempo que había dejado atrás los años juveniles, caracterizados por el desafío a lo tradicional.

Seven pensó que tendría más de treinta y cinco años. A muchas mujeres debían parecerles muy excitantes las arrugas que rodeaban sus ojos, su nariz aguileña y su firme mandíbula. A Seven le parecía intimidante. Prefería a hombres sensibles y gentiles… Aquel hombre parecía tan sensible como una armadura.

El largo silencio comenzaba a ponerla nerviosa. Estaba a punto de preguntarle si ya había visto suficiente, pero tuvo la sensación de que sus palabras, en vez de ponerlo en su sitio, harían que

reaccionara reanudando su ataque. ¿Y si respondía que todavía no era suficiente? Ella se sonrojaría y tartamudearía como una tonta, divirtiéndolo con su ridícula ingenuidad.

—Mi… tía no está aquí en este momento —comprendió que en su ansiedad por escapar de la ira del hombre, se había refugiado en su tía—. No sé a qué hora volverá a casa —bendijo su hábito de limpieza, que le había hecho tirar la nota que su tía había dejado sujeta con un imán en la puerta de la nevera.—. Será mejor que vuelva usted más tarde —sonrió con inocencia.

—¿Dónde está?

—No estoy segura —contestó Seven con vaguedad. Él no apartaba la mirada de su cara y sintió que un rubor de culpabilidad la cubría de arriba abajo—.¿Por qué no me dice que está buscando o qué pretende demostrar? Estoy segura de que es un simple malentendido. Mi tía nunca ha hecho nada ilegal en su vida. Es una anciana inofensiva…

—¡Inofensiva! ¡Yo no llamo inofensivas a las extorsionistas!

—¿Extorsión? —la culpa y la vergüenza desaparecieron inmediatamente ante tal disparate—. Ahora sé que todo esto es un error. No sé qué le habrán dicho, pero se ha equivocado usted de persona.

—¿Conoce a otra Jane Selkirk, alias Madame Zoé, quien se anuncia en la columna personal…

—¿De su periódico? —preguntó Seven—. ¡Tía Jane nunca leería su periódico, mucho menos se anunciaría en él!

Los ojos azules de él brillaron.

—No, no en el Clarion —dijo él—. Nosotros no anunciamos a charlatanes. Las salas de masaje y las agencias de acompañantes son nuestro límite —antes de que Seven pudiera expresar su ira, añadió —: Puede dejar de fingir esa inocencia, señorita Selkirk, pues no la creo. ¡Sabe muy bien para —Si habla de que la tía Jane adivina la buena fortuna, por supuesto que lo sé, pero no hay nada ilegal en interesarse por el espiritismo. Es el pasatiempo de una anciana. Mi tía tiene unos sesenta y cinco años, y a su edad, se está volviendo un poco excéntrica, pero eso no es un crimen. Deben de faltarle buenos artículos, si tiene que venir a molestar a una anciana…

—Yo no lo llamo un pasatiempo, si su tía ofrece sus servicios a cambio de dinero…

—Son unos cuantos dólares, y yo no lo llamaría un servicio profesional. Es sólo un poco de diversión entre amigos. ¡Nadie la toma en serio! —protestó Seven. El corazón le latía con fuerza, como sucedía siempre que se veía obligada a una confrontación.

—Es una privilegiada, si puede darle tan poca importancia a miles de dólares. Me pregunto si la división de inspectores se interesaría por un pasatiempo que generara tantas ganancias. ¿Su tía ha pagado impuestos los últimos años…?

Seven ya estaba muy molesta, puesto que era como hablar con una pared. Nada causaba el menor impacto. Todos sus instintos le indicaban que debía escapar de aquella batalla desigual; sin embargo, tenía que intentarlo por el bien de la tía Jane. Respiró hondo para calmarse.

—Señor Jackson, parece que no estamos hablando de lo mismo. Tal vez, si se calma y me dice con exactitud lo que se supone que ha hecho mi tía, podremos aclarar esto —Seven habló despacio y con firmeza. Por desgracia, dadas las circunstancias, su voz dulce y razonable sonó como un soborno.

—Sin que intervenga la policía… ¿Eso es lo que quiere decir? Olvídelo. Quizá eso le ha dado resultado en el pasado, pero no logrará solucionar el problema de su tía en esta ocasión.

—No es lo que intentaba —dijo ella—. Sólo proponía evitarle a usted la vergüenza de una disculpa pública. Si publica algo acerca de mi tía, lo demandaremos.

—Espero que lo hagan —contestó él, y ella comprendió que hablaba en serio.

—¿Por qué? ¿Por qué hace esto? —preguntó Seven—. ¿Qué le hemos hecho? —de pronto comprendió que había algo más que el simple interés profesional de conseguir una historia. La ira de él parecía demasiado personal e intensa. Seven intentó recordar todo lo que Jake había dicho desde que había llegado a su casa, pero él no le dejaba tiempo para ordenar sus pensamientos.

—¿Todavía se atreve a preguntar eso? —quiso saber él.

—¿Quiere dejar de contestara cada pregunta que le hago con otra? ¿No puede darme una respuesta concreta?

Él entornó los ojos y preguntó:

—¿Quiere decir que de verdad no lo sabe?

Seven respiró hondo y apretó los puños para controlar el deseo

de golpearlo.

—No, no lo sé —dijo ella entre dientes.

—A mí madre le enviaron por correo una copia del anuncio de Madame Zoe…

—Espere un minuto —lo interrumpió ella—. ¿Qué anuncio? —no quería que hubiera más malentendidos.

Él emitió un sonido que indicaba impaciencia, le dirigió una mirada de sospecha, y buscó en el bolsillo posterior de su pantalón. Sacó una billetera y ella vio que en ella llevaba una fotografía de una mujer. ¿Sería su esposa, su novia o su amante? Jake Jackson no parecía el tipo de hombre que se contenta con una relación platónica e inocente. Él quería todo… y sin duda, también su mujer.

Cogió el recorte de periódico que él le entregaba, el cual decía: ¿Ha perdido a un ser querido? No se desespere. El contacto siempre es posible en el plano astral. La muerte y la desaparición son sólo manifestaciones. En el mundo espiritual todo es conocimiento. Conozca su futuro, descubra su pasado, encuentre lo que ha perdido. Madame Zoé puede ayudarlo. Es imprescindible concertar cita. Al final se encontraba la dirección y el número de teléfono de la casa.

Seven cerró los ojos, y sintió en la boca el sabor amargo de la traición. ¿Por qué le hacía eso la tía Jane?

—¿Y bien? —insistió Jackson.

—No tenía idea de que ella había puesto este anuncio en el periódico —contestó— ¿Dice… que su madre lo recibió con su correspondencia? —no quería saber, pero tenía que preguntar—. ¿Sabe quién lo envió?

—¿Necesita preguntar, dadas las circunstancias? Venía con una nota que ofrecía información acerca de la cual nadie más tenía acceso.

—¿Información? ¿Acerca de qué? —preguntó ella.

—No intente jugar conmigo —contestó él. Su sospecha aumentó —, señorita Selkirk, no estoy de humor. Puedo considerar la posibilidad de que usted ignore la extorsión, pero hasta ahí llega mi credulidad. Cualquiera que fuera realmente inocente podía haber hecho la conexión pertinente.

—¿Qué conexión? —murmuró Seven muy intrigada.

—¡Con mi hija perdida! —explotó él—. ¿También va a fingir que

no sabe nada acerca de eso? Salió en la prensa y en la televisión cuando sucedió y recientemente fue el tema central del programa Crime Stop, de donde supongo tomó su tía la idea de explotar a mi madre.

—No veo la televisión —dijo Seven.

—Supongo que tampoco lee —comentó él con sarcasmo.

—Libros… rara vez leo periódicos —era mentira, pues se mantenía al corriente de los acontecimientos leyendo los periódicos serios en la biblioteca.

Él parecía no creerla. Después de todo. Jake Jackson se había hecho rico y famoso debido a que recibía información a todas las horas del día y de la noche.

—¡Ya le he dicho que no quiero juegos! —exclamó él—. No podrá engañarme con tanta facilidad como a mi madre. Puedo actuar con más rudeza que usted, en especial, cuando se trata de mi familia —se acercó más a ella y la joven dio un paso atrás.

—No estoy mintiendo —aseguró con calma—. No sabía que su hija había desaparecido. Ni siquiera oigo mucho la radio. Prefiero escuchar discos y cintas.

Su explicación, en lugar de calmar la ira de él, pareció aumentarla.

—¿Cómo demonios puede vivir sin saber lo que pasa en el mundo? ¿No le importa? ¿Qué hace… pasar todo el día en las nubes?

—Soy bibliotecaria del municipio.

—¿Una bibliotecaria? —exclamó él y volvió a observarla—. Se viste como tal, pero no actúa como el tipo medio. ¡Suponía que los bibliotecarios estaban bien informados! ¡Creía que eran la mina de nuestra cultura popular! ¿Cuántos más como usted hay… gente que nunca alcanzamos, gente que se enorgullece de su maldito aislamiento intelectual?

Se apartó de ella y golpeó la pared con los puños. Seven supo que deseaba que la pared fuera ella. Resultaba obvio que había empleado mucha publicidad para recuperar a su hija, y su plan había fallado.

—Lo siento —dijo Seven.

—¿Lo siente? —exclamó él y se volvió para mirarla—. Oh sí, lo lamentará porque ésta es una noticia que ya no podrá evitar por

más tiempo. Cuando mi madre, en su desesperación, concertó una cita con Madame Zoé, se le pidió dinero, una gran cantidad de dinero, a cambio de información acerca de Rebecca.

La piel blanca de Seven casi se volvió transparente debido a la fuerte impresión.

—No puedo creerlo. Mi tía nunca haría algo tan cruel. Seguramente, su madre entendió mal… Si mi tía intentaba conseguir dinero… ¿por qué no se puso en contacto con usted o con su esposa?

—No tengo esposa. Sin duda, su tía escogió a mi madre porque descubrió que era una anciana vulnerable y crédula. Tal vez usted haya decidido quedarse ciega y sorda respecto al mundo, pero es evidente que su tía no. Mi madre ha dicho muchas veces en público que haría cualquier cosa, que pagaría cualquier cantidad, con tal de recuperar a su única nieta.

—¿No lo haría usted? —preguntó Seven, desesperada por creer que la excentricidad de su tía no podía haber llegado hasta aquel extremo.

Los ojos azules se oscurecieron de ira.

—Averiguaré lo que sucedió con Rebecca, aunque invierta en ello todo lo que tengo. El que me la haya quitado pasará el resto de su vida lamentándolo. No obstante, eso no significa que vaya a arrastrarme a los pies de cada chiflado y estafador que se cruce en mi camino, y puede creer que hay cientos… personas enfermas, malas, avariciosas, que lo único que consiguen es evitar que se encuentre la verdadera pista. Ahora, su loca tía quiere volver a angustiar a mi madre, cuando ella empezaba a aceptar.

—Si… si la tía Jane se ha acercado a su madre —Seven se humedeció los labios—, estoy segura de que ha sido porque está completamente segura de que puede ayudar… —intentó tranquilizarse. Él parecía tan seguro de lo que decía, que la había hecho dudar un poco—. Yo… ella es… una… respetable psíquica…

—Esa frase es una contradicción de términos. Si su tía tuviera algún tipo de información fidedigna, se la habría entregado a las autoridades. Todavía se ofrece una recompensa de cincuenta mil dólares, pero su tía sabía muy bien que su información no serviría; por lo tanto, decidió ponerse en contacto con mi madre. Podrá imaginar la fuerte impresión que ha causado en una mujer que no

tiene muy buena salud. Por desgracia para Madame Zoé, aunque mi madre es muy crédula, no sabe guardar un secreto. Es demasiado honesta para comprender la maldad de otros. ¡Gracias al cielo que eso no se hereda!

Mientras él hablaba, Seven se sentó en la incómoda silla que ocupaban los que visitaban a Madame Zoé, pues le temblaban las piernas.

—¿Qué clase… de información ha ofrecido mi tía?

—¿Ya no está segura de un malentendido inocente? —preguntó él.

Seven ignoró la pregunta.

—¿Qué le ha dicho ella a su madre?

—Muy poco —contestó él y se encogió de hombros—. Por supuesto, la primera sesión sólo fue para pedir dinero. Mencionó algunos detalles personales acerca de mi hija, cosas que cualquiera podría haber leído en los periódicos. Le aseguró a mi madre que ella sabía, por las auras que rodeaban las fotografías, que Rebecca todavía estaba viva… pero que tenía problemas. La deducción a la que naturalmente llegó mi madre, fue que si dejaba alguna piedra sin mover, por pequeña que fuera, podría estar condenando a su nieta a vivir en un infierno o a una muerte horrible…

—¡No! —gritó Seven—. ¿Cuántos… años tiene su hija? ¿Cuánto tiempo hace que desapareció? —esperaba que él respondiera que unos meses, por lo que le impresionó mucho la respuesta.

—Cumplirá ocho años esta semana. Acababa de cumplir dos años cuando desapareció.

—¿Seis años? —¡oh, no! Sus ojos grises se nublaron con horror.

—Sí, seis años… mucho tiempo. Demasiado tiempo para ser tolerante con una bruja que sale de la nada para destrozar a mi madre y acabar con su tranquilidad de nuevo.

—Rubia, ojos azules, con una medalla de oro colgando de su cuello —murmuró Seven.

El cuerpo de Jackson se puso tenso.

—Entonces, sabe algo acerca de ella. ¿Qué es lo que sabe con exactitud? ¿Tiene alguna información acerca de mi hija… acerca de su tía? ¡Dígamelo! —la cogió del brazo y tiró de ella para que se pusiera de pie.

—¡Me está haciendo daño!

—Ni siquiera he empezado —contestó él—. ¡Dígame lo que sepa!

—¡No sé nada! Sólo recuerdo haber visto su fotografía en el periódico, eso es todo —desde entonces, había hecho todo lo posible por olvidar… ¡Aquél era su castigo!

Él no la creyó.

—¿Recuerda que no lee los periódicos? ¿Después de todo este tiempo, de repente sabe cómo era ella? Está mintiendo…

—¡No! Yo… he visto una fotografía de ella recientemente, eso es todo —tartamudeó Seven—. La tía Jane es una gran atesoradora… rara vez se desprende de las cosas. La habitación posterior está llena de viejas cosas que ella insiste podría necesitar algún día. La semana pasada, saqué de allí algunos periódicos viejos, para envolver unos objetos que deseaba guardar. Vi la fotografía en la primera página —no podía decirle a él por qué. ¡Se lo había dicho a su tía… y ahora lo estaba pagando!

—¿Y?

—¡Y nada! —contestó Seven.

Él la soltó con violencia. Seven tuvo que darse un masaje en el brazo para que le volviera a circular la sangre.

Por fin, logró murmurar:

—Siento lo de su hijita. Siento cualquier angustia que haya podido causar mi tía…

—¿Que haya podido?

—Muy bien… que haya causado. Estoy segura de que ella sólo deseaba ayudar, pues es lo único que quiere hacer siempre. El dinero… bueno eso estuvo mal, pero tal vez se dejó llevar y quiso darse importancia. Se está haciendo vieja, a veces ya no razona con coherencia.

—Querrá decir que está senil —dijo él con crueldad.

Seven tragó saliva. Se sintió enferma y tuvo frío, sólo deseaba quedar a solas con su culpa.

—Creo que ya es hora de que se vaya, señor Jackson. Le diré a mi tía que ha venido… —se reprochó su debilidad. Supo que también él la despreciaba, pues le dirigió una mirada desdeñosa.

—Hágalo. Dígale que me llame, si desea ser entrevistada. ¡No me gustaría publicar una historia vista sólo desde un lado! —colocó una tarjeta en los dedos nerviosos y fríos de Seven.

—Yo… Tendrá que hablar con mi tía —salió de la sala y él la siguió.

—Créame que lo haré. Si ella no se pone en contacto conmigo, asumiré que prefiere hablar con la policía —la siguió por el pasillo y esperó a que le abriera la puerta principal.

—Adiós, señor Jackson —quería empujarlo para que saliera a toda velocidad, pero no se atrevió a tocarlo, e inmediatamente, desechó la idea de un contacto personal. Si él no se iba pronto, enfermaría. Podía sentir su mirada ardiente fija en ella y comprendió que su comportamiento turbado sólo confirmaba las sospechas de Jackson. Ya no le importaba lo que pensara, con tal de que se fuera.

Cuando al fin lo hizo. Seven se dirigió a la cocina, para prepararse una taza de café caliente. En él se echó un poco del medicinal whisky de la tía Jane. Le supo horrible; sin embargo, evitó que siguiera temblando.

¿Qué haría? ¿Cómo evitar que aquel hombre cumpliera sus amenazas? Si la tía Jane había pedido dinero por lo que en el pasado siempre había hecho gratis, entonces, tenía derecho a actuar de esa manera y asegurarse de que aquello no volviese a suceder. A pesar de que despreciaba su particular estilo de periodismo, no podía dudar que quería a su hija, y que el no poder hacer nada para recuperarla, lo había sumido en la desesperación. Tal vez por eso él se había comportado e aquella manera… porque ir allí era algo activo que podía hacer en defensa de su familia. Seven conocía muy bien la frustración que se siente cuando se está a merced de otros, pero a diferencia de ella, quien había respondido apartándose y controlándose, Jake Jackson respondía al destino ciego con acción física, arrollando todo a su paso.

Ella lo comprendía muy bien. Comprender… eso le impedía mantener una discusión, dado que podía ver con claridad la validez del punto de vista de su oponente. Comprender era olvidar, y eso la hacía incapaz de sentir egoísmo o malicia. El problema era que todos necesitaban un poco de egoísmo para sobrevivir.

La gente pensaba que porque ella fuera tranquila y tímida, también era débil. Sólo Seven sabía que esa debilidad había sido su salvación.

Jake Jackson salió y se dirigió a su coche. Una vez en él

permaneció inmóvil durante varios minutos, intentando controlarse. Las manos le temblaban mientras oprimía con fuerza el volante, en un intento por controlar su debilidad. Ansiaba la acción violenta, pero no hubiera tenido mucho sentido descargar su frustración en aquella joven asustada. La había sentido frágil entre sus manos. Dudaba que fuera tan inocente como fingía pero, por otro lado, no podía creer que alguien tan débil pudiera haber participado deliberadamente en un delito. Demasiado tímida… demasiado transparente. Si ella supiera algo, lo hubiera informado con su nerviosismo. Tal vez sólo deseaba proteger a su tía de las consecuencias de sus acciones. Le había parecido realmente impresionada ante la idea de chantaje.

Dejó de oprimir con fuerza el volante y sonrió al recordar el horror que habían reflejado aquellos ojos grandes… el pelo recogido en un moño… y la forma en que había gemido cuando él la asustó. Era probable que ella fuera el prototipo de la bibliotecaria solterona… una tirana en su trabajo, para compensar su cobardía en todo lo demás. No parecía valiente, pues el poco valor que había manifestado al decir que llamaría a la policía, desapareció en cuanto él mencionó el escándalo.

Sí… en definitiva, la sobrina resultaría útil si la tía resultaba un hueso difícil de roer.

Alguien tenía que pagar. Aceptar que Rebecca se había ido para siempre había sido muy difícil; Sin embargo, al final lo había conseguido, sin sentir una culpabilidad destructiva. Su madre también lo lograría, recibiendo la ayuda necesaria. Ella tenía que comprender que no era cuestión de fe o falta de ella, sino un asunto de supervivencia. Cualquier extraño que amenazara esa supervivencia, firmaría su propia destrucción.

Capítulo 2

¿CÓMO te atreviste a hacer tal cosa?

—Querida Seven, lo único que hice fue ofrecer ayuda —protestó con sinceridad Jane Selkirk—. Esa pobre mujer… ¿Sabes lo que todos estos años han sido para ella? Todos se han dado por vencidos… hasta la policía y el propio padre de la niña. ¡Charlotte Jackson pareció tan agradecida al oír algo positivo, que me ofreció una recompensa!

Seven se mordió el labio inferior para evitar pronunciar palabras poco amables.

—Ésa no es la cuestión, tía Jane. Se trata de una cuestión de moralidad. El señor Jackson me ha dicho que el dinero no se ofreció, sino que fue exigido…

—El señor Jackson es un escéptico —dijo Jane Selkirk con desdén, como si eso lo explicara todo.

Seven suspiró exasperada. En ocasiones como aquélla sentía como si ella fuera la tutora, y no al contrario, pero en su corazón no había lugar para renegar de esa carga. Cuando la tía Jane se hizo cargo de su hermana y ella, gemelas de siete años de edad, al morir sus padres, era consciente de las penalidades que eso conllevaría a su existencia. Aparte del hecho de que era una solterona de mediana edad, sin experiencia con los niños, existía el problema de que no tenía dinero para darles una educación.

Su hermano Cari había sido un hombre generoso que no había pensado nunca en el futuro y debido a ello, siempre depositaba el dinero que lograba ahorrar en los bolsillos de los más necesitados, o lo invertía en mejorar el circo que era lo que daba sentido a su existencia. El mañana nunca le había preocupado por lo que él y la acróbata con la que se casó una semana después de conocerla,

disfrutaron de cada día de su vida con todo optimismo.

El circo tuvo sus altos y sus bajos; no obstante, Cari y Fay Selkirk vivieron felices, hasta la invernal noche en que un incendio consumió el remolque que era su hogar. Poco pudo salvarse de las cenizas. Con sólo la ropa que llevaban puesta, las gemelas se fueron a vivir con Jane. Seven agradecería siempre que Jane las hubiera recibido con los brazos abiertos, sin demostrar jamás el resentimiento que en ocasiones debió sentir porque un par de jovencitas habían cambiado radicalmente su cómodo estilo de vida.

Seven y Morgan estaban acostumbradas a una existencia libre, la cual consistía en una mezcla de trabajo duro, responsabilidad y libertad. No había sido fácil para ellas adaptarse a las rígidas reglas que exigía su nueva vida, o acostumbrarse a vivir en un solo lugar y asistir a una escuela.

Cuando Morgan tuvo la edad suficiente, se fue a continuar con la vida que había conocido de niña. Seven, en cambio, llegó a amar aquella paz y seguridad, y se quedó contenta como compañera de su tía. A los veintiséis años estaba convencida de que al fin todo iba bien… hasta que sucedió aquello.

Al mirar a su tía, la joven comprendió la ironía de la situación. Mientras que ella se había ido haciendo cada vez más conservadora, Jane Selkirk había experimentado una evolución en sentido contrario. Ahora Seven tenía la esperanza de que su tolerancia resultara tan amplia como lo había sido con anterioridad la de su tía. El problema era que la tía Jane siempre pensaba que tenía razón. Cualquier argumento esgrimido para demostrar lo contrario era una pérdida de energía.

Seven observó a su tía. Tenían más o menos la misma estatura, pero ahí terminaba todo el parecido. Seven era delgada, como su madre, en cambio Jane tenía la constitución robusta de la familia Selkirk. Con sus brillantes ojos marrones, ligeras arrugas y gran alegría, sería el epítome de una dulce ancianita de no ser por la falsa negrura de su pelo y la ropa rara que le había dado por usar. Seven había observado la metamorfosis gradual que había llegado hasta la excentricidad. ¿Qué derecho tenía a impedir que la tía Jane disfrutara de una colorida vejez, cuando siempre había llevado una vida sin color?

—Tía Jane, llegamos a un acuerdo, ¿recuerdas? Prometiste que

serías discreta…

—Lo fui. Me acerqué a la señora Jackson de una forma muy discreta. Ella es una mujer rica, Seven, y está acostumbrada a pagar por la calidad. No me hubiera tomado en serio si yo no lo hubiera planeado sobre una base de negocios. Debido en parte a que le pedí una buena suma, creyó que yo podía hacerlo…

—¿Que podías hacer qué? —preguntó Seven—. ¿Qué dijiste que podías hacer?

Era peor de lo que Seven temía, pues en aquella ocasión, Madame Zoé no se había contentado con promesas vagas, sino que se había pasado de lista con increíble habilidad. Había asegurado a Charlotte Jackson que podía tener éxito donde la policía había fracasado, y le había enseñado su libreta con recortes sobre los casos en que había tenido éxito, así como las cartas de agradecimiento que lo demostraban. Como garantía ofreció devolver el dinero si fracasaba, virtualmente había prometido resultados. Lo único bueno en todo aquel feo asunto fue que no insistió en que el dinero fuera en efectivo y se lo dieran por adelantado.

—¿Cómo has podido ser tan cruel como para avivar las esperanzas de alguien de esa manera? —Seven habló con una ira no acostumbrada—. La única excusa que se me ocurre es que te confundiste a causa de tu propia publicidad. Bueno, eso es todo… no más. Esto tiene que terminar. No tienes más poderes sobrenaturales que… Jake Jackson..

Jane Selkirk pareció encogerse ante la ira de su sobrina; sin embargo, no se dio por vencida.

—No, pero tú sí. Dijiste que estabas segura de que Rebecca Jackson vivía. Pensaste que eso significaba que había sido encontrada, pero la semana pasada fui a la biblioteca central, y revisé los archivos… descubrí que aún estaba perdida. Pensé que a su familia también le gustaría saberlo…

—¿Saber qué? —preguntó Seven—. Yo no sé nada en realidad, y te lo dije, la sensación era demasiado vaga para fijarla.

—Porque no quisiste hacerlo —insistió la tía Jane—. Podrías descubrirlo… si realmente lo quisieras, podrías hacerlo.

—¡No! Tía Jane, han transcurrido años… demasiados años. Lo que sentí pudo haber sido sólo un eco de su existencia.

—Fue secuestrada, Seven. Arrancada del seno de su familia. Tú eres quien es cruel, no yo. Estás abandonando a esa pequeña otra vez.

Seven se sentó en una silla de la cocina y se tapó la cara con sus delgadas manos. Trataba de conseguir que la oscuridad invadiera su cerebro, pero no lo logró. Nunca había odiado tanto aquel don como en ese momento. Durante años había tratado de evitar su intrusión en su vida, había tratado de apartar aquellas sensaciones de conocimiento que de pronto salían de la nada, invadiéndola con pensamientos e imágenes. Sólo cuando se volvían demasiado molestos se permitía abrirse a ellos. Era como tener a otro ser en su interior, alguien sobre quien no tenía control, y que en ocasiones amenazaba con controlarla a ella. Sólo su hermana pudo comprender cómo se sentía y se debía al hecho de que su gemela había crecido aceptando el poder que ambas poseían, como algo natural que podía usarse con libertad. Morgan nunca tuvo escrúpulos sobre el número que las dos hacían en el circo, nunca compartió con Seven la frustración infantil de saber que mientras el público aplaudía el número que las gemelas hacían con su padre, consistente en leer la mente, ninguna de ellas creía que nada de eso era real. La suprema ironía era que la multitud siempre había preferido los trucos con los que su padre adornaba el número, a los momentos de auténtica percepción extrasensorial. Preferían pensar en el truco que Morgan empleaba para descubrir que el hombre de la segunda fila tenía el trozo de cuerda en su bolsillo, que escuchar el relato de algún accidente o desgracia inminentes. Uno va al circo a reír, no a llorar, y era un hecho amargo que la mayoría de las percepciones de las gemelas tenían que ver con el lado oscuro de la vida. El temor, la pena y la ira parecían emitir vibraciones más fuertes que el amor y la felicidad.

Así sucedió con Rebecca Jackson. Seven estaba pelando patatas sobre una hoja de periódico que con anterioridad había sido la envoltura de algún objeto que la tía Jane había sacado de la habitación posterior, cuando el titular que decía que la niña todavía no había sido encontrada llamó su atención. Automáticamente, sus ojos se deslizaron hasta la fecha, y se relajó al ver que aquel periódico era de hacía más de cinco años.

Apartó las mondas de patata y observó la fotografía de la niña

extraviada. Su cara estaba iluminada por una alegría inexplicable. Tenía rizos rubios y una gran sonrisa. La descripción que seguía indicaba que sus ojos eran azules, grandes y muy inocentes.

Seven sintió que la invadía esa energía que ella siempre asociaba con una gran fuerza vital y sintió alivio. Cualquier cosa que le hubiera sucedido a aquella pequeña, no era la muerte. Había una vaga corriente oculta de intranquilidad, asociada con aquel encanto, pero nada que presagiara una tragedia.

La intranquilidad no desapareció cuando Seven leyó toda la historia, y, de forma inconsciente, bloqueó el nombre de la niña, negándose la realidad de su identidad. Seleccionó sólo lo que deseaba saber. La niña de dos años había sido secuestrada en un centro comercial, dos meses antes de la fecha del periódico. El contenido de la historia sugería que las investigaciones no habían tenido éxito. El inspector de policía que estaba a cargo de la investigación mencionó el hecho de que se tenía el dato, no confirmado, de que se había visto a la niña con un hombre en un coche. No se recibió ninguna llamada pidiendo un rescate. Al leer que la policía temía por la seguridad de la niña, Seven se impresionó, pero apartó la idea del asesinato como imposible. Cada vez que miraba esos ojos en la fotografía, sentía que lo que había sido un gran misterio hasta aquel entonces, se había resuelto de una forma feliz.

Seven se quedó convencida de que todo se había solucionado satisfactoriamente y tiró el periódico a la basura. Sin embargo, no dejó de sentir una intranquilidad muy turbadora, por lo que en la cena mencionó el asunto a tía Jane. Las dos estuvieron de acuerdo que dada la vaguedad de sus impresiones, así como el tiempo transcurrido, la cuestión era sólo académica. No tenía sentido llamar al amigo policía de la tía Jane.

Al principio, el detective Hedges no había apreciado mucho el ofrecimiento de ayuda de una parasicóloga para localizar a alguna persona extraviada, pero después de tres sesiones, había cambiado de opinión acerca de la excéntrica anciana que ocasionalmente le llamaba por teléfono para ofrecer sus servicios. La tía Jane se alegraba de servir como conducto de información en aquellas raras ocasiones, cuando Seven no podía evitar o ignorar su deber. Su tía fue la que trató con el detective y recibió la publicidad, mientras

que Seven se sentía feliz escondiéndose detrás de la popularidad de la anciana. Ya era bastante malo que en ocasiones sus presentimientos fueran demasiado fuertes como para ser negados. Por lo tanto, se valía de la tía Jane. En ocasiones sospechaba que cuando las cosas iban demasiado lentas, deliberadamente la tía Jane atraía su atención hacia algún caso célebre, con la esperanza de que Seven experimentara algunas de sus «visiones brillantes», que era la forma en que la policía describía su ayuda.

—De acuerdo, ayudaré —dijo al fin Seven. La tía Jane unió las manos en un esfuerzo para no manifestar demasiado su alegría.

—¡Sabía que lo harías! Sabía que no dirías que no. No lo lamentarás, Seven —dijo la tía Jane y sonrió.

—Ya lo estoy lamentando —contestó Seven. En ocasiones, la tía Jane tenía la sabiduría de Salomón, pero en otras, la ingenuidad de una niña. Seven nunca sabía qué esperar—. Sin alboroto, tía Jane… y suceda lo que suceda, no se volverá a hablar de precio. No quiero que ese hombre tenga más motivos de queja —suspiró. Sabía que si Jake Jackson descubría que habían ignorado sus advertencias, tendrían serios problemas; no obstante, Seven prefería enfrentarse a aquel hombre que al destino implacable, pues al menos, al luchar contra él tenía la oportunidad de ganar.

Dos días más tarde, Seven acompañó a su tía hasta la casa de los Jackson. Seven se sorprendió al conocer a Charlotte Jackson, pues esperaba encontrarse con una mujer débil y tal vez neurótica, dados los comentarios que su hijo había hecho acerca de su vulnerabilidad. Charlotte era una mujer alta, delgada, con aspecto fuerte, y que no parecía necesitar la protección de nadie.

Charlotte pasó a sus visitantes al hermoso salón, el cual daba hacia el patio posterior y la piscina. Los muebles eran modernos, en tonos azul y gris, y la habitación daba la sensación de ser un hogar, no una lujosa sala de exhibición.

Al saludarlas, Charlotte les estrechó la mano con firmeza, pero al apartarse, Sevan notó que le temblaban un poco los dedos. Se sentaron. Charlotte encendió un cigarrillo y sonrió un poco.

Seven había elegido para la ocasión un traje gris. Mientras Charlotte Jackson hablaba de su nieta, el dolor podía sentirse en sus palabras.

—El no saber es lo que produce más tensión —manifestó

Charlotte—, y el que el nombre de Rebecca ya no se pronuncie. La gente ya no quiere saber nada del asunto. Es como si experimentaran una sensación de fracaso por su desaparición, como si los criticara al mencionarla. Pienso que eso se debe a que hubo mucha publicidad. Entiendo que los motivos que Jake tuvo en aquel entonces para dar tanta publicidad, fueron hacer que todos sintieran que tenían la responsabilidad de encontrar a Becky y al hombre que se la llevó. Sin embargo, tuvo sus desventajas. Es muy difícil mantener la fe cuando todos le ofrecen a uno piedad y condolencias, porque creen lo peor —encendió otro cigarrillo, cuando todavía quedaba la mitad del anterior sin fumar—. Por supuesto que fue muy difícil para él, pero al menos tenía su trabajo para distraerse.

Por lo que dijo Charlotte, Seven se enteró de que su única razón para vivir era el cuidado y educación de su nieta.

—Por supuesto, en un principio esperábamos que pidieran rescate o nos enviaran alguna nota, pero no hubo nada. Ése fue el primer golpe… —no estaba tan controlada como parecía—. Esperar la llamada que nunca llegó… convencidos contra toda esperanza de que se trataba de un secuestro —notó la mirada impresionada de Seven y se dirigió a ella por primera vez—. El que hubieran pedido un rescate nos hubiera dado un motivo, una pista. Si no era secuestro, entonces teníamos que aceptar que era algo peor, que algún maníaco la había… El periódico de Jake ha cubierto esta clase de historias lo suficiente como para saber que, cuanto más tiempo pase sin que aparezca la niña, es más probable que sea encontrada muerta. Si es una niña pequeña, y no ha sido secuestrada por dinero o rencor… bueno…

Los ojos azules brillaron emocionados y tuvo que respirar hondo.

Después de un momento añadió:

—La única persona que dio noticias fue un joven que ni siquiera pudo dar una descripción adecuada ni del hombre ni del coche que aseguró haber visto. La recompensa que ofrecíamos no ayudó mucho tampoco, al contrario, sólo propició las llamadas engañosas. No pueden imaginar cuántas veces aumentaron nuestras esperanzas para después descubrir que se trataba de alguien que quería la recompensa. No podía dejar de tener esperanzas… no puedo.

Incluso esas llamadas eran mejor que no recibir ninguna. Estos últimos años han estado marcados por un silencio largo e insoportable. No quiero olvidar… no debo hacerlo. Jake piensa que estoy loca, pues él ya se ha dado por vencido. No cree que Becky todavía esté viva. Piensa que algo terrible le sucedió hace años, que está enterrada en algún sitio, o en un río… Si no, alguien la hubiera visto… una pequeña que no pertenecía al lugar donde estaba.

Le tembló la boca y Seven supo que miraba a una mujer con gran valor a punto de derrumbarse. ¡Con razón Jake Jackson estaba preocupado! Tanto dolor guardado durante tanto tiempo, haría que algo cediera. Lo único que mantenía íntegra a Charlotte Jackson en ese momento, era la ligera esperanza de que Madame Zoé la ayudara.

Seven tomó una decisión en ese momento… si estaba en sus manos, ayudaría a aquella mujer.

—¿Qué piensa la policía? —preguntó a Charlotte.

—El caso todavía está abierto. Por mi bien, la gente finge que nunca sucedió, que Rebecca nunca existió… hasta Jake actúa así. Y no quiero fingir más. Ella sí existió y quiero afirmarlo. Quiero saber. Eso es lo único que pido ahora… no recuperarla… sólo saber —dijo Charlotte con desesperación.

Seven recordó que el anuncio decía: «Conozco su futuro, recupere lo perdido». Eso debió parecer a Charlotte la respuesta a su plegaria.

—¿Todavía tiene algunas cosas de Rebecca? —preguntó la tía Jane. No había hablado hasta ese momento, ya que el sufrimiento de la mujer la había impresionado mucho.

—Oh, su habitación está como cuando ella desapareció. Jake quiso disponer de su ropa y juguetes, pero yo no se lo permití… Eso hubiera sido como admitir la derrota, ¿no es así? —Charlotte se puso en pie y encendió su cuarto cigarrillo—. Está arriba… siempre nos preocupábamos por la escalera, pero ella subía con increíble facilidad.

—Señora Jackson, antes de que continuemos… mi tía ha decidido que no quiere recibir nada de dinero por lo que está haciendo —dijo Seven—. Si puede ayudar, lo hará, pero porque desea hacerlo, no por obtener ningún tipo de ganancia.

—¡Oh, Madame Zoé! —sus ojos azules brillaron de alivio y cogió

la mano de Jane.

—Tal vez, como esto no es un trabajo contratado, pueda llamar a mi tía por su verdadero nombre —sugirió Seven—. Sólo usa el nombre de Madame Zoé por motivos de negocios, su nombre es Jane Selkirk.

—Eso me dijo mi hijo —sonrió con afecto a sus visitas, dándole un indicio a Seven de la mujer que debía haber sido hacía seis años, antes de que la tragedia minara sus emociones—. Me temo que él hizo todo lo posible por convencerme de que usted sólo estaba detrás de mi dinero. Me alegro de no haberle hecho caso. Ahora, él tendrá que tragarse sus palabras, ¿no es así?

—¿Podemos subir? —preguntó la tía Jane de pronto. Todavía luchaba con la desilusión de haber perdido su nombre comercial, al igual que la ganancia.

—Por supuesto… Jane. Llámame Charlotte. Después de todo, seremos amigas, no conocidas por negocios… y… ¿Seven? No es un nombre común.

Al menos, no dijo que era un nombre extraño.

—Nací siete minutos después de las siete de la mañana, del séptimo día del séptimo mes… también fui la séptima criatura que nació ese día en el hospital. Mi madre pensó que Seven era el nombre apropiado.

—Bueno, ella no podía ignorar los presagios, ¿no es así? —dijo Charlotte y sonrió. Las condujo por la escalera alfombrada.

La habitación de la niña era una imagen congelada del pasado. La cuna se encontraba junto a la ventana. Sobre las paredes de color crema había calcomanías, y los juguetes se encontraban en una caja roja en un rincón. Había una pequeña estantería llena de libros ilustrados. En la pared del lado de la cuna podían verse fotografías… Rebecca en un tiovivo, con su orgullosa abuela; riendo en un columpio; llorando en un tobogán; dormida; soplando las dos velas de una tarta, riendo; viviendo…

Era una habitación llena de recuerdos y de amor. Seven se detuvo en la puerta, no deseaba entrar. Observó cómo Charlotte señalaba los libros preferidos de Rebecca, sus juguetes… escuchó que hablaba en tiempo presente de su nieta, explicando su personalidad. Seven sintió cómo la tensión iba en aumento, cómo crecía como una pared invisible ante ella. Era una barrera que tenía

que romper. Todavía dudó…

Charlotte se volvió, como si presintiera que Seven no quería entrar, y dijo:

—Supongo que una parasicóloga diría que hay algo malo en mí por conservar todo de esta manera —su tono parecía desesperado —. Supongo que sí, porque aun cuando… la encontráramos, ya sería demasiado mayor para todos estos juguetes y ropa. No podía permitir que ella volviera y no encontrara nada… sólo una habitación vacía. Ella necesitará saber que no hemos olvidado…

Hubo un momento de silencio. Jane se recuperó y recordó su papel.

—¿Cree que me podría prestar una de esas fotografías? —señaló —. Eso ayuda a tener una imagen visual fuerte de la persona que buscamos.

—Por supuesto —contestó Charlotte.

Seven sucumbió ante el dolor. Dio un paso y después otro, sentía que la atmósfera de la habitación se cerraba a su alrededor. Al fin desapareció toda su resistencia, y se obligó a mirar el estropeado pingüino que estaba en una esquina de la cuna… aunque no quisiera verlo, podía sentirlo. Nunca había podido descubrir lo que experimentaba en esos momentos de precognición. Sintió que esa inexplicable sensación se hacía más intensa… Siempre sentía temor a caer un día demasiado en el abismo de aquellos trances.

Sabía que algo la esperaba en la oscuridad, algún conocimiento, algo a lo que podría asirse… pero, ¿y si no lo lograba?

—Ése es Percy —comentó Charlotte—. Rebecca nunca se dormía sin él. Es una tontería, pero en lo único que podía pensar al principio era en que no se habían llevado a Percy también. Me hubiera sentido mejor si se lo hubieran llevado, pues al menos sabría que ella tenía algo que quería cerca. Lloraba si no la acostábamos con Percy…

—Eso es justamente lo que deseamos —manifestó Jane—. Un objeto con fuertes conexiones con la niña —miró a Seven, quien no se movió. Jane apretó los labios con impaciencia y se inclinó para coger el pingüino. Al hacerlo, se oyó un ruido en la entrada principal.

Charlotte dudó y, por un momento, pareció que iba a quitar a Jane el amado pingüino; enseguida corrió a la ventana y miró hacia

el sendero.

—¡Oh! ¡Es Jake! Estaba segura de que no vendría a casa ahora. Tal vez sólo venga por un momento… ¿quieren esperar aquí? —se detuvo y se controló—. No, eso es una tontería, él tendría que saberlo… y eso puede ser ahora. Lo siento, pues quizá les diga alguna descortesía, pero no puede evitarse. Jake es… bueno… es demasiado protector en lo referente a mí; sin embargo, quiero que sepan que él no dirige mi vida. A él puede no gustarle lo que yo haga, pero tampoco puede detenerme.

A lo lejos se oyó cerrarse una puerta y que subían los escalones de la entrada.

—¡Soy yo! —su voz tranquilizadora llegó hasta ellas, no obstante, ninguna de las tres mujeres se sentía tranquila.

Charlotte se detuvo en la puerta para encender otro cigarrillo. Seven notó que mientras habían estado en la habitación de su nieta, no había encendido ninguno, ni había parecido echarlo de menos. De manera consciente o subconsciente, la habitación de la pequeña se consideraba un lugar sacrosanto, un símbolo de inocencia en un mundo de dolor.

Desde la parte superior de la escalera podía ver al hombre que se encontraba abajo y que hablaba con una mujer que llevaba un delantal. Seven supuso que se trataba del ama de llaves y, por instinto, se colocó detrás de las otras dos mujeres. Las palmas de las manos se le humedecieron ante la inminencia del enfrentamiento.

Cuando Charlotte empezó a descender, Jane se volvió de pronto haciendo ruido. Eso atrajo la atención de Jake y la mujer. Colocó el pingüino en los brazos de Seven.

Era como haber recibido un fuerte golpe en la cara. Seven abrió mucho los ojos y se encontró con la mirada sorprendida y furiosa del hombre que se encontraba abajo. Las defensas de su mente hicieron que perdiera el conocimiento. Sin hacer ruido, cayó y sintió que se hundía en la oscuridad.

Capítulo 3

SEVEN recuperó el conocimiento despacio. Sentía algo muy suave debajo de ella, y algo cálido que la cubría. Percibió la confortable caricia del aliento de alguien en su frente. Abrió los ojos. A unos quince centímetros de distancia, vio unos familiares ojos azules y cerró los suyos al instante.

—Vamos, señorita Selkirk, sé que está consciente —la voz tenía un tono de amenazante impaciencia.

Las pestañas largas y de color castaño de Seven temblaron, y las delicadas mejillas que segundos antes tenían la palidez de la porcelana, enrojecieron. Necesitó hacer uso de todo su valor para obedecer la orden. Volvió a abrir los ojos. Tenía las pupilas enormes y oscuras.

La suavidad que sentía debajo de ella era la de un lujoso sofá de piel. La cubría una ligera manta. Muy cerca estaba Jake Jackson, tenía el brazo sobre su cuerpo, y su cadera rozaba sus piernas extendidas. El resto del cuerpo de él estaba duro y tenso, y la expresión de su cara no era de compasión. Al ver la mirada de sus ojos azules, Seven se estremeció y volvió a palidecer.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó la tía Jane junto a su hombro, pero Seven no podía apartar los ojos del hombre que la tenía prisionera en la intensidad de su mirada.

—¿Qué sucede? ¿Le ha comido la lengua el gato? —preguntó él, al ver que Seven no hablaba—. Se supone que debería preguntarnos qué ha sucedido y dónde está.

—¡Jake! —exclamó su madre con ansiedad, desde el otro lado del sofá—. ¿Por qué le hablas así? Ella ha tenido una mala caída.

—Mmm… ¿Se ha roto algún hueso? —deslizó la mano con insolencia por el cuerpo de Seven, debajo de la manta. Sonrió al ver

cómo ella se encogía sobre los cojines.

—¡Jake! —Charlotte dirigió una mirada de disculpa a Seven.

—Bueno, ha sido una caída muy oportuna, ¿no es así? —preguntó él. Apartó su mano, pero no su insolente mirada—. Muy dramática y perfectamente representada, para evitar el mal momento. En realidad, no me sorprendería que la señorita Selkirk de pronto sufriera un ataque de amnesia. ¡Qué lástima que no logró tirar también a su tía… eso hubiera solucionado todos sus problemas!

—Señor Jackson, no hay necesidad de insultar —dijo la tía Jane con dignidad ofendida.

—Yo diría que es muy necesario. Resulta obvio que no se tomó en serio mi advertencia. Eso significa que es muy tonta o demasiado avariciosa para aceptar la derrota. Tal vez pensó que un adecuado accidente la incapacitaría y conseguiría que yo le diera el dinero. Olvídelo. Llamaré a la ambulancia para que curen su golpeado cuerpo, señorita Selkirk, pero no le pagaré ni un centavo durante su larga y costosa convalecencia.

¡Ya era bastante malo que él creyera que ella se había caído deliberadamente por la escalera, pero insinuar otro motivo peor!… Seven apartó la manta e intentó ponerse de pie.

—Aléjese de mí —murmuró ella—. Deje que me levante —Jake no se movió, su brazo y su cuerpo evitaban que ella escapara—. Deje que me levante —se incorporó y lo empujó con fuerza con el codo. Seven aprovechó la sorpresa de él para ponerse de pie, aunque resultó que fue demasiado pronto.

Manchas rojas bailaban ante sus ojos, se mareó y se llevó la mano a la cabeza.

—¡Jake, sujétala, va a caerse otra vez! —exclamó con urgencia Charlotte. Su hijo se limitó a mirar cómo la joven se tambaleaba.

Seven interpretó mal los movimientos de él y dijo:

—¡No me toque! —sus ojos grises brillaron con fiereza.

Él alzó las manos y respondió:

—No pensaba hacerlo —murmuró. Su cerebro volvía a funcionar, ahora que la ira había desaparecido. Había asistido a varios combates de boxeo y conocía los signos de cuando alguien se aturde por un golpe. Sin importar cuáles fueran sus intenciones, resultaba evidente que ella se había golpeado.

Él estaba seguro de que la chica no se había dado en la cabeza al caer, pero su aspecto era tan frágil que cualquier pequeño golpe podía haberla afectado más de lo normal.

—Será mejor que se siente, antes de que se caiga otra vez —e aconsejó él.

—¡Váyase al demonio! —exclamó Seven con vehemencia, sorprendiéndose.

Sin poder evitarlo, él sonrió y observó con interés cómo ella intentaba dominar sus débiles piernas.

—Tal vez será mejor que te sientes hasta que estés mejor, querida —sugirió la tía Jane—. Estás muy pálida —sin lugar a dudas la expresión de preocupación de la tía Jane era real; sin embargo, Seven supo que su fértil mente pensaba en cómo sacar mejor ventaja de la situación.

—Estoy perfectamente bien —aseguró Seven, y para demostrarlo dio un paso.

—¡Oh, Dios santo! —Jake la cogió de un brazo. Seven emitió un grito al encontrarse contra su pecho. Vestía traje, pero la chaqueta estaba abierta, y a través de la fina camisa, pudo sentir el vello que cubría su pecho. Sus pensamientos se distrajeron y él aprovechó la distracción para sentarla sin ceremonias en el sofá. Seven permaneció sentada, intentando recuperar el aliento y la dignidad. La joven estudió su ropa mientras se recuperaba, consciente de que él estaba de pie allí, con los brazos cruzados, disfrutando de su pequeña victoria.

—¿Quiere que pida a la señora Taylor que le prepare una taza de té? —dijo Charlotte—. Estoy segura de que le sentará bien, después de esa fuerte impresión —le dirigió a su hijo una mirada de desaprobación, que recibió encogiéndose de hombros con cinismo.

—Un trago de whisky sería más efectivo —indicó él—. Tal vez yo beba un poco.

Se encontraban en una habitación que Seven no había visto con anterioridad. Apretó la boca en señal de desaprobación, al ver que él se acercaba al bien surtido bar, que se hallaba en el mueble que ocupaba la pared. Un ordenador y una impresora ocupaban el escritorio situado detrás de un ventanal que daba al jardín. Aunque había dos sillones que hacían juego con el sofá, la habitación era austera. Seven supuso que era el lugar de trabajo de Jackson, la

habitación que se encontraba al pie de la escalera. ¿Había rodado tantos escalones?

El se sirvió una copa y, con la botella en la mano, se volvió.

—No, gracias —le indicó Seven. Él arqueó las cejas al detectar su desesperación.

—¿Es una puritana, además de bibliotecaria, señorita Selkirk? —preguntó él—. ¿Le gustaría quitarle a la vida toda su variedad y color? ¿Considera su obligación censurar los libros que están en sus estanterías? Seguro que lo hace. Seguro que la literatura que le gusta es tan artificialmente limpia y pulcra como usted.

Seven se ruborizó, no porque él tuviera razón, sino porque ella estaba equivocada. Después de todo, ya era tarde y él acababa de llegar después de un arduo día de trabajo. Era probable que necesitara una copa, auque sólo fuera para lavar el mal sabor de boca que le dejaron los artículos que había publicado aquel día. Lo que él hiciera en la intimidad de su hogar, no era asunto de ella.

—Iré a decirle a la señora Taylor que ponga agua a hervir —dijo Charlotte con firmeza, aprovechando ese momento de torpeza—. Tomaremos el té en el salón. Todos podremos sentarnos y mantener una charla civilizada acerca de esto. Descanse unos minutos —le dijo a Seven y le tocó el hombro—, cuando se encuentre mejor, venga a reunirse con nosotras. Estaremos en la habitación contigua.

Horrorizada, Seven vio que su tía seguía a la mujer, mientras que con discreción se ponía las manos a la espalda y le hacía señas. ¿Acaso esperaba que su sobrina suavizara a un cliente tan difícil como Jake Jackson?

—Oh, pero… tía Jane, no podemos quedarnos. Nosotras… yo…

—¿Tiene que quemar libros? ¿Destilerías que destruir? —sugirió Jake. Ocupó el sillón opuesto al sofá, y levantó su copa para brindar, mientras Seven veía como desaparecían las dos mujeres.

—Señor Jackson, sé que no nos quiere aquí…

—¡Qué perceptiva es!

—No me he caído deliberadamente por las escaleras. Yo… he tropezado.

Él dio un trago de su copa y la miró por encima del borde.

—Me pregunto por qué no le creo —murmuró él.

Porque ella mentía, ése era el motivo… intentaba no pensar en lo que había ocasionado que perdiera el conocimiento, mucho

menos quería hablar de ello. Bajó la mirada y jugueteó nerviosamente con su falda. Aquel hombre había hecho carrera sacando la verdad a la gente… para después interpretarla a su manera. ¿Quién sabía la técnica que emplearía con ella? Seven se aclaró la garganta.

—Su madre… le rogó a mi tía que viniera. Estaba intranquila…

—Los dos conocemos el motivo —dijo él.

—Sí, por la forma en que usted actuó… —le contestó, armándose de valor.

—¡Yo! —el whisky se movió de forma peligrosa en la copa.

—Haciéndola sentirse mal por lo que hacía, como si ella no tuviera ningún derecho a tomar sus decisiones. El hecho de que alguien tenga creencias y aspiraciones diferentes a las suyas, no significa que sea un tonto que deba ser ignorado…

—¿En que vasta experiencia de la naturaleza humana basa ese argumento, señorita Selkirk? ¿En toda una vida al servicio de una biblioteca? ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta? Bueno, yo tengo treinta y seis, y he visto mucho más del mundo… conozco el daño que las teorías como las suyas pueden causar…

—¡Tengo veintiséis años! —dijo Seven.

—Parece mayor —comentó él y dio otro trago—. Debe ser el ambiente que la rodea… eso, o la tensión que debe generar tratar de controlar a esa loca que tiene por tía.

—No está loca —aseguró Seven—, y el ambiente de la biblioteca me gusta… cambia constantemente para satisfacer las necesidades de cada nueva generación de lectores. Para su información, disfruto de mi trabajo. Es muy satisfactorio. Al menos, lo que hago, tiene valor social.

—¿Y piensa que lo que yo hago no lo tiene? —preguntó él y ella se mordió el labio inferior.

—Yo… no he dicho eso.

—Lo ha dado a entender.

—Sí, bueno… —Seven apartó la mirada de sus penetrantes ojos.

—Vamos, señorita Selkirk. ¿Ni siquiera tiene valor para mantener sus convicciones? Tal vez tenga algo de que alardear profesionalmente, pero en el aspecto personal, tiene poca ética. Después de todas sus impresionantes protestas, aquí está, perpetuando el mito cruel.

—Supongo que es natural que un hombre que pasa los días revolcándose en la inmundicia, se habitúe al hedor —dijo Seven—. Ese periódico suyo le ha deformado la mente. En su mundo, todos tienen un motivo oculto para sus acciones. Al menos, yo tengo una mente abierta, señor Jackson. ¡Usted tiene una cloaca abierta! —ignorando su malestar, se puso de pie. Él la imitó, dejando caer su copa vacía al suelo al bloquearle el paso hacia la puerta.

Seven abrió mucho los ojos, le resultaba difícil sostenerle la mirada. No se atrevió a parpadear mientras él la observaba.

—Vaya, vaya… el pequeño ratón tiene dientes… y afilados. Tal vez el pequeño ratón sea una rata.

—Sólo los de la misma especie se conocen —contestó Seven y se ruborizó por su reacción infantil. La idea de que él la comparara con un ratón resultaba extremadamente dolorosa. Sabía que no poseía una gran belleza, y que no tenía una gran personalidad, pero no todos habían nacido para ser brillantes y osados.

—Así es —dijo él y estudio su sonrojo. Su ira se apagó—. Ya está advertida. Sea sensata… manténgase alejada de mi camino. No caiga en la tentación de hacer algo tonto.

Seven levantó la barbilla con desafío.

—A diferencia de su madre, se me permite tomar mis propias decisiones —dijo Seven.—. Nadie me obliga a hacer nada que no quiera… —era la verdad. Pensó en toda la gente que pensaba que como ella no demostraba demasiada seguridad, era una persona fácil de dominar—. Ni siquiera usted.

—¿No? —preguntó él y se inclinó hacia delante; su cara quedó muy cerca de la de la joven. Emitió un sonido que la hizo estremecer. Seven dio un paso atrás, sorprendida, y él se echó a reír —. Ratoncito… se asusta de su propia sombra.

—Eso no es lo que pensaba hace unos momentos —señaló Seven, pues prefería que él pensara que era una persona intransigente, y no una persona sumisa que sufría sin protestar.

—Hace unos momentos no era así. ¿Es la bibliotecaria principal?

Seven se sorprendió por el cambio de tema.

—Sí —admitió con precaución. Él sonrió, como si le hubiera contado un chiste.

—Una mujer con poder ilimitado en su pequeño dominio —indicó él.

—Soy eficiente en mi trabajo —aseguró Seven. Él parecía encontrar divertida su carrera, cuando en realidad era muy satisfactoria.

—No he dicho que no lo fuera —comentó él—. Tengo que ir a verla un día. ¿En qué sección se encuentra? Tal vez vaya y me haga el carné.

Seven lo miró horrorizada. Por algún motivo, la idea de que invadiera la paz de la biblioteca St Thomas le resultaba inaceptable. Ella nunca había sido una de esas parasicólogas que aseguraban haber visto auras rodeando a la gente, eso era cosa de su tía. Si embargo, no le costaba mucho imaginar a aquel hombre encerrado en un campo azul y blanco de electricidad estática. Eso impedía su concentración, oscurecía los mensajes que su cerebro interpretaba. Le resultaría difícil pensar adecuadamente si él estaba cerca, y mucho menos podría concentrarse en su trabajo.

—Ya me siento mejor —dijo Seven—. Creo que…

—Puedo averiguarlo —cortó él—. Se sorprendería al conocer las fuentes de información que tengo.

—Oh, no me sorprendería —murmuró Seven, pues sabía que él no dejaría piedra sin levantar, en busca de una jugosa historia. ¿Qué sucedería si él se presentase en la biblioteca y armara un alboroto? Seven odiaría más eso que la publicidad de un caso en los tribunales. La biblioteca era su refugio—. Debo irme —se volvió, con la intención de reunirse con su tía.

—Mi madre nos ha invitado a mantener una charla civilizada, ¿recuerda? ¿No puede confiar en sí misma, cuando estoy cerca, para ser civilizada, ratoncito?

—Deje de llamarme de esa forma —le ordenó Seven.

—Me niego a seguir llamándola señorita Selkirk. Ese tratamiento cortés es redundante en nuestro caso.

—La cortesía nunca es redundante —aseguró Seven—. Pienso que un poco más de formalidad en el mundo resolvería muchos de sus problemas.

—Así es —murmuró él, mientras entraban en el salón donde Charlotte y Jane charlaban con las cabezas muy juntas, mientras tomaban té. Hablaban en voz baja, en tonos intensos, pero callaron de pronto. La tía Jane empezó a echar azúcar en su té, mientras los ojos de Charlotte notaban la mirada de sospecha de su hijo, así

como la agitación de Seven. ¿Qué sucedía? La tía Jane nunca tomaba azúcar con el té.

—¿Leche o limón, Seven? —preguntó Charlotte y cogió la tetera.

—¿Seven? —preguntó Jake—. ¿Seven? —la risa se percibía en su voz cuando se volvió para mirarla—. ¿Tiene un número, en lugar de un nombre? ¿Usa el sistema Dewey para clasificar a la gente en su vida, igual que los libros? Me pregunto qué clasificación corresponde a Seven… ¿quizá ficción? ¿Ciencia-ficción, fábulas, moralejas?

—Jake, no es agradable bromear acerca de los nombres de las personas —intervino Charlotte—. Después de todo, ella no lo eligió. Pienso que es un nombre muy distintivo y atractivo. No le hagas caso, Seven, nunca se ha repuesto del hecho de que le hayamos puesto el nombre de John. Es un nombre demasiado común, y desde que era niño, Jake estaba convencido de que estaba destinado a hacer cosas extraordinarias. Al cumplir los siete años, anunció que respondería a J J… y a nada más, pero su padre intervino. James dijo que ningún hijo suyo se iba a ocultar detrás de unas iniciales, aunque fueran muy distintivas. Entonces fue cuando decidimos llamarlo Jake, ¿no es así, querido? Eras un niño muy belicoso. He notado que sus empleados lo llaman J J. —comentó—. Como puedes ver, al final se salió con la suya —suspiró, como si fuera algo a lo que se hubiera resignado hacía mucho tiempo. Comprendió que a su hijo no le gustaría que hablara de su niñez a aquellas dos mujeres, por lo que decidió explicar por qué le habían puesto ese nombre a Seven.

—Gracioso —dijo Jake—. Creía que se llamaba Abigail, Mabel o Victoria —comentó con desdén.

—Eso demuestra que no siempre tiene razón —señaló Seven.

—Lo admito; no obstante, cuando me equivoco, me gusta saber por qué y cómo. No me limito a retirarme. Investigo los hechos y lo intento de nuevo —era una amenaza que sólo Seven pareció captar.

—Para adaptarlos a su teoría —aclaró Seven con desprecio.

La expresión de Jake se endureció, pero no intentó negarlo, sino que permaneció de pie, desafiándola a continuar con aquel tema. Seven se dio cuenta de que era una invitada no bien recibida en aquella casa, y, sin embargo, se atrevía a darle lecciones sobre modales y ética. Ella se había quejado de que él entrara en su casa

con tanto desparpajo, pero ella no era mejor. Dejándose llevar por sus buenos modales, Seven comentó:

—Lo lamento… —odiaba disculparse. Su tía deseaba que ella lo tranquilizara, y lo único que había logrado era agitarlo más con su actitud—. No… he debido decir eso.

—¿Por qué no, si es su opinión? —dijo Jake.

—Yo… he sido muy descortés.

—Yo la he provocado.

—¡Oh, no! Sí… eso es… Estoy segura de que usted… usted…

—¿No lo he hecho a propósito? — comentó él.

Los dos sabían muy bien que la había molestado; sin embargo, la cortesía exigía que ella aceptara la rama de olivo que le ofrecían.

—¡Sí! Estoy segura de que no quiso…

—¿Llamarla tramposa, mentirosa, mujer sin corazón y con poca moral?

—¡Jake! —exclamó Charlotte.

Seven se mordió el labio inferior y sintió que se ruborizaba, a pesar de que los ojos censores de Charlotte estaban fijos en su hijo.

¡Y la tía Jane! ¿Cómo podía permanecer sentada allí removiendo el azúcar de su té, con la expresión de una extraña inocente?. Seven continuó mordiendo su labio inferior, el cual tal vez estaría hinchado cuando volvieran a casa. Pasó la lengua por el labio y notó que Jake la observaba. Sentía una sensación extraña cuando él le estudiaba la boca. Seven apretó los labios, él cerró los ojos por un momento, y la inquietante sensación que dominaba a la joven se acentuó.

Sintió calor, notó que estaba despeinada y que su traje arrugado le quedaba demasiado ajustado. ¡Quien sabe todo lo que habría enseñado cuando se cayó por la escalera! ¿Habría descubierto él que llevaba medias y no pantys, sujetas por un ligero de encaje que resultaba una extravagancia? Seven se sentía muy confusa.

—Creo que no tomaré té, gracias, señora… Charlotte. En realidad, debemos irnos…

Seven se alegró al ver que su tía Jane reaccionaba, miraba su pequeño reloj y decía:

—¡Oh, cielos! ¡Sí! Tengo que preparar una sesión.

—¡Oh! —exclamó Charlotte. Resultaba obvio que deseaba hacer algunas preguntas, pero al notar la mirada que le dirigía su hijo, fijó

la suya en la taza de té— Ah, bueno… si deben irse… ¿Estás segura de que te encuentras bien, Seven? Tal vez será mejor que haga revisar la alfombra que se encuentra en la parte superior de la escalera. Si Jake no hubiera subido con rapidez para sujetarte, quizá hubieras resultado herida.

¿Jake la había sujetado? ¡Oh!

—Yo no me di cuenta… gracias —dijo Seven con torpeza.

—Fue un placer, Seven —dijo él con cortesía. Su mirada estaba llena de toda clase de sugerencias. Seven reaccionó ruborizándose.

Sabía que si no escapaba de allí, sufriría una transformación total. Aquel hombre era insoportable. Había vuelto sus sinceras disculpas en su contra… un león que quería atacar a un ratón. Se alegró de que al menos hubiera conseguido apartar sus garras de la tía.

—Estaré en contacto con ustedes —dijo Charlotte y encendió otro cigarrillo, antes de ponerse de pie y enfrentarse a la ira de su hijo.

—No cuentes con eso —replicó él—. Si vuelvo a ver a cualquiera de ustedes en esta propiedad, las denunciaré por allanamiento de morada… y eso solo será el comienzo de todos los cargos —se dirigió a Jane, quien sonrió forzada. Jake se volvió frustrado hacia Seven y añadió—: Dígaselo.

—Creo que ha dejado muy claro su modo de pensar ante todos, señor Jackson…

—Y yo también —intervino Charlotte con ira—. Si ellas no pueden venir, bueno… yo tendré que ir a buscarlas. No, Jake… —añadió al notar el movimiento violento de él—, en esta ocasión, no me detendrás. No soy una criatura para que me protejas. No necesito tu permiso. Si no te parece bien sólo tienes que mantenerte al margen. No creo que te pida demasiado. Tú vive tu vida como te plazca… siempre lo has hecho. Lo único que pido es que me permitas hacer lo mismo.

La frustración de Jake era tangible. Su madre pasó por delante de él y cogió a Jane del brazo. Unos segundos después de que las mujeres abandonaran la estancia, Seven preguntó:

—¿Qué ha querido decir ella con… en esta ocasión?

—¿Cree que es la primera vez que sucede esto? Cada año cuando llega el aniversario de la desaparición de Rebecca, vivimos

el mismo trauma. Hace dos años… ¡vinieron con un candidato!

—¿Se refiere a un sospechoso? —preguntó Seven.

—Me refiero a una víctima. Una pareja aseguró haber encontrado a Rebecca. Hicieron una medalla falsa con las fotografías que circularon cuando se produjo el secuestro. Tenían su historia muy bien preparada, pero por desgracia para ellos, no supieron falsificar los rayos X de la niña. Rebecca tenía una formación ósea poco común, y eso no aparecía allí. Mi madre estaba preparada para recibirlos con los brazos abiertos… y un cheque. Eso la destrozó durante meses y dañó su salud.

—¡Dios mío! —exclamó Seven. De pronto comprendió las profundas raíces de la objeción violenta de Jake—. No tenía idea… Lo siento…

—¿Lo siente lo suficiente como para detener esta farsa? —preguntó con fiereza.

—Haré todo lo posible —le prometió. Si podía averiguar algo acerca del destino de su hija, pondría fin de una vez por todas a su agonía mental. No más farsas. Le tocó el brazo.

Jake la miró y entornó los ojos. Con su pálida mano y suave voz ella había conseguido que su ira desapareciera, pero en su lugar había dejado una especie de vacío que pedía ser llenado.

—¿Qué hay en ti, ratón, que me hace desear acariciarte y estrangularte al mismo tiempo en ocasiones? —preguntó Jake—. No… no te vayas —colocó una mano en la mejilla ardiente de la chica y con el pulgar delineó su pómulo. Sabía que podía herirla con facilidad, y eso le impresionaba. Comprendió que no era la idea de causarle dolor lo que lo inquietaba, sino el pensar que no podía hacerlo… que tenía que tratarla con mucha delicadeza, lo cual era un desafío a su arrogante masculinidad. Ella se quebraría en sus manos si le daba más placer del que aquel cuerpo pequeño y tímido podía soportar. Tendría que tomarse su tiempo, ganarse su confianza despacio…

¿En qué estaba pensando? Jake apartó su mano con enfado y cerró el puño para apartar la pasión que sentía.

—Si la hacen daño, que Dios me ayude…

—Lo sé —lo interrumpió Seven.

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó él—. Debo de estar loco para contemplar esa idea. Seguiré tus pasos —pensó que se estaba

haciendo viejo al encontrar excitante a aquella bibliotecaria. Le gustaban las mujeres sociables y bien formadas.

Seven creyó haber imaginado la mirada ansiosa de los ojos de Jake Jackson. Meditó sobre eso mientras volvían a casa. Era ridículo engañarse pensando que un hombre como él la podía encontrar atractiva. No, era probable que él ansiara su sangre, no su cuerpo.

—Creo que todo ha salido bastante bien, ¿no crees? —preguntó Jane. Seven le dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Prácticamente nos ha echado.

—Sí, pero no antes de que yo haya arreglado todo con Charlotte. Él cederá, ya lo verás. Los escépticos son siempre los más difíciles de tratar.

Seven miró con sospecha a su tía, al advertir un bulto considerable en su bolso.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó—. No has cogido nada, ¿o sí? —estaba preparada para lo peor.

—¡Por supuesto que no! —exclamó la tía Jane—. Eso sería robo. No… ¡Aquí tengo la respuesta a todos nuestros problemas! —metió la mano en el bolso y sacó un juguete que colocó ante los ojos de su sobrina—. Mira… ¡El pingüino Percy!

Seven pensó que habían tenido mucha suerte de que no hubiera un farol en la esquina, pues habrían chocado contra él.

Capítulo 4

SEÑORITA Selkirk, aquí hay un hombre que quiere verla.

—¡Oh! —exclamó Seven y miró a la bibliotecaria más joven.

—Sí. ¡Un periodista! —anunció Cilla, feliz. Le encantaba dramatizar. Miró a Seven y a Brad Stevens, el otro ocupante de la pequeña oficina, quien estaba arreglando las pastas de un libro.

—Me pregunto que querrá —dijo Seven desilusionando a Cilla con su tranquila respuesta—. Tal vez esté interesado por la nueva hora de lectura infantil, el periódico local siempre había ayudado a la biblioteca con sus programas.

—Lo dudo —comentó Cilla riendo—, no es esa clase de periódico… a no ser que se esté cocinando algo sucio —Seven sintió un vacío en el estómago—. Él pertenece a ese horrible periódico… el Clarion. Ése que constantemente es demandado. Sí, señorita Selkirk, ese periódico que la semana pasada publicó la historia sobre el ministro que tuvo dos…

—No puedo imaginar que busca aquí —la interrumpió Seven, mintiendo esperanzada. No era posible que Jake Jackson hubiera enviado a sus sabuesos—. Dile que yo no… —dejó de hablar y lo pensó mejor. Tenía que actuar con cuidado—. Discúlpate y pregúntale si puede volver en otra ocasión. Estoy demasiado ocupada para verlo en este momento —era probable que un empleado del Clarion fuera inmune a peticiones corteses, pero al menos, lograría entretenerlo mientras hablaba con su tía… a no ser que él ya hubiera hablado con la tía Jane… y la anciana le hubiera confiado todo…

—¿Quiere que le pregunte qué es lo que quiere? —dijo Cilla.

—¡No! —gritó Seven horrorizada. Sonrió intentando controlarse y dijo—: No. Sólo pregúntale si no le importaría volver más tarde.

Tal vez pueda llamar por teléfono primero —se preguntó a quién habría enviado Jakc Jackson para llevar a cabo su venganza… tal vez a un soplón cuya sola presencia resultaría una ofensa.

Cuando Cilla se fue , Seven marcó el número telefónico de su casa, y no le sorprendió mucho que el teléfono sonara y sonara inútilmente. Los miércoles por la mañana, la tía Jane iba al club de bridge del vecindario, no a jugar, sino a leer el tarot a las señoras, quienes le pagaban con pastelillos hechos en casa. Los miércoles por la noche, Seven y su tía siempre comían un buen postre.

Cilla volvió sin aliento y con las mejillas muy sonrojadas.

—Manifiesta no estar de acuerdo. Dice que si no puede hablar con usted, tendrá que usar su iniciativa y hacer preguntas por toda la biblioteca… acerca de usted… Considera que usted preferiría responder a esas preguntas. No creo que se vaya tranquilamente, señorita Selkirk— hasta Brad, un joven muy ensimismado, había empezado a interesarse.

Seven quiso esconderse debajo del escritorio, pero la bibliotecaria principal no podía hacer algo tan poco digno. Se puso de pie y de manera automática alisó su falda con manos nerviosas. Levantó los hombros y salió.

La biblioteca St Thomas era una de las más antiguas de Auckland, pero su arquitectura gótica había sido renovada. Seven estaba muy orgullosa de su biblioteca, una mezcla de tradición y moderna utilidad práctica.

Cilla añadió:

—Él está cerca del escritorio de devoluciones, señorita Selkirk.

Seven rodeó el estante donde se exhibían las revistas y se dirigió hacia el escritorio principal.

—Me pregunto por qué quiere hablar con usted, señorita Selkirk —Cilla no podía disimular su interés—. Quiero decir… un periódico como ése… ¿Ha sido usted testigo de algo, señorita Selkirk?

—¿Te ha dado su nombre ese periodista? —preguntó Seven.

—No, pero tenía una credencial de prensa. Él… ¡Oh, allí está!

Seven sintió la boca seca al ver a Jake Jackson y notar su expresión. No parecía enfadado, estaba furioso.

—Señor… Jackson —dijo Seven y pensó que hubiera preferido enfrentarse a un soplón.

—Señorita Selkirk —él llevaba puesto un traje azul oscuro. Su

formalidad resultaba tan intimidante como su expresión—. Parece sorprendida de verme. No debería estarlo.

—¿Lo conoce, señorita Selkirk? —murmuró Cilla a su oído.

Seven se pasó una mano por el pelo y descubrió que todavía llevaba puestas las gafas que usaba para trabajar. Se las quitó y se aclaró la garganta.

—Señor Jackson…

—Ya ha dicho eso una vez —le recordó él—. Sé quién soy, pero… ¿qué es usted?

—¿Yo? —¿habría averiguado él la verdad?—. Señor… —empezó Seven y se detuvo a tiempo—. Mire, estoy muy ocupada en este momento. ¿Cree que podríamos tener esta discusión en otro lugar y momento más indicado?

—Entrevista, no discusión —la corrigió él—. Creo que el momento y el lugar son muy adecuados, puesto que hay gran diferencia entre lo que dice en privado y lo que hace en público. Intentemos reconciliar las dos cosas por una vez. ¿Reconoce esto? —le enseño una hoja de papel.

Seven ni siquiera lo miró. Intentó mantener la barbilla levantada y la mirada firme. Con toda la seguridad que pudo manifestó:

—¿Podría bajar la voz, señor Jackson? Esto es una biblioteca…

—Le acabo de preguntar si reconoce esto —insistió él y levantó el trozo de papel, al igual que la voz. Varias cabezas se alzaron, y un grupo de estudiantes que se encontraba ante una mesa grande, empezó a murmurar.

Seven sintió que su firmeza desaparecía y recordó que ella era la que estaba a cargo de aquel lugar, no él.

—Si se va a poner difícil, señor Jackson, tal vez sería mejor que pasara a mi oficina —se volvió.

—No —contestó él y ella se quedó muy quieta.

—¿No? —preguntó Seven y se volvió despacio para mirarlo a los ojos.

—Aquí… ahora —ordenó él. Su tono de voz indicaba que no lo desafiara—. No me moveré hasta que no haya contestado a mis preguntas —tocó el bolsillo de su chaqueta y ella advirtió un bulto rectangular… ¿una grabadora?

Seven oyó que alguien contenía la respiración detrás de ella. La ayudante no podía disimular su curiosidad.

—¿Cilla, ya has terminado de archivar esos documentos?

—Sí… casi —contestó la joven.

—Será mejor que vayas a terminar —dijo Seven.

—Oh… pero…

—Ahora —insistió Seven. No se dio cuenta de que había formulado la orden en el mismo tono que había empleado Jake Jackson, pero él sí lo hizo y sonrió.

—Pensé que tal vez el señor… ¿Desea una taza de café? —le preguntó Cilla a él.

—No está sediento —intervino Seven—, además, no permanecerá aquí el tiempo suficiente para tomarlo. Por favor, ve a terminar de archivar.

Cilla se retiró. Seven no se sorprendió al verla reaparecer unos minutos más tarde para trabajar en los estantes que se encontraban cerca de donde ellos estaban. En ese momento, Seven tenía demasiadas cosas en la cabeza para preocuparse.

—¿Cómo se atreve a venir aquí a molestar a mi personal?

—Usted es la culpable. Lo único que he hecho es hacer una pregunta que todavía no me ha contestado. No me importa quién más se entere de esto… aunque resulta obvio que a usted sí, así que sugiero que coopere —hubo más murmullos y miradas curiosas.

Seven suspiró y cogió el trozo de papel que él tenía en la mano.

Él añadió:

—Es sólo una fotocopia. La policía tiene el original… aunque usted ya lo sabe, ¿no es así?

Seven tuvo que ponerse de nuevo las gafas para ver la imagen con claridad. De pronto comprendió lo que había provocado la aparición de Jackson allí.

—¡Oh!

—Sí… ¡Oh! —replicó—. Bonita, ¿verdad? No está mal para una dama que niega tener talento artístico. Tengo entendido que ella no lo ha dibujado en realidad… sino que ha surgido espontáneamente en el papel que estaba bajo su mano.

Seven volvió a suspirar y contestó:

—Mire, señor Jackson…

—Ya me estoy cansando de escuchar esa frase —la interrumpió él—. ¿Por qué no deja las formalidades y me llama Jake… o J. J., si lo prefiere? Puesto que ésta es una visita profesional.

—Tal vez lo llame John —contestó Seven—. Ése es su nombre, ¿no es así?… y no esos alias elegantes.

Él torció la boca y dijo:

—Háblame acerca de esa imagen.

—Parece que ya sabe todo respecto a ella… —contestó la chica.

—¡Seven!

—Yo… es una casa asociada en cierta forma con su… Rebecca —su mano se tensó sobre el papel que representaba lo que había dibujado una semana antes, a medianoche—. Tiene conexiones muy fuertes. Mi tía pidió prestado el juguete favorito de Rebecca, y éste produjo algunos sueños muy vividos… —más bien fueron como pesadillas, una serie de imágenes que resultaron muy turbadoras.

—¡Sueños! —exclamó Jake—. ¡No puedo creerlo! Dijo que iba a ayudar… y permite que suceda esto. Debí saber que no tenía ninguna influencia sobre esa mujer. Debería estar en una institución mental, y no andar suelta. ¡Enviar eso a la policía!

Él estaba cada vez más enfadado y Seven no podía evitarlo. Todos los que se encontraban en la biblioteca dejaron lo que hacían, para observar la acción.

Seven tomó una decisión y dobló el papel, se quitó las gafas y se alejó, ruborizada. Llegó hasta su oficina, antes de que él la alcanzara.

—No vuelva a alejarse de mí —añadió Jake. La impresión que demostraba por el hecho de que ella ignorara su ira, le decía mucho a Seven. Con seguridad era un tigre en las oficinas del periódico.

—Lo siento —respondió Seven—. Leí que ésa es la única forma de tratar un berrinche —se sorprendió por su audacia—. ¿Brad, nos disculpas si usamos la oficina un momento? El señor Jackson necesita calmarse.

—Desde luego —respondió Brad y dirigió una mirada incierta a Jake. Seven sabía lo que él pensaba.

—Está bien, él no me hará daño —le dijo Seven.

Se produjo un breve silencio y después Jake maldijo entre dientes.

—¡Maldita sea… por supuesto que no la haré daño¡ —exclamó.

—¿No le importaría tener cuidado con su lenguaje? —preguntó Seven—. Tal vez sea apropiado para las oficinas de su periódico… o para el mismo periódico… pero no para la biblioteca. Hay niños

aquí, así como personas que sienten más respeto por el idioma.

Él apretó los dientes con fuerza.

—Es una mujer irritante… suave como la mantequilla… e igualmente resbaladiza.

—Adora sus frases trilladas, ¿no es así… Jake? —se detuvo a tiempo y no lo llamó John. Comprendió que hubiera superado el límite.

Esperaba una respuesta rápida, por lo que se sorprendió cuando él no dijo nada. La miró con los ojos entornados, y después recorrió la habitación con la mirada. Escogió la silla que se encontraba junto a su escritorio y se sentó. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y se apoyó, mientras estiraba las piernas. Colocó un elegante zapato italiano sobre el montón de papeles que estaba detrás del ordenador, y el otro encima de aquél.

Seven frunció el ceño al ver la escena. Los lados de su chaqueta caían lejos de su pecho, y la corbata se había movido hacia un lado. Pudo ver la sombra del vello del pecho a través de la camisa. Recordó lo suave que había sentido aquel vello contra sus senos cuando él la abrazó en su casa. Si hubieran estado desnudos de la cintura para arriba, la sensación hubiera sido todavía más exquisita.

Lo miró a los ojos, impresionada por la forma en que se habían desviado sus pensamientos. Se ruborizó al darse cuenta de que él la estudiaba con la misma intensidad. Se alegró de que su chaqueta estuviera cerrada sobre la blusa amarilla y de que su falda tuviera un largo respetable.

—¿Podría quitar los pies de mi escritorio? —pidió Seven. Tenía la esperanza de que él pensara que su rubor se debía a la ira.

—Es muy valiente aquí, ¿no es así? —contestó él sin moverse.

Seven intentó ignorar la atracción que sentía por él

—Es un hombre muy rudo —respondió.

—Lo sé —no parecía avergonzado por la acusación—. Por supuesto que no llegué hasta donde me encuentro hoy aceptando una gran cantidad de tonterías, sólo porque es cortés no estar en desacuerdo. Digo lo que pienso… y creo que intenta evadirse.

Seven cogió el papel doblado que estaba sobre el escritorio, lo desdobló y se puso las gafas. Fingió estudiarlo. Sintió helada la mano que sujetaba el papel, pues recordaba la pesadilla. Temblando, lo dejó.

—¿Su madre le dio esto? Pensé que no iba a mezclarse…

—Esas fueron las palabras de mi madre, no las mías —la interrumpió Jake—. No puedo dejar de mezclarme, si recibo la llamada de un detective de policía para pedir mi opinión —apartó los pies del escritorio y lo golpeó con el puño. Seven dio un salto—. ¿Sabe lo discreta que es una comisaría de policía? Todos los policías se enterarán. ¡Será un chiste que cuenten por todas partes! ¿Cuánto tiempo cree que pasará antes de que un periodista brillante se entere y lo publique?

—Pensé que no le importaba la publicidad —señaló Seven.

—¡No cuando yo la manejo!

—¿No es eso un poco hipócrita?

—No me reprenda, sólo dígame lo que significa este nuevo ángulo.

—No es un ángulo.

—Sabe que mi madre le ha dado un cheque a su tía…

—No, no lo sabía… —contestó ella y sintió que el sudor perlaba su frente.

—Gastos —escupió la palabra como si fuera fruta podrida—. Yo dirijo un periódico, conozco los gastos que hay… pero éste es grande. Al parecer, su tía ha estado buscando el milagro que quería. Muy inteligente. Inventa un lugar que no existe y luego lo busca.

Seven comprendió el motivo por el cual su tía la había llevado al trabajo los últimos días, pues de esa forma podía quedarse con el coche para asistir a sus diferentes citas. A Seven nunca se le había ocurrido revisar el kilometraje del coche. Sus ojos se oscurecieron a causa de esos pensamientos iracundos. Pensó que, por fortuna, ella se había llevado el coche aquel día.

—Yo… me aseguraré que el cheque sea devuelto… —dijo ella.

—Ya ha sido cobrado.

—Entonces, el dinero —murmuró Seven—. Puedo darle un cheque en este momento —abrió el cajón donde guardaba su bolso durante las horas de trabajo—. ¿Por cuánto fue? —preparó la pluma.

—Dígamelo usted —contestó él.

—¿Perdón?

—¿No es ésa su especialidad?

—No comprendo —dijo Seven y lo miró.

—Estoy pensando en la cantidad —dijo él—. Me concentro en el número —se llevó las manos a la cabeza y apoyó los dedos en sus sienes—. Tengo una imagen en la mente… —continuó con la ridícula perorata. No era con exactitud lo que Morgan y ella hacían en el circo, pero se parecía—. ¿Creía que no iba a enterarme? El hecho de que todavía no haya publicado nada, no significa que no haya empezado a investigar. Cuando excavo, me gusta hacerlo hasta el fondo, porque allí es habitualmente donde se encuentran enterrados los huesos.

Seven se esforzó por recuperar la compostura.

—No tengo nada que ocultar —mintió ella con voz temblorosa —. No he hecho nada de lo que deba avergonzarme.

—Sin embargo, no le gusta hablar de eso. Apuesto a que nadie aquí sabe que tiene serrín en las venas. La tranquila señorita Selkirk, bibliotecaria, fue una artista de circo de renombre. En aquel entonces salía mucho en la prensa.

—Sólo era una niña. Fue hace mucho tiempo. Dudo que alguien se interesara, después de todo este tiempo…

—Yo sí —dijo él—, me ha parecido fascinante. ¿Ha enseñado a su tía todos los pequeños trucos que practicaba en el circo con el fin de experimentar otra vez la antigua excitación, desde la seguridad que representa la barrera…

—¡No!

—Ahora entiendo por qué es tan tolerante con Madame Zoé… eso era algo que no podía comprender… una ciudadana recta como usted, tolerando las actividades de una charlatana. Lo único que ella hace es continuar con la tradición familiar, ¿no es así?

—Eso era diferente… —dijo Seven.

—Sí, lo era. En su caso, la gente esperaba ser timada. Aquí, en el mundo real, la gente no se echa a reír al descubrir que ha sido engañada. No estoy riendo…

—¿Por cuánto fue el cheque? —preguntó Seven. Ocultó su dolor debajo de la dignidad e inclinó la cabeza.

Él le permitió extender el cheque y, cuando se lo entregó, lo cogió y lo rompió.

—En una ocasión le dije que no pueden comprarme. Su tía quería que interviniera la policía… bueno, descubrirá que obtendrá más de lo que ha pedido. Todavía no he terminado mi

investigación, pero cuando lo haga, el hoyo será tan grande que servirá para sepultar a las dos.

Seven logró controlarse hasta que él se fue. Se encerró en el pequeño baño para el personal y se echó a llorar. Se sorprendió al ver que las lágrimas aflojaban la tensión que sentía en su pecho. Comprendió que se había acostumbrado a no manifestar sus sentimientos. No era una persona fuerte por naturaleza, sin embargo, durante los últimos años había tenido que hacerse fuerte para poder enfrentarse a los cambios de la tía Jane y a su inesperada promoción a bibliotecaria principal.

A medida que sus responsabilidades habían ido aumentando, sus alternativas personales habían disminuido. ¿Dónde estaban sus amigos? Tenía muchos conocidos, pero ninguno estaba lo bastante cerca como para confiarle sus secretos. ¿Y acerca del amor? La mayoría de los hombres con los que había salido, los había conocido por medio del trabajo, y tendían a ser serios. Eran tipos intelectuales que se sentían atraídos hacia ella por su sonrisa tímida y actitud tranquila. No podía imaginar a ninguno de ellos ofreciéndole un hombro sobre el cual llorar.

Permaneció en el baño hasta que no pudo evitar sus responsabilidades durante más tiempo. Se miro en el espejo antes de salir, y le impresionó su imagen. Parecía tan joven y… turbada. Se retocó el moño y deseó haber llevado su bolso para poder darse un poco de colorete. Por desgracia sus gafas no ocultaban sus ojos hinchados, y soportó con resignación la curiosidad de sus colegas cuando volvió a su escritorio. Sorprendentemente, ni Cilla ni Brad estaban en la oficina… pero sí Jake Jackson.

Seven lo miró horrorizada y se volvió. Él sólo necesitó dar dos pasos para alcanzarla. Tiró un montón de catálogos al cogerla del brazo para detenerla.

—Suélteme —pidió Seven. Fijó la mirada en los zapatos italianos de Jake, con la esperanza de que sus pobladas pestañas ocultaran sus ojos enrojecidos… pero fue en vano.

—Ha estado llorando —parecía muy impresionado.

—¿Ha vuelto para regocijarse? —preguntó Seven.

Se produjo un elocuente silencio durante el cual la joven resistió la tentación de mirarlo.

.-No —contestó por fin—. Hace un momento he perdido el

control. En ocasiones tengo un temperamento brutal. He venido sólo a disculparme.

Seven no pudo evitar mirarlo con incredulidad. Él le sostuvo la mirada y ella se alarmó al notar la ausencia de hostilidad en sus ojos. Se dio cuenta de que él la miraba con curiosidad. Apartó la mirada y rió con nerviosismo. Volvió a mirarlo y se mordió el labio inferior. Él todavía la observaba sin parpadear.

Seven se alisó la falda y se aclaró la garganta.

—¿Eso significa que retira todo lo que ha dicho antes? —preguntó por fin.

—No —contestó Jake—, sólo la parte donde la he atacado por algo de lo que no es responsable… las circunstancias de su niñez. Los niños son muy vulnerables a las fuerzas adultas que moldean sus vidas…

—Gracias por ese asombroso discernimiento, doctor Freud…

—No se ponga a la defensiva, Seven. Intento comprender… —dijo él.

—Sucede que no quiero su comprensión. No es importante para mí…

—Lo bastante importante como para hacer que la dama de hierro de la biblioteca llore —indicó él.

Seven volvió a morderse el labio inferior y dijo:

—Tengo trabajo pendiente…

—No, no lo tiene. Su ayudante me ha dicho que a esta hora se toma un descanso para comer. ¿Trae su comida… o sale?

—Traigo unos sandwiches —contestó ella de forma automática —. Voy al parque que está al otro lado de la calle.

—Eso me parece bien —dijo él.

Diez minutos después compartían un banco del parque. Él saboreaba un sandwich de Seven mientras charlaban sobre un tema neutral.

Cuando se terminó el segundo sandwich, Jake comentó:

—Mmm… delicioso. ¿Hay más?

Seven cerró con fuerza los dedos alrededor del sandwich que tenía en las manos y dio un mordisco.

—¡No! —contestó—. Hay una manzana, si quiere.

—Gracias —Jake sacó la manzana de la bolsa de papel que ella tenía en las piernas, la arrugó y la arrojó a la papelera que se

encontraba al otro lado del sendero. No atinó y tuvo que ponerse de pie para recogerla y echarla a la papelera—. Nunca fui un buen jugador de baloncesto —sonrió un poco y volvió a sentarse.

—Supongo que en la escuela jugaba al rugby —comentó ella. Basó su juicio en la estatura de él y en su temperamento.

—Hacía gimnasia —corrigió él—. Fuerza y precisión… esa combinación me atraía, así como el hecho de que es un deporte que se practica sin un equipo. Nunca fui jugador de equipo. ¿Y usted? —al ver que ella no respondía, añadió—: Permítame adivinar… Debe haber sido muy pequeña y ligera… yo diría… ¿gimnasia? —al ver que ella continuaba en silencio, añadió—: Mmm… me pregunto qué otra cosa tenemos en común.

Una de las niñas que estaban en los columpios más cercanos a ellos empezó a perseguir a unos pájaros. Era una niña rubia, de unos cuatro años, el color de su ropa hacía juego con sus mejillas sonrosadas. Seven se distrajo un momento y, cuando volvió a mirar a Jake, notó que su cara estaba rígida. Con una mirada fría y vacía siguió a la niña que reía.

—¿Señor Jackson? ¿Jake? —Seven le tocó el brazo, un poco asustada por la expresión de él—. ¿Se encuentra bien, Jake?

—Sí, estoy bien —sus ojos se oscurecieron por los recuerdos.

—Debe… ser muy duro —murmuró Seven, incapaz de permitirle soportar a solas esa pena.

La cara de él recuperó un poco el color natural y sus músculos se relajaron.

—En ocasiones… por lo general, estoy preparado, pero en otras…

—Ha llegado a pensar… ¿Piensa que desearía tener otro hijo? Él la miró impresionado por su curiosidad.

—Esa pregunta no pasa por mi mente —contestó él, dando el tema por terminado. ¿Eso significaba que evitaba a las mujeres que querían tener hijos? ¿Significaba que no pensaba volver a casarse?

—Cómase el resto de la manzana —le aconsejó—. Se pondrá oscura y se desperdiciará si no lo hace.

—¿Quiere un bocado? —preguntó Jake y acercó la manzana a los labios de Seven—. Odiaría pensar que le he quitado a alguien tan pequeño algunas calorías.

Seven se ruborizó y negó con la cabeza. Aunque se muriera de

hambre no hubiera dado un mordisco a esa manzana. Le parecía un gesto demasiado provocativo y simbólico. Un hombre duro como Jake Jackson era fruta prohibida para una joven como ella.

La niña rubia se cayó y empezó a llorar. Todo el cuerpo de Jake se puso tenso. Seven esperó a que se acercara la madre de la pequeña para consolarla, pero cuando no hubo evidencia de la presencia de los padres, Jake se puso de pie y preguntó:

—¿Dónde demonios está la persona que se supone está cuidándola? —habló con furia.

Corrió al lado de la niña. Seven lo siguió, temiendo que su ira asustara a la pequeña, en lugar de calmarla.

No necesitaba haberse preocupado. Observar a Jake con la niña era una revelación. Se agachó para quedar a su altura y le habló en voz baja. Después de un momento, la pequeña descubrió sus ojos y lo miró. Seven advirtió su sonrisa y que las lágrimas desaparecían como por arte de magia. Jake rió con la niña, pero su risa ya no era irónica. Cuando una joven y preocupada mujer, que llevaba a un bebé en un cochecito, se acercó, el periodista fue igualmente encantador.

El regreso a la biblioteca fue en silencio. Al llegar a la puerta, Jake se detuvo e hizo una reverencia burlona, diciendo:

—Me gustaría decir adiós, pero tengo el presentimiento de que nos volveremos a ver. En la próxima ocasión, quizá me toque a mí confortarla con manzanas.

A Seven le impresionaron un poco esas palabras. Meditó un momento y recordó que aparecían en la Biblia, en El Cantar de los Cantares… Atiéndeme con vino, confórtame con manzanas, porque estoy enfermo de amor…

Cuando Seven cerró con llave las puertas de la biblioteca, después de las ocho de la noche, se reprendió por haber permitido que el pensar en Jake la hubiera tenido distraída durante el resto del día.

Descubrió que no podía olvidarlo. Al detener su coche delante de su casa, se fijó en la presencia de un Jaguar negro, que tenía una pequeña placa con las iniciales J. J. Enfrente había un coche patrulla de la policía; el sonido de su radio se oía a través de la ventanilla medio abierta.

Las luces de la casa estaban encendidas y Seven sintió que la

mano le temblaba al meter la llave en la cerradura. Él debía haber tenido la decencia de advertirle esa tarde que cuando llegara a su hogar, se encontraría con eso. Resultaba evidente que Jake no tenía decencia. Él la había hecho bajar la guardia al actuar como un ser humano sensible, y ahora… ese agradable ser humano hacía que arrestaran a su tía…

Seven entró lo más deprisa que pudo. Sintió alivio al ver la sala vacía, pero al llegar al saloncito, emitió una exclamación de incredulidad. No había uniformes o esposas a la vista. Jake Jackson estaba apoyado en la repisa de la chimenea, y tenía una copa del jerez de la tía Jane en la mano.

Seven miró a Jake un momento, antes de fijar la mirada en el joven que estaba sentado en el sofá, al lado de su tía. Él se puso de pie al reconocerla y Seven se ruborizó.

—¡Al fin llegas, Seven! —exclamó su tía—. ¿Recuerdas al detective Hedges? —sonrió excitada.

¿Cómo podría olvidar al policía amigo de su tía? En una ocasión, él le había robado un beso y la había invitado a cenar, pero ella no había aceptado la invitación. Aparte del hecho de que sabía que él estaba casado, no sabía si hablaba en serio o no.

—Sí, por supuesto —contestó Seven—. Hola, oficial —murmuró con torpeza.

—Duncan —le recordó él y le cogió la mano—. Ahora soy detective inspector… y estoy divorciado.

Seven retiró su mano y se alejó. Se ruborizó al oír la explicación. Su vista se encontró con la de Jakc y la apartó. La mirada especulativa de Jakc se deslizaba de la cara avergonzada de Seven a la del detective. Ella imaginó que su mente de periodista imaginaría algo más que la realidad.

—Seven… ¡adivina! —dijo su tía—. El señor Hedges ha encontrado la casa… la casa del dibujo…

—¿Qué? —era lo último que esperaba escuchar.

—Sí. ¿No es maravilloso? Por supuesto, yo tuve una ligera idea de dónde estaría —mintió su tía—, pero nunca imaginé que resultaría tan fácil. Después de todo, el dibujo representaba el aspecto que debía tener hace seis años. Por fortuna, el señor Hedges dice que no ha cambiado mucho…

—Ha sido una coincidencia… —empezó Duncan pero la tía lo

interrumpió.

—No hay tal coincidencia, señor Hedges… es predestinación…

Se oyó un bufido procedente de la chimenea.

—Por favor, tía Jane, vamos a permitir que el señor… Duncan cuente la historia —apuntó Seven.

Sabía que Jake odiaba aquella situación; sin embargo, estaba allí, soportándolo. ¿Por qué?

—Me enteré de que su tía envió un dibujo. Sabía que quien originalmente se encargó del caso se retiró, y que nadie estaba asignado a la investigación. Después de cierto tiempo, un expediente puede estar abierto, pero inactivo —dirigió una mirada de disculpa a Jake, quien lo ignoró y se tomó su jerez—. El detective a cuyo escritorio había ido a parar el dibujo no estaba muy interesado, por lo tanto, le pregunté si le importaría que yo investigara. Por supuesto, yo tenía la ventaja de saber que Jane no es la farsante que él cree. Yo no sería inspector, si algunas de sus corazonadas no hubieran favorecido mi expediente… ¡No podía creerlo cuando vi el bosquejo! —exclamó—. Había visitado ese lugar la semana pasada a causa de una denuncia de drogas. Es una casa pensión, lo ha sido durante los últimos veinte años… y dudo que haya sido pintada en todo ese tiempo. El tipo que dirige el lugar no tenía nada que ver con las drogas, pero no me sorprendería que él supiera lo que sucedía. Bebe bastante, aunque no lo suficiente como para soltar la lengua, por lo que tuve que animarlo. Recordó el caso Jackson, pero no reconoció la fotografía. Sin embargo, dijo que en aquel tiempo se hospedó en su casa una pareja con una niña pequeña… Dice que lo recuerda muy bien porque fue la primera y última vez que alquiló una habitación a personas con niños o mascotas. La niña lloraba constantemente, y la pareja no dejó de discutir durante las dos semanas que estuvieron allí. Él dijo que la niña tenía el pelo negro y sólo dieciocho meses de edad.

¿Cómo podía soportar eso Jake? Duncan había hecho renacer la esperanza deliberadamente, para después destruirla. Sin darse cuenta de lo que hacía, Seven cruzó la habitación, se acercó a Jake y le quitó la copa vacía de la mano.

—Le serviré otra —le dijo.

—¿Ahora me anima a beber? —preguntó Jake con ironía—.

Todavía no necesito que me consuelen con vino… creo que debo estar sobrio para escuchar lo que se está diciendo aquí. El que me emborrache no hará que esto suene más cuerdo…

—Jake…

—Espera, Seven, todavía no lo has escuchado todo —insistió Duncan—. La esposa de ese hombre también recuerda a la pequeña, pero la recuerda desde un punto de vista femenino. Dijo que la madre era muy posesiva, que no perdía a la criatura de vista, ni permitía que nadie la tocara. La esposa de ese hombre pudo mirarla bien un día y dice que había algo extraño en ella. Tenía los ojos azules, y la piel demasiado blanca para tener el pelo oscuro… además, parecía demasiado madura para sus dieciocho meses. Por lo tanto, me fui y pedí al retratista de la policía que volviera a hacer el retrato de Rebecca… y la esposa y uno de los antiguos residentes la reconocieron. Resulta sorprendente lo que puede lograr un simple cambio en el color del pelo… en especial en una criatura.

—¿Quién era esa pareja? —preguntó Seven.

—Todavía no lo sabemos —contestó Duncan con pesar—. Los libros de ese tipo no están al día. Aunque ha tenido auditorías los últimos diez años y tiene recibos, los guarda en cajas en el ático, y no hay manera de saber si son muy exactos. Todo esto todavía no está demasiado claro como para que el departamento acepte asignar a muchos hombres, por lo tanto, trabajaré en esto solo mientras atiendo mis otros casos, por supuesto. El señor Jackson ya ha contratado a un detective privado para que trabaje en el caso, desde otro ángulo… —su voz indicaba que no se sentía contento al pensar que podía compartir la gloria.

—No he contratado a un hombre —intervino Jake—, sino que todavía atiende el caso… A diferencia de la policía, él nunca cerró el expediente.

Seven se sorprendió, pues recordó que Charlotte había dicho que su hijo había perdido la esperanza; sin embargo, el detective de Jake continuaba contratado.

—Eso no es muy justo, señor Jackson —dijo Duncan—. Después de todo, el departamento no tiene los recursos ilimitados que en apariencia tiene usted. Hay otros delitos que deben investigarse, los cuales son tan importantes para sus víctimas…

—Estoy segura de que él no ha querido insinuar otra cosa —se

atrevió a decir Seven—. Yo… ¿qué sucederá ahora?

—Lo que va a suceder ahora es que nos vamos a vivir con Jake y Charlotte —explicó Jane Selkirk—. Ya he hecho las maletas. Sólo te estábamos esperando.

—¿Qué? —preguntó Seven y dejó caer la copa.

Por fortuna, Jake la cogió al llegar a la altura de su rodilla. Levantó la cabeza y sonrió al ver la expresión de Seven.

—Tú y yo, ratón —dijo él en un murmullo, para que los demás no lo oyeran.

—Jane piensa que tendrá más éxito si está rodeada por los recuerdos de Rebecca que existen en su hogar… —dijo Duncan con entusiasmo.

—No, es imposible. No puedo dejar la casa… ni mi trabajo… —dijo Seven.

—No seas tonta, Seven —intervino su tía—. Debes venir. Sabes que debes hacerlo, porque no iré a vivir a una casa extraña sin ti. Por otro lado, la casa de los Jackson está más cerca de la biblioteca que la nuestra, por lo tanto, no tendrás que preocuparte por tener que llegar a tiempo a tu trabajo. El señor Jackson ha venido a hacer la invitación, en nombre suyo y de su madre… ¡es lo menos que puede hacer!

¿Jake Jackson permitía que una parasicóloga viviera en su casa? Debía haber otro motivo.

—No —dijo Seven. Colocó las manos detrás de su espalda, para disimular su temblor. Cerró los puños para darse valor y añadió—: Eso es imposible. Lo siento, pero no estoy dispuesta a hacer algo así.

Capítulo 5

—ENTONCES, eres la primita de J. J. que vive en el campo…

—Yo… ¿Perdón? —los dedos de Seven se tensaron alrededor de su copa de vino, al mismo tiempo que se volvía para mirar a la mujer alta y morena que estaba detrás de ella.

—La primita… que se hospeda en casa de J. J. —la mirada de los ojos marrones fija en el vestido verde de lana de Seven, parecía añadir la palabra «pobre» a la frase. Era el vestido de Seven, pero sabía que no podía compararse en elegancia a la mayoría de los vestidos que podían verse en aquella fiesta, en particular, al sofisticado vestido negro de esa mujer.

—En realidad, no soy pariente, además, he vivido en la ciudad toda mi vida —aclaró Seven.

No era la primera vez que tenía que satisfacer la ávida curiosidad de los periodistas. No fue de ella la idea de acompañar a Jake y a Charlotte a aquella reunión en la que se iban a entregar los premios anuales de periodismo, pero… ¿acaso durante los últimos días se le había permitido decidir algo?

Le habría sido fácil resistir la idea de irse a vivir a casa de los Jackson, si sólo hubiera tenido que enfrentarse a la tía Jane; después de todo, tenía bastante experiencia en negarse a las locuras de su tía. También hubiera podido resistir la persuasión de Duncan Hedges, pero Jake Jackson… bueno, parecía que nadie había podido negarle algo hasta ese momento y sobrevivir para contarlo. Él estaba decidido a que sus deseos se cumplieran, y cuando Seven protestó, diciendo que no creía que él quisiera que estuvieran en su casa, Jake le respondió que no le importaba lo que ella pensara, y que esperaba que su loca tía y ella estuvieran donde pudiera vigilarlas. Le aseguró que lo único que le interesaba era conseguir

resultados, y que si eso significaba que tenía que vivir en la misma casa con el demonio, se trasladaría al infierno.

La actitud de Jake hizo que la estancia en su casa resultara incómoda para Seven. La tía Jane se adaptó inmediatamente al lujo que la rodeaba, y no le afectaban la sospecha y el desdén que él expresaba. No obstante, cada día que pasaba la situación era más desalentadora para Seven. No podía relajarse en aquella casa, ya que era demasiado sensible a su ambiente tenso, y a las fuerzas conflictivas que allí existían. No veía muy a menudo a Jake, pero aunque él no estuviera en casa, Seven percibía en ella la fuerza de su personalidad.

Una noche durante la cena, la tía Jane comentó que la casa de los Jackson estaba hechizada por el espíritu de Rebecca. Eso sucedió la única vez que Jake había cenado con ellas, y él reaccionó ante esas palabras con tanta violencia, que Seven se asustó. Jake se puso de pie y se fue sin decir palabra, dejando su comida casi sin tocar. Al pasar por detrás de la silla de la joven, ella sintió que el pelo de la nuca se le erizaba y que su corazón latía con fuerza.

Poco tiempo después, Seven tuvo que excusarse, y apenas si pudo llegar a tiempo al baño. Desde entonces, no tenía apetito a la hora del desayuno ni la cena, en cambio, a la hora de la comida sentía mucha hambre. A pesar de que a esa hora comía muy bien, había perdido varios kilos y no podía permitirse el lujo de perder más.

—¿De verdad? —preguntó la mujer que no dejaba de estudiarla. Seven la reconoció de pronto. ¿Acaso no había ganado un premio por su periodismo de investigación? ¿No estaba contratada por el principal rival de Jake?—. Entonces… ¿sólo son amigos?

Seven casi sonrió ante la ironía. ¿Cómo reaccionaría aquella mujer si le dijera con dulzura que eran casi lo contrario? Seven sabía muy bien que no debía darle información.

—Podría decirse —contestó por fin.

—¿Buenos amigos? Supongo que deben serlo, puesto que nunca he sabido que J J. lleve a sus novias a casa, a vivir con su madre.

—¿Hace mucho que lo conoce? —preguntó Seven de forma evasiva.

Los pintados labios se curvaron. Seven decidió que era una joven hermosa, si se ignoraba la dureza que reflejaban sus ojos.

—Larga e íntimamente —dijo la mujer—. Por ese motivo dejé su periódico. Si se hace el amor con el jefe, la reputación profesional se pone en entredicho.

—¡Oh! —exclamó Seven y dio un trago de vino. Parecía que los periodistas disfrutaban murmurando unos de otros.

—Oh, no te preocupes —disfrutaba con la evidente incomodidad que sentía Seven—. Eso ya terminó. Debo advertirte que J J. no es conocido por la duración de sus relaciones. ¿De dónde dices que vienes?

—No creo que lo haya dicho —dijo Seven y se terminó el vino. Miró a su alrededor. Tal vez podría excusarse con el pretexto de ir a buscar otra bebida, aunque ya había bebido más que suficiente y la cabeza empezaba a dolerle.

—Alguien ha dicho que eres bibliotecaria. ¿Ha sido sólo una broma… o es verdad? —su voz expresaba la duda de que Jake pudiera interesarse por una mujer que se ganaba la vida de esa forma.

Seven sintió la tentación de contarle la verdad, pero comprendió que eso era precisamente lo que deseaba la otra mujer.

—Es verdad —contestó.

—¿No bromeas? —rió un poco—. ¿Compartís también el amor por la literatura?

—Yo no llamaría literatura al Clarion —señaló Seven.

—¿Cómo lo llamarías?

—Creo que debería… —empezó a decir Seven.

—¿Os acostáis juntos?

La mujer hizo la pregunta en voz baja, y Seven se puso de color escarlata al notar el silencio que se produjo a su alrededor.

Al otro lado de la habitación, Charlotte Jackson frunció el ceño y exclamó:

—¡Dios mío!

—¿Qué sucede… no te sientes bien? —preguntó su hijo.

—Yo sí, pero no creo que suceda lo mismo con Seven. No he debido alejarme de esa manera. Ella me ha confesado que no está acostumbrada a reuniones como ésta…

—Mamá, tal vez no lo parezca, pero es una mujer adulta —manifestó Jake—. Estoy seguro de que puede arreglárselas…

—No, no lo estás —dijo Charlotte—, simplemente no te importa.

Tú fuiste quien insistió en que ella viniera esta noche… al menos, has podido acompañarla, en lugar de arrojarla a los lobos.

—¿No querrás decir lobas? —murmuró Jake. Miró a Seven. Ella parecía sentirse muy pequeña y era el centro de muchas miradas. Nunca había conocido a una mujer que se sonrojara con tanta facilidad. Eso lo irritaba mucho… deseaba decirle que no fuera un blanco tan fácil.

—Es esa horrible mujer, Tracey —decía su madre con ansiedad —. Primero trató de sacarme información a mí, Jake… acerca de Seven, pero yo me apegué a nuestra historia. Será mejor que vaya a ver lo que sucede…

—No, quédate aquí —pidió Jake—. Seven te traerá tu copa dentro de un minuto. Iré a buscarla.

—Jake —Charlotte dio un pequeño tirón a la manga de la chaqueta de su hijo—. No seas… —dejó de hablar al notar la mirada fría de él—. No la tratas muy bien…

—¿Esperabas que la tratara bien? —preguntó Jake.

—Si culpas a alguien, deberías culparme a mí o a Jane. La pobre Seven sólo es una espectadora. Ella no tiene la culpa de que su tía tenga éxito… donde todos los demás han fracasado… y lo está teniendo, ¿no es así, Jake? Al principio renegabas, pero no puedes negarlo, aunque no lo admitas en voz alta…

—Éste no es el momento ni el lugar para hablar de ello —contestó él y se encogió de hombros.

Se abrió paso por entre la multitud. Cuando se acercó lo suficiente a Seven y escuchó la pregunta de Tina Tracey, su ira aumentó. Tal vez llevar a Seven Selkirk a aquella fiesta no había sido una buena idea, después de todo, aunque también le presentaba la oportunidad perfecta para vengarse. Si ella decía algo… y Tina era experta en sacar información… toda su inteligente maniobra se iría al traste.

—¿Has encontrado algo que merezca ser publicado, Tina? —preguntó Jake molesto, colocándose entre las dos mujeres. Deslizó su brazo alrededor de la estrecha cintura de Seven. Notó que ella se ponía tensa.

Tina no se avergonzó, sino que le sonrió.

—¿Estás bromeando? —preguntó—. Es poco comunicativa, ¿no es así? Debía haber sabido que no es tan fácil de dominar como

parece. Dudo poder sonsacar algo a tu misteriosa mujer. Es muy buena para no decir nada. ¿Es la esposa de un diplomático?

Jake ignoró la sugerencia, la cual, en vista de la falta de anillo de Seven, tenía la intención de provocar una reacción. Él observó a Seven. ¿Era una mujer misteriosa y poco comunicativa? ¿La pequeña señorita Ratón, que revelaba cada pensamiento en su cara con la transparencia de un niño? ¿Por primera vez, los agudos instintos de Tina acerca de la gente habían fallado?

En ese momento, Seven levantó la mirada y él recibió una fuerte impresión. Pensó que tal vez habían sido sus propios instintos los que habían fallado. Seven todavía estaba ruborizada, pero sus ojos grises estaban tan oscuros como el cristal ahumado, como si se hubiese distanciado de lo que sucedía a su alrededor, retirándose a un sitio seguro en su interior. Jake comprendió que era la timidez lo que la hacía esconderse en su concha… ¿cómo era posible que Tina no lograra sacarle algunas respuestas inocentes? Eso, si ella era tan inocente… El informe del detective privado resultaba bastante coherente, pero estaba basado en rumores. Jane Selkirk lo irritaba mucho porque nunca dejaba de hablar, y ya casi lo había vuelto loco con su charla. En cambio, su sobrina era todo lo contrario. Vivía a la sombra de su tía, y se mantenía apartada. Jake había notado que Seven contestaba con propiedad cuando le hablaban.

No obstante, nunca iniciaba una charla, aunque él sabía que era inteligente. Parecía como si temiera hablar. Sin duda, su tía era una mentirosa compulsiva, hasta el punto de creer en sus propias mentiras. Seven era una persona consciente, conocía la diferencia entre el bien y el mal, la verdad y la mentira. ¿Por qué se mantenía apartada? Era necesario averiguarlo… en ese momento.

—Cualquier noticia respecto a Seven y a mí, será comunicada en el momento apropiado —dijo Jake—. Ahora, si no te importa, quiero presentar a Seven a alguien…

—¿Por qué has dicho eso? —murmuró Seven con ansiedad, mientras andaba a su lado—. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Sí, acabo de salvar tu preciosa reputación —contestó él con voz tensa. Seven pensó que él era culpable de aquella situación, puesto que había insistido mucho en que fingieran ser amigos para de esa manera explicar la presencia de su tía y ella en su hogar.

—Has insinuado… has dicho… ahora, todos pensaran que yo

soy… que tengo una aventura contigo —manifestó Seven.

—Lo pensarían de todas formas, pues tus sonrojos te han delatado —dijo Jake—. De esta manera, daremos al menos una apariencia de respetabilidad a la relación.

Bajaron por la escalera, cruzaron otra puerta y entraron en uno de los bares del hotel. Teniendo en cuenta la celebración que estaba teniendo lugar en el piso superior, el bar se encontraba bastante tranquilo. Jake la llevó hacia un taburete alto situado en un extremo de la barra y llamó al camarero.

Un whisky con hielo y una copa de vino para la señorita —pidió.

—No quiero beber más —dijo Seven, e intentó ponerse de pie.

Jake la detuvo colocando una mano en su muslo.

—Compláceme —dijo él.

—Entonces, agua mineral, por favor —dijo Seven.

—Que sea un refresco —corrigió Jake, cuando se volvió el camarero.

Seven abrió la boca para poner una objeción, pero volvió a cerrarla cuando Jake inclinó la cabeza hacia ella. ¿Acaso él iba a…? A medida que él acercaba la cabeza, ella se alejaba. Seven casi puso los ojos bizcos a causa del esfuerzo que tenía que hacer para mantener la distancia entre la boca de él y la de ella.

—De acuerdo, un refresco estará bien —dijo Seven—. En realidad, tengo sed —emitió una débil risa no muy convincente—. Gracias —le dolía la espalda por el esfuerzo de mantenerse erguida.

Jake se alejó despacio y Seven volvió a respirar, hasta que él dijo:

—Tienes una boca muy sensual… —al oírlo, ella abrió la boca—… y unos senos —su tono casi era de acusación.

—¡Por supuesto que los tengo! Soy una mujer, ¿no es así?

—Tenía mis dudas, debido a la ropa que usas, pensé que era para ocultar el hecho de que eras tan plana como una tabla. Con ese vestido estás muy atractiva.

De forma automática, Seven colocó una mano protectora sobre su pecho.

—A no ser que sea un relleno —añadió él un momento después.

—¿Desearías que lo fuera? —preguntó Seven.

El camarero se acercó con sus bebidas.

Jake las pagó sin fijarse en el valor del billete que entregaba.

Entornó los ojos, pensativo, al observar cómo ella se encogía. Como su cuerpo era delgado, Seven siempre se había sentido con demasiado busto.

—¿Por eso usas esas chaquetas largas? Eres una mujer muy extraña. Hubiera pensado que te gustaría hacer gala de eso. Senos plenos, cintura estrecha y caderas… ¿Qué más puede desear una mujer?

—Desde el punto de vista de un hombre, es probable que nada —contestó Seven, pero no podía evitar sentirse halagada—. Preferiría ser juzgada por mi inteligencia, gracias. No me gusta que me miren de esa manera. No soy una de tus… mujeres cuyas fotografías provocativas aparecen en la tercera página.

—Primera plana.

—¿Qué? —preguntó Seven.

—Últimamente las ponemos en la primera plana —explicó Jake.

—No me extraña —dijo ella. Bebió un trago de su vaso.

Los ojos de Jake brillaron cuando ella empezó a sentir pánico. Como si no fuera consciente de Jake Jackson como hombre, ahora, él la hacía sentirse muy consciente de su femineidad. ¡Eso no le gustaba! La conversación se estaba volviendo demasiado personal.

—¿Para qué me querías? —comprendió que en vista de la charla que acababan de sostener, eso sonaba demasiado sugestivo—. Quiero decir… ¿por qué has querido salir de la fiesta? ¿Te has cansado de los homenajes? —para sorpresa suya, el Clarion había ganado varios premios, desde el de a la mejor fotografía, hasta el de a la mejor primera plana.

—Ya he notado que no te has molestado en felicitarme —indicó él—. ¿Te ha irritado descubrir que no soy tan mal periodista como pensabas? La mayoría de la gente tiene méritos ocultos, ¿por qué iba a ser yo la excepción? —Seven supo que se burlaba de sus propios méritos ocultos.

—Enhorabuena. Sin embargo, no pienso que unos premios salven tu estilo de periodismo —manifestó Seven.

—¿No has podido resistirte a hacer el comentario? Dime, Seven, ¿hay algo en este mundo moderno que apruebes sin reservas?

—¡Por supuesto! Hay muchas cosas —contestó ella—. Sucede que creo en algunas de las virtudes anticuadas, eso es todo… como el trabajo arduo, el jugar limpio, la modestia y la…

—¿Honestidad?

Seven se mordió el labio inferior y apartó la mirada.

—Sí —contestó con evidente tono de culpabilidad.

—Bueno, mi trabajo es arduo. Compré el Clarion cuando estaba a punto de desaparecer y en cinco años he trabajado mucho para convertirlo en un ganador de premios, con más publicidad de la que podemos atender.

Cinco años… entonces, él había comprado el periódico después de la tragedia. Lo había convertido en el centro de su vida y había empleado en él todas sus energías… por eso había alcanzado un éxito sensacional.

Después de un momento, él añadió:

—Y respecto a jugar limpio, siempre he estado contra el crimen, contra los grandes negocios que aplastan a los pequeños, contra el que…

—No es tanto el contenido como el estilo —lo interrumpió Seven —. Quiero decir que lo haces todo tan dramático. Buscas dificultades sólo por gusto…

—El debate siempre es saludable. ¿Qué es la vida sin un poco de drama y excitación? —preguntó Jake.

—Hubiera pensado que ya tenías bastante de eso en tu propia vida, para no desear salir a buscarlo en otros… —dejó de hablar, sorprendida por haber empleado esa táctica.

—Al contrario —dijo él—. Lo que soporté hizo que surgiera en mí una irreprimible ira contra la injusticia. El periódico fue un medio para emplear esa ira de una forma constructiva. De no haberlo tenido, me hubiera vuelto loco… y ahora, bueno… ahora estoy atrapado por la presión.

—Lo siento… No era mi intención…

—No, por supuesto que no —dijo él, aceptando la disculpa para convertirla en una ventaja suya—. Debería sentirme halagado… después de todo, no hablas sin pensar a menudo, ¿no es así? Me agrada descubrir que tienes un fallo en algún sitio. Eso te hace parecer menos perfecta.

—Nunca he dicho que sea perfecta…

—No, sólo actúas como si lo fueras —dijo él—. Uno de los más valiosos instintos que he desarrollado a través de los años, es el que me dice más acerca de una historia que lo que indican los hechos.

Ésa es una parte de una imaginación lógica que muchos periodistas no tienen. Ellos pueden ser buenos, sin embargo, nunca serán magníficos, a pesar de lo bien que escriban. Y mis instintos acerca de ti, Seven Selkirk, me están causando muchos problemas. ¿Estás esperando el momento propicio para decirme que tienes a mi hija, y que por cierta consideración la entregarás?

—¡No! —exclamó Seven y se levantó, temblando de ira. Sabía que él sospechaba, pero la profundidad de esa sospecha asustaba.

—Siéntate —emitió la orden con expresión amenazadora.

—No puedes pensar…

—¿Por qué no? ¿Qué otra cosa se supone que debo pensar? —preguntó Jake—. Nunca he investigado sobre el tema, y en mi mente no hay duda de que si… y es un si muy grande… existe esa habilidad psíquica, tu tía es la última persona que la posee. La he visto en acción durante los últimos días, y lo único que hace es repetir ademanes… ella es todo sonido y furia, sin sustancia. Su imaginación es un conjunto de ideas incoherentes, sacadas de libros y malas películas de terror. No tiene ni originalidad ni sensibilidad, no presta atención a las opiniones de los demás. Por lo tanto, resulta obvio que la evidencia de ese dibujo psíquico fue fabricada, pero también resulta obvio, a juzgar por los resultados, que estuvo basado en hechos —la miró fijamente—. De alguna manera, tu tía ha recogido alguna información, tal vez de entre los espiritistas con los que se mezcla, y ha decidido usarla. Tal vez tú hayas sido parte de eso, o tal vez no. ¿Qué te parece una amnistía? Me dices lo que sabes, y prometo no usarlo contra ti ni tu tía. Ésta es tu última oportunidad para quedar limpia, Seven. Después de esto, no habrá otra.

—Suena como una mala novela de detectives… —comentó Seven.

—No intentes cambiar de tema. ¿Esperas que tu tía tenga más ideas?

—Duncan Hedges piensa que sí —contestó Seven.

—Eso no es una respuesta —indicó Jake. En ese momento era sólo periodista—. Si quisiera saber lo que tu amigo divorciado piensa, se lo preguntaría a él. Quiero escuchar tu opinión sincera, por una vez.

Seven levantó la cabeza con valor.

—Si preguntas si la tía Jane o yo sabemos algo más acerca de Rebecca de lo que estamos diciéndote, la respuesta es no. Puedo asegurarte que la tía Jane no ha conseguido ese dibujo a través de ningún extraño —habló con rapidez—. Si la tía Jane dice que Rebecca todavía vive, entonces, puedes creerla…

—¿De verdad crees eso? ¿Cómo puedes poner tu fe en algo tan sin sentido?

—Eso es mejor que no tener nada de fe —señaló Seven.

Jake terminó de beber el whisky y pidió otro.

—Tengo fe en mí mismo, eso es lo único que necesito —aseguró Jake.

—Excepto paz —dijo ella.

Los ojos de él expresaron un breve tormento.

—La paz no produce buenos titulares. ¿No has escuchado el axioma que dice que malas noticias son buenas noticias, y buenas noticias son malas noticias? Es un credo del periodista.

—¿Por qué no quieres encontrar viva a Rebecca? —preguntó Seven. Sentía una gran compasión.

Por un momento sintió temor al advertir la reacción de él. Los nudillos de Jake se pusieron blancos mientras sujetaba su copa y trataba de controlar la ira. Después la observó con una mirada tan fría como la muerte. Hasta ese momento, él no había tenido en cuenta los poderosos instintos represivos que funcionaban en su mente. Jake cerró los ojos.

—Porque siento temor —confesó.

Pensando que ese hombre duro y cínico podría soportar cualquier cosa, Seven sintió un gran pesar ante la admisión que hacía ante ella.

—¿De qué? —preguntó.

Jake abrió los ojos.

—De descubrir que ella me odie… que haya sufrido por mí… que tal vez hubiera sido mejor que ella muriera entonces. Yo soy su padre, sin embargo, no estaba allí cuando más necesitó mi protección. Mi amor le falló de una forma miserable. Oh, hay toda una lista de razones, todas muy egoístas. Yo la maté. En mi mente, yo le ocasioné la muerte para que, de esa manera, la vida pudiera ser un poco más sencilla para mí. Si ella todavía está viva, eso que hice no estuvo bien. Era sólo una niña. Es probable que no me

recuerde. ¿Por qué iba a recordarme? ¿Por qué iba a querer volver al lado de un padre que no puede prometer mantenerla a salvo? Tu tía no es el único fraude que hay en mi casa —su voz reflejó su angustia.

—Nunca has dejado de buscar, Jake… no puedes culparte por lo sucedido. Durante seis años… seis largos años, a pesar de que creías que ella estaba muerta, has tenido contratado a un detective… eso debe de haberte costado mucho durante los años…

—Dinero maldito… un alivio para mi conciencia… una búsqueda de venganza, no de esperanza. En realidad, nunca esperé que el detective encontrara nada… y él lo sabe. Si yo hubiera sido más vigoroso al exigir resultados, quizás le hubiera dado a él un incentivo para esforzarse más con su trabajo —terminó de beber el segundo whisky con mayor rapidez que el primero—. Tienes razón, pequeña señorita Ratón… tienes razón al despreciarme. Capitalicé la noticia de su desaparición aprovechando la curiosidad de la gente para vender mis periódicos. Antes de que se llevaran a Rebecca, yo sólo era un buen periodista que trabajaba para otros; después, me convertí en un periodista famoso, capaz de conseguir ese dinero extra que necesitaba para comprar el Clarion, porque la gente a quien se lo pedí prestado me trató con compasión. Trafiqué con sus sentimientos…

—No, Jake —dijo Seven y colocó una mano en el brazo de é!. Jake colocó una mano sobre la de ella y dijo:

—No deberías hacer preguntas desagradables, si no deseas escuchar respuestas desagradables. Serías una periodista muy buena, si no fueras tan tímida. Esta noche has conseguido que yo admita más hechos de los que un profesional hubiera logrado… y pensar que te traje aquí con la intención de sacarte información. ¿Hay otros lastimeros secretos que desees que revele?

Hablaba con sarcasmo, pero había una pregunta que Seven se moría por hacerle a alguien, y allí, en la intimidad de aquel bar vacío, se atrevió a formularla.

—Dices… que no tienes esposa… y nadie ha mencionado tu matrimonio. Yo… —tragó saliva al notar la falta de expresión en la cara de él—. Sólo me pregunto cuándo te divorciaste… o si la madre de Rebecca murió.

—Son conjeturas muy interesantes —murmuró él—. No tengo

esposa porque nunca me he casado.

—¡Oh! —exclamó Seven y se ruborizó.

Se dio cuenta de que su mano todavía se encontraba debajo de la de Jake e intentó apartarla. Los dedos de él se lo impidieron.

—La madre de Rebecca, Chloe, fue mi concubina.

—En realidad, no es asunto mío —murmuró Seven con apuro.

La forma en que él había pronunciado la palabra concubina la hacía sonar todavía más pecaminosa de lo que era.

Seven dejó de intentar apartar su mano y se resignó a aquel cautiverio temporal.

—He empleado la palabra concubina en lugar de amante porque, aunque vivimos juntos, no fue una relación normal —cambió de postura para poder ver mejor la cara de ella—. En aquel entonces, los dos deseamos que así fuera. Chloe se consideraba modelo, aunque no trabajaba mucho. Yo tenía un buen sueldo y acababa de recibir una herencia; por lo tanto, no puse ninguna objeción a mantenerla, mientras disfruté del privilegio de sus favores en exclusiva. Era una mujer hermosa, un poco caprichosa, pero eso es aceptable en una amante. Yo no la amé y ella no me amó, por lo tanto, era un arreglo ideal. Sin embargo, en algún momento, Chloe decidió que eso no era suficiente… y quiso casarse. Todas sus amigas se estaban casando, y pensó que nosotros también debíamos hacerlo. Yo dejé muy claro que eso no entraba en el juego. Yo era ambicioso, y para satisfacer esa ambición, no podía permitirme el lujo de estar atado. No iba a casarme sólo porque sí, para que ella pudiera presumir ante sus amigas.

Hizo una pausa para controlar su ira y luego continuó:

—Chloe insistió un poco, pero no tardó en dejar el tema, por lo tanto, asumí que como había aceptado mis condiciones, decidió que después de todo, no era importante casarse. Debía haberla conocido mejor. A Chloe no le gustó que la contrariara, dejó de tomar la píldora y se quedó embarazada. Le dio la noticia a mi madre, antes de dármela a mí. Estaba muy contenta por haberse pasado de lista, aceptaba que había actuado con toda deliberación. En realidad no deseaba tener un hijo, pero era la única manera de lograr que yo me sintiera comprometido, y pensó que valía la pena intentarlo. Me lo comunicó de una forma tan casual, que al principio pensé que bromeaba… pero no fue así. Ella sabía que mi madre deseaba tener

nietos, y que yo tenía un gran sentido de la responsabilidad. Ella aprovechó los sentimientos de ambos a su favor… —curvó la boca en una mueca de amargura.

—¿Qué hiciste? —preguntó Seven.

—Acepté un compromiso… aunque no el que ella esperaba. Ofrecí mantenerla durante el embarazo, acepté mi parte de responsabilidad cuando naciera el niño… pero eso fue todo, no habría anillo. Chloe se negaba a creerme. Tenía fijada en su mente la idea de que yo cedería, a pesar de que la obligué a irse a vivir a su apartamento. Hasta el momento en que nació Rebecca, ella estaba completamente segura de que yo cedería y me casaría, por el bien de la niña. Pero tuvo que aceptar la realidad. Se vio con la carga de tener que cuidar a una hija que le quitaba mucho tiempo… y eso no era para Chloe. Después de unos meses, al fin se dio por vencida.

—¿Se dio por vencida? —repitió Seven, presintiendo lo que seguiría, aunque le resultaba difícil de creer.

—Sí, se fue. Una mañana dejó a Rebecca con mi madre y no volvió a recogerla. Ocho meses más tarde, me envió una fotografía de su boda. Se había casado con un empresario en Hawai…

—¿Y Rebecca? ¿Ella no volvió a verla? —preguntó Seven.

Jake se encogió de hombros.

—Una vez que se fue, yo no esperaba que volviera. Becky fue para ella sólo un medio para alcanzar su meta. Chloe no tenía sentimientos profundos, por eso era tan buena amante. Ella decidió tener el bebé, aunque no creo que lo viera como algo real. La ironía fue que mi negativa a ceder ante el chantaje, me ató con más fuerza de lo que me hubiera atado un mal matrimonio. De pronto, en mi vida existía un pequeño ser humano dependiente. Mi madre se sentía feliz de cuidarla mientras yo trabajaba, pero se aseguró que yo cargara con la responsabilidad el resto del tiempo. Ella fue muy lista… se aseguró que yo reconociera el lazo para que Becky no sufriera por no tener una madre.

Hizo un gesto de resignación.

—Funcionó… mucho mejor de lo que mi madre esperaba —continuó—. De pronto, escribir acerca de los problemas y traumas de otras personas no fue la meta suprema de mi vida… sino el lograr que esa pequeñita dejara de llorar y sonriera. Descubrí las

increíbles recompensas y frustraciones de la paternidad. Yo era quien se levantaba por la noche para alimentarla, caminaba de un lado al otro cuando empezaron a salirle los dientes. Solía llevar fotografías en la billetera y presumía de lo guapa que era. Construí mi vida a su alrededor. Compré esa casa para nosotros tres, cerca de una buena escuela. Dejé de aceptar trabajos fuera del país… y en el proceso, me convertí en un ser humano mejor…

Eso fue hasta que su mundo recién erigido se destruyó en un día. Rebecca enseñó a su padre cómo amar, y el vacío que quedó cuando le quitaron de pronto ese amor, fue llenado con la determinación amarga de no volver a sentirse herido de esa forma.

A través de su trabajo, Jake había hecho gala de una dureza brutal, la cual en realidad ocultaba una vulnerabilidad mucho mayor que la de Seven.

—Cuando Becky desapareció, ¿no creíste que Chloe?…

—¿Que ella tenía algo que ver en eso? No… no era su estilo. Chloe es muy avariciosa, pero no vengativa, aunque por supuesto, la policía la investigó. Ella me envió una tarjeta de condolencia.

—Oh, Jake…

—Esa frase parece ser tu favorita —dijo él y sonrió. Notó el pesar que expresaban los ojos de Seven—. ¿Acaso vas a derramar lágrimas por un tipo duro como yo? Puedo cuidarme… y dudo que tú hagas lo mismo. Bajo ese exterior tímido, late un corazón incauto. ¿Cómo sabes que no he estado jugando con tus emociones, para hacerte bajar la guardia? —le tocó la cara y murmuró—: Cuando me miras de esa manera, me haces recordar a Becky… llena de los misterios inexplorados de la vida, confiada de que nunca haré nada que pueda hacerla daño… y mira lo que sucedió. Recuerda que no se puede confiar en mí, Seven. No cambies la primera opinión que te formaste de mí, pues si lo haces, te haré daño. Deseo hacerlo —dijo con crueldad—. Quiero borrar esa mirada de inocencia, sacar a la luz tus secretos, para que de esa manera pierdas el poder de tu protección. Mantente alejada de mí, Seven… no me hagas castigarte por los pecados de otra persona…

Capítulo 6

SEVEN pasaba las páginas fascinada. ¿Era posible que la gente se hiciera esa clase de cosas? Oyó el ruido de la puerta al abrirse y dio un salto. Al ver que él se quitaba la chaqueta, escondió el periódico sensacionalista detrás de los cojines del sofá. Se inclinó para coger el libro que se encontraba en la mesita, y cuando Jake terminó de aflojarse la corbata y desabrocharse el primer botón de la camisa, ella parecía absorta en la historia de la colonización de Nueva Zelanda.

—¿Dónde están todos? —preguntó Jake, mientras colocaba la chaqueta en el respaldo de una silla. Se pasó una mano por su pelo húmedo.

—La tía Jane y tu madre han salido. ¿Todavía llueve?

—Mmm… han salido, el tiempo no puede ser peor —contestó Jake y frunció el ceño—. ¿Adónde han ido?

—Al cine —contestó Seven.

Jane y Charlotte se habían hecho muy buenas amigas.

—¡Oh! ¿Qué han ido a ver?

Seven dudó antes de contestar.

—Los Cazafantasmas —admitió y se preparó para soportar el sarcasmo de él.

Se sorprendió al oírlo reír.

Jake se sentó enfrente de ella mientras emitía sonoras carcajadas. Seven se sorprendió por su buen humor, después del estado de ánimo que parecía tener al entrar.

Después de un momento, Seven añadió:

—Ha sido idea de tu madre. La tía Jane vio el anuncio en el periódico de esta mañana, y Charlotte confesó que no vio la película cuando se estrenó.

—Y, por supuesto, tu tía sí.

La tía Jane la había visto una docena de veces, pero Seven no le iba a dar esa información.

—Es una película muy divertida —comentó ella.

—Lo sé. Estoy seguro de que mamá lo pasará muy bien.

—¿Te sientes bien?

—Un poco cansado. He tenido un día muy duro. ¿Por qué?

—Oh, por nada —dijo ella inmediatamente.

—¿Te parezco un hombre tan serio que si sonrío piensas que estoy delirando? —preguntó Jake en tono burlón y arqueó una ceja.

—Sí. En particular, si es algo que tiene que ver con la tía Jane. No puedes ser cortés con ella, así que, creo mucho menos probable que encuentres divertido algo que ella haga.

—Tal vez me está convirtiendo en un creyente… ¿o debo decir trastornado?

Seven pensó que aquella respuesta sí era propia del Jake que conocía.

—Lo dudo —contestó la joven—. Eres demasiado terco. Eres el único que se permitiría convertirse a sí mismo.

—Me conoces demasiado bien. ¿Qué estás leyendo? —preguntó Jake.

Seven recordó el periódico que había escondido y se ruborizó.

—Una historia de la colonización pre-europea de Nueva Zelanda —respondió Seven.

Él apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y la observó con los ojos entornados.

—¿De verdad? Un tema tan árido te hace sonrojar… ¿o sólo lees las partes picantes?

Seven se movió avergonzada y, horrorizada, oyó el ruido que producía el periódico bajo los cojines.

Siendo periodista, Jake identificó inmediatamente el sonido y arqueó las cejas.

—¿Estás sentada encima de algo? —preguntó.

—No… no lo creo —negó Seven.

Jake se inclinó hacia delante. Seven pensó que iba a descubrirla y exclamó con inocencia:

—Oh, sí… —sacó el Clarion y lo dobló bien. En un murmullo añadió—: Me pregunto cómo habrá llegado aquí —al mirar a Jake

notó que él sonreía con sabiduría.

—¿Hacías alguna investigación literaria, señorita Selkirk? —su mirada era fría.

Seven estaba muy ruborizada.

—¡Sólo leía la página editorial! —mintió.

—Mmm… ¿quieres decir que no te has entretenido un poco con los descarados desnudos de hombres salvavidas que aparecen en la página ocho? —la miró todavía con frialdad.

Seven se ruborizó más aún. Le entregó el periódico y él lo recibió con una sonrisa.

—¡Está bien que te sonrojes! Tal vez te gustaría saber que la gente como tú es quien más compra nuestro periódico. Los lectores ilícitos que lo echan al carrito del supermercado para no tener que sufrir la humillación de pedir esta basura en el mostrador.

—No lo he comprado —dijo Seven—. Lo he hojeado porque estaba aquí —Jake recibía todos los periódicos principales en su casa—. Ya te he dicho que por lo general no leo los periódicos.

—Sin embargo, has hecho una excepción con el mío. Me siento halagado.

—No lo estés —dijo Seven—. Hoy he hecho una excepción, no volveré a tocarlo. ¿Cómo puedes dedicarte a editar algo así, cuando podrías hacer algo mucho mejor?

—Hablas como mis profesores. Ellos siempre decían que las cosas que hacía estaban bien pero que podía hacerlas todavía mejor. ¿Mejor en qué sentido? Ellos querían decir que podía conseguir calificaciones más altas, apegándome a lo ya demostrado, en lugar de investigar por mi cuenta. Bueno, ése nunca fue mi estilo… y nunca lo será. Me gusta experimentar, me gusta demostrar que mi estilo también es muy bueno, por no decir mejor que el de otras personas. Supongo que tú obtenías unas brillantes calificaciones en la escuela…

—No fui a la escuela hasta casi los trece años —contestó Seven.

—¿Quieres decir que hasta entonces estudiabas por correspondencia? —se acomodó en su silla.

—Quiero decir que viajamos mucho con el circo y que los oficiales encargados de detectar a los niños que no asistían a la escuela nunca nos descubrieron. Eso no significa que no aprendiéramos nada —añadió, al creer advertir en los ojos de Jake

una mirada de crítica hacia sus padres—. Sucedió todo lo contrario. Personas de ambientes muy diferentes se unían a nosotros de vez en cuando, y la gente del circo posee una innegable sabiduría innata… ellos son felices transmitiendo sus conocimientos. Morgan y yo aprendimos italiano y francés muy pequeñas, así como la historia de Europa Central, gracias a la gente que la había casi protagonizado. Aprendimos matemáticas mientras ayudábamos en las taquillas. Aprendimos a leer y a escribir ayudando a hacer carteles, folletos publicitarios y programas. Mi madre no tuvo una educación muy formal, pero conocía su valor, aunque continuaba retrasando el terrible momento en que tendría que enviarnos a la escuela.

Entornó los ojos al recordar aquellas vivencias.

—A Morgan y a mí… bueno, no nos gustaba mucho la idea tampoco. Papá decía que éramos demasiado listas para ir a la escuela. Él tuvo una buena educación, aunque nunca le sirvió de nada. Pensaba que a los niños no se les debía forzar a aprender, consideraba que la vida es el mejor maestro, y que el circo ofrecía la mejor vida de todas. Después de todo, a él le dio todo lo que necesitó, incluyendo una esposa… mi madre era acróbata de otro circo cuando se conocieron… —en un murmullo añadió—: Teníamos docenas de álbumes de fotografías y recortes… pero ni siquiera tengo una fotografía de ellos, o de todos juntos… se quemaron en el incendio.

—¿El que mató a tus padres?

—Sí —contestó Seven—— Fue entonces cuando Morgan y yo nos vinimos a vivir con la tía Jane, y empezamos a asistir a la escuela. Al principio, las dos tuvimos problemas. Morgan nunca se adaptó en realidad, pero cuando yo me acostumbré a la rutina, me gustó la escuela. Me gustaba tener todo tipo de información a mi disposición… tener una biblioteca con miles de libros, no sólo los pocos que podíamos llevar en el circo.

Jake se había enterado gracias a los archivos de la prensa, de que Seven y su hermana se encontraban en una roulotte vecina, la noche del incendio. Los investigadores llegaron a la conclusión de que el incendio había sido causado por un escape de gas.

En la expresión cerrada de Seven había algo más que tristeza y pesar. Jake tenía demasiada experiencia en extraer información como para cometer el error de insistir en que continuara hablando

del tema cuando era obvio que ya lamentaba haberse abierto de esa manera.

—¿Echas de menos… la vida que llevabas entonces? —preguntó Jake.

—No. No es lo que me gustaría hacer en mi vida adulta. Por supuesto que eché mucho de menos la cercanía familiar que teníamos… todos se conocen en el circo… sin embargo, creo que tuvimos suerte al alejarnos antes de que el resplandor se apagara. Siendo niñas, Morgan y yo pensábamos que todo eso era muy excitante, pero es un trabajo muy duro, y conlleva muchas preocupaciones. Uno tiene que ser cierto tipo de persona para dedicar su vida a eso… y yo no pertenezco a él.

—¿Y tu hermana? —preguntó Jake.

—Morgan nunca se queda en un lugar el tiempo suficiente como para tener una dirección —sonrió al recordar la última tarjeta postal que había recibido desde Oriente Medio.

—Me sorprende que tu tía no se haya unido al circo. Ella sí parece ser ese tipo de persona —comentó Jake.

—En realidad no. A la tía Jane le gustan las comodidades de una casa. Además, para ella, eso no es una forma de vida, es sólo un… —dejó de hablar de pronto, al recordar con quién estaba hablando.

—¿Un juego?

—Yo… —no parecía enfadado, pero había descubierto que Jake sabía ocultar muy bien lo que pensaba. Seven miró su reloj y dijo—: ¿Ya es tan tarde?

—Sí, son las nueve. Ya es hora de que pienses en irte a la cama… sola. ¿Ha dejado algo para cenar la señora Taylor?

A Seven le impresionó el sugerente comentario.

—No… no. No ha preparado nada. La tía Jane y Charlotte dijeron que se tomarían algo en un café antes de ir al cine, y tú comunicaste que tenías una cena de negocios…

—Se canceló —dijo Jake—. Tuvimos un problema con las prensas y eso nos ha mantenido ocupados gran parte de la tarde. ¡Qué día tan terrible! Ahora estoy muerto de hambre. ¿Qué has comido tú?

—Yo no tenía hambre —confesó Seven, pues como de costumbre, la casa surtía un efecto depresivo en su apetito, a pesar de que no había comido aquel día porque Cilla se había puesto

enferma y habían tenido mucho trabajo.

—Nunca comes; por eso tienes ese aspecto tan quebradizo… lo que comes no mantendría vivo ni a un ratón. Ven a la cocina, prepararé algo.

Jake se puso de pie y ella advirtió su expresión de cansancio.

—¿Por qué no me dejas preparar la cena a mí? —preguntó Seven—. Relájate y toma una copa… yo veré qué hay en el frigorífico.

Ningún hombre podría resistirse a un gesto tan femenino, pero Jake no era un hombre común.

—No, gracias, es probable que sólo me ofrezcas un trozo de queso. Vamos… puedes ayudarme, si no soportas estar sin hacer nada, pero con la condición de que cenes conmigo.

—Oh, pero yo no…

—¿No tienes apetito? Sí, sí lo tienes… sólo que no te has dado cuenta todavía. Espera a ver todas las tentaciones que puedo ofrecerte…

Seven pensó que no tendría que esperar mucho al ver cómo se desenvolvía él en la cocina. Con la camisa medio desabrochada y las mangas enrolladas hasta por encima de los codos, era una tentadora muestra de masculinidad, mucho mayor de la que ofrecían esos jóvenes Adonis que habían posado para el Clarion con el trasero desnudo después de un carnaval en Australia. Seven los había admirado desde un punto de vista físico. La atracción de Jake era más terrenal… única, imperfecta, imprevisible… Dependiendo de su estado de ánimo, podía hacerla sentir ira o un gran placer.

—No sabía que te gustaba cocinar —confesó Seven, mientras observaba cómo preparaba la carne.

—No sabes mucho acerca de mí, Seven, excepto lo que te dicen tus prejuicios. Chloe odiaba cocinar, por lo tanto, aprendí mientras vivimos juntos. Me resulta muy relajante, después de un día como el de hoy. ¿Podrías lavar esas verduras, por favor?

—No te reconozco cuando eres cortés —señaló Seven, mientras obedecía.

—El encanto no logra tanto como la rudeza en mi negocio —explicó él—. Provocación es el nombre del juego.

—¿No te cansas de eso… del furor constante?

—¿No te cansa todo ese silencio mortal y la rutina de tu trabajo?

—preguntó Jake.

—No es mortal —aseguró Seven—, además cada trabajo tiene su rutina. Nunca me aburro porque cada día es diferente, siempre hay libros nuevos e ideas nuevas que descubrir. La gente tiene concepciones muy extrañas acerca de las bibliotecas. No somos un lugar apartado y arcaico. Una biblioteca, en especial una del tamaño de la nuestra, es una especie de centro comunitario y lugar de reunión… toda clase de gente interesante nos visita. Me gusta mi trabajo y me siento orgullosa de lo que hago.

Él dejó de trocear las verduras y dijo:

—¡Eso es exactamente lo que siento por mi trabajo!

—¿Cómo puedes sentir orgullo en?… —empezó Seven y dejó de hablar cuando él se volvió con el cuchillo en la mano.

—¿Quién está siendo ruda ahora? —preguntó él y sonrió. Continuó cortando las verduras—. Supongo que no guardas copias de mi despreciable periódico en tu bodega de conocimientos.

—Eso es responsabilidad de la central —contestó Seven, sabiendo que la tenía atrapada—. Yo no creo en la censura rígida. En nuestros estantes tenemos muchos libros que creo que no merecen ocupar ese espacio, pero ésa es sólo mi opinión personal, y no se la impondría a nadie.

—Me sorprendes, ratón. Pensé que eso era lo que intentabas hacer, con esos comentarios acerca del Clarion. Hay mucha gente que estaría de acuerdo con tu modo de pensar. Se sentirían felices si la censura evitara que sus mentiras y negocios sucios llegaran a oídos de sus víctimas.

—Creo que podrías hacerlo… con un poco más de gusto, eso es todo —manifestó Seven con terquedad.

Jake soltó una carcajada.

—¿Gusto? Seven, ésa es una palabra extraña para algunas de las personas que aparecen en nuestras páginas —aseguró Jake—. Sus acciones no tienen gusto, y no hay ninguna forma de que eso cambie. Sin gusto… así es como vive mucha gente hoy en día. No digo que sea algo bueno, sólo que así sucede, y ninguna protesta cambiará la realidad. Hablando de gusto… esto estará listo dentro de un par de minutos… ¿Quieres sacar los platos? Están en ese mueble. ¿Quieres tenedor o palillos chinos?

—Tenedor, por favor —dijo Seven, pues no quería mostrar su

poca habilidad con los palillos chinos delante de él.

—Yo usaré palillos chinos —declaró Jake. Ella debía haber adivinado que sería un experto—. Pon la mesa aquí, no tiene sentido ser formales a esta hora de la noche.

Resultó ser una comida extraña. Entre ellos hubo una tranquilidad que no existía antes; sin embargo, también había tensión. Cuando Seven lo felicitó por la deliciosa cena, Jake le dijo que esperaba que le devolviera la invitación. La hizo hablar acerca de los maravillosos guisos que ella recordaba que preparaba la gente del circo los días que tenían algo que celebrar.

—Ésa sería una buena idea para escribir un libro de cocina —comentó Seven—. Los libros de cocina se encuentran entre los títulos que más nos solicitan. Solía imaginar que algún día escribiría un libro titulado «Un Circo de Recetas…» tal vez con ilustraciones de números de circo junto con las de los platos… pero no soy escritora… además, nunca me molesté en tomar nota de ninguna de las recetas, aunque tengo buena memoria y todavía recuerdo bien algunas.

—Es una buena idea —señaló Jake—. Vale la pena intentarlo. Si consigues al fotógrafo indicado, la portada sería maravillosa.

—Oh, no… no podría… es sólo algo en lo que solía pensar, eso es todo —dijo Seven—. No sabría cómo empezar…

Seven se avergonzó por la discusión que sin darse cuenta había provocado. Debía haber comprendido que un oportunista como Jake miraría todo desde el punto de vista de la publicidad. ¿No podía comprender que el salir al mercado y vender su idea era algo inconcebible para ella? El solo pensamiento la asustaba. Ella prefería el anonimato.

La única forma en que logró apartarlo del tema fue mencionando que ese día había hablado con Duncan Hedges.

—¿Ha llamado a la biblioteca? —ya había colocado los platos en el lavavajillas. Se encontraban en la sala. Jake había llevado lo que quedaba de la botella de vino que había abierto para acompañar la cena. La chimenea estaba encendida y Seven observó cómo atizaba el fuego.

—Él ha venido aquí cerca de las cinco y media —aclaró Seven.

—¿Qué quería? No contestes, sé muy bien lo que quería —dijo Jake. Seven lo miró sorprendida por su vehemencia—. Él me ha

llamado por teléfono al periódico esta mañana.

—¡Oh! Entonces sabes que se ha seguido el rastro de la pareja de la pensión hasta Australia —murmuró Seven.

Esperaba que esa información se la diera la madre de Jake.

—El rastro se ha seguido hasta el aeropuerto de Sydney —la corrigió Jake—. No hay ninguna prueba de que ése fuera su destino final.

—Al menos es un comienzo —manifestó Seven inmediatamente —. Duncan me ha informado de que se ha descubierto que el hombre y la mujer eran socios en aquel entonces, y que no estaban casados, como dijeron en la pensión. También ha descubierto que la muerte de la niña de un año, hija de la pareja, fue registrada unos meses antes de la desaparición de Rebecca. Fue un accidente, se ahogó en la bañera, y la mujer entró por propia voluntad en una institución psiquiátrica poco después. Seis meses más tarde, usó el certificado de nacimiento de su hija para que incluyeran en su pasaporte a la niña de dieciocho meses.

—Supongo que el superpolicía ha decidido seguir esa pista personalmente. Tengo entendido que el clima es muy agradable en Australia durante esta época del año —dijo Jake.

—Él no ha podido conseguir el permiso —informó Seven—. La información se ha pasado a la policía australiana para que inicie una investigación. Estaba un poco desilusionado porque no cree que atiendan el caso con urgencia. No sé por qué eres tan hostil con Duncan, él sólo trata de ayudar.

—Trata de ayudarse a sí mismo —dijo Jake—. Presume demasiado para ser un detective sin uniforme. Entre sus compañeros tiene reputación de arrogante y de estar más interesado por conseguir la gloria que por investigar a fondo un caso.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Seven.

—He interrogado a mis contactos en la policía. Es lisonjero, pero no de tanta confianza como su rango sugeriría. ¿No te ha invitado a salir, por casualidad, mientras ha estado aquí?

—Eso no es asunto tuyo… —empezó Seven con dignidad.

—Entonces, sí te ha invitado. Espero que le hayas dicho a dónde podía irse. Ese tipo está divorciado porque engañaba a su esposa, aunque sin duda te ha dicho que las exigencias de su trabajo han sido las que han destruido su matrimonio…

Seven se sonrojó pues eso era precisamente lo que le había dicho Duncan. Jake permaneció junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos.

—Y le has creído… —añadió él momentos después.

—¡No!

—Entonces, no saldrás con él… Buena chica.

—No necesito tu condescendencia, gracias —dijo Seven. Deseó haber aceptado la invitación de Duncan, sólo para hacer desaparecer esa expresión de la cara de Jake—. No he aceptado la invitación porque él no es mi tipo, eso es todo. Yo hago mis propios juicios acerca de las personas. No soy tan inocente.

—¿No lo eres? —preguntó él fingiendo horror—. ¿Quién fue el hombre… que te hizo una inocente incompleta? Resulta obvio que alguien de tu tipo. ¿Cuál es tu tipo con exactitud, Seven?

—Desde luego tú no —dijo ella con un significativo gesto—. Para empezar, él tiene que ser todo lo que tú no eres… amable, considerado, imaginativo, idealista…

—Todas ésas son cualidades etéreas y asexuales —manifestó Jake—. Ningún hombre podría tener todas esas virtudes, y todavía ser hombre… de la misma manera que ninguna mujer podría tenerlas y todavía ser mujer. Ése es sólo un lado de la moneda. Son las cualidades oscuras y dominantes que tenemos las que crean el delicioso conflicto que llamamos atracción. Cualquiera puede fingir emociones suaves. Sin embargo —continuó—, las emociones apasionadas y violentas revelan cómo somos realmente. Alguien puede desagradarte, puedes no confiar en él; sin embargo, encontrarlo… —bajó la voz—, turbadora e irresistiblemente atractivo…

Se encontraba casi al otro extremo de la habitación, pero Seven tenía la sensación de que estaba muy cerca. No sabía cómo responder, pues temía delatar su inseguridad. No podía imaginar que la respuesta estaba escrita en sus ojos grises y en su boca temblorosa. Tenía toda la apariencia de la inocencia fascinada y, al mismo tiempo, temerosa.

El exquisito peligro del momento la dejó hechizada, hasta que Jake, sin apartar los ojos de ella, dejó su copa en la repisa de la chimenea y dio un paso hacia Seven. Ese paso fue suficiente para romper el hechizo y hacerla reaccionar. Seven huyó hacia la puerta,

pero al hacerlo, rozó la chaqueta que él había colocado en el respaldo de una silla y la tiró al suelo. La billetera salió del bolsillo interior y, de forma automática, la joven se inclinó para recogerla, junto con la chaqueta. Al comprender su error, las colocó como escudos delante. Jake cogió la chaqueta y la arrojó otra vez al suelo, mientras que su mano se cerró sobre la de Seven, encima de la billetera. Ella sintió su poder y se estremeció. Bajó la mirada y vio la fotografía que se había salido… era una niña… una niña que había pertenecido a aquel hombre… una niña… amor… El amor que padre e hija habían compartido la envolvió, sacudiéndola…

Él interpretó mal la expresión de ella y dijo:

—¿Seven? No voy a hacerte daño. No fue en serio lo que dije la otra noche… fue la amargura la que habló… ¿Seven? —al ver que ella no respondía, comprendió lo que atraía su atención.

Ella tenía la mirada fija en la foto de su hija, como si ésta la amenazara de alguna manera. Jake añadió:

—Es sólo Becky… estoy seguro de que ya has visto su fotografía más de una vez.

Sí la había visto… aunque no en presencia de él. La presencia del hombre que había engendrado una niña sin saberlo, y sin embargo, la había amado sin reservas.

Jake añadió:

—Tengo otras fotografías, si deseas verlas. Solía hacer mis propias fotografías cuando trabajaba fuera, por lo que sé manejar bien la cámara. Tengo todo un expediente de ella… desde la primera hora de su vida. Becky era un buen tema… ven, te las enseñaré. Lo que dijiste acerca de que no tenías ninguna fotografía de tu familia, me hizo comprender que tengo mucha suerte. El tiempo nunca podrá borrar mi recuerdo de Becky… suceda lo que suceda, tendré un expediente especial del tiempo que pasamos juntos. ¿No te gustaría compartir eso conmigo… compartir mi pesar y mi necesidad… conocer a Becky como yo la conocía?

Era una trampa, una trampa dulce y fatal. Seven sabía que no debería permitirse compartir nada con él… ni pasado, ni presente… ni futuro. Él no podía saber lo que esas emociones significaban para alguien como Seven. Eso significaba subyugación, rendición total de ella ante sus sentimientos. Significaba perder el control que había ejercido durante toda su vida. Eso abriría las puertas a una

intensidad de experiencia que Jake no podía comprender. Ambos… Becky y él, habían entrado clandestinamente en la vida de Seven…

—No… no os dejaré entrar… a ninguno de los dos —murmuró casi para sí, mientras luchaba por controlarse.

Jake comprendió lo que sucedía y se negó a permitir que se escondiera en su santuario mental. Dejó caer la billetera y la atrajo con fuerza hacia él, obligándola a reconocer la atracción física de aquel momento.

—Niega esto, si puedes… —dijo él y la besó.

Su boca era como fuego, ardiente, quemaba el sitio que tocaba. La resistencia de Seven se convirtió al instante en calor, su cuerpo empezó a derretirse contra el de él, adaptándose a su dureza, como si él fuera el molde y ella el metal derretido. Jake era el mundo y todo lo que había en él.

Jake continuó besándola. La obligó a entreabrir los labios. Le cogió la cara con la mano, mientras su lengua se introducía en su boca, acariciándola, consumiéndola, estimulando su respuesta hasta igualar la de él.

Luego, la cogió de la muñeca y llevó la mano a su espalda para apretar a la joven contra su cuerpo. No se avergonzaba de su excitación, al contrario, movía las caderas formando círculos con el fin de excitarla. Cuando le soltó el brazo cautivo, éste se aferró a sus hombros.

Jake emitió un sonido de satisfacción mientras saboreaba el placer de la rendición de Seven. La mano que tenía en su mandíbula se deslizó hasta el cuello, para acariciarle el pulso con el pulgar, después se movió más abajo hasta llegar a uno de sus senos.

Una nueva tensión dominó el cuerpo de Seven y él detuvo la exploración de su boca para murmurar:

—No, no luches… déjate llevar. Permite que te enseñe para lo que tú y yo hemos sido hechos…

Jake volvió a mover el pulgar y esta vez acarició el pezón hasta sentirlo erecto bajo el encaje. El beso se hizo más profundo cuando le acarició el otro seno.

Era demasiado… Seven movió la cabeza hacia atrás y gimió de placer. Deseaba sentir esa peligrosa libertad que minutos antes tanto temía… Deseaba, necesitaba la caricia de sus manos sobre su piel desnuda… por primera vez en su vida deseaba formar parte de

alguien más…

Su frágil cuerpo se estremeció debido a la violencia de su deseo.

—Oh, Jake… por favor… ayúdame… —se refería a la ayuda para librarse de la represión de su inexperiencia, quería que le enseñara a ser atrevida, desenfrenada… todas las cosas que él quería que ella fuera… que le enseñara a ser mujer…

Jake sólo era consciente de que ella temblaba en sus brazos, de que se sentía débil contra su fuerza masculina. Los ojos de Seven expresaban languidez, su boca estaba hinchada por los besos, el pelo revuelto por las caricias de sus dedos.

De pronto, Jake se sintió como un seductor. Él, que tanto había deseado terminar con aquella inocencia, lo había logrado demasiado bien. Seven lo había sorprendido al convertirse en una columna de fuego en sus brazos, pero ahora, cuando la victoria era suya, comprendió que no tardaría en convertirse en cenizas. Sin importar lo que Seven sintiera en aquel momento, lo odiaría al día siguiente. Ella era tímida, gentil, reservada, y esas cualidades exigían algo más que la rápida consumación a la que se dirigían.

Jake la deseaba, pero no a cualquier precio. Era muy probable que todavía fuera virgen… estaba seguro de eso… pero también era obvio que ella poseía una naturaleza apasionada que se negaba a aceptar o reconocer. Resultaba evidente que hasta ese momento, la pasión de ella había estado a merced de su mojigatería, y que se le había negado una salida. Jake decidió en ese mismo momento proporcionársela.

Resultaba intoxicante la idea de ser el primer amante de aquella mujer. Eso podía gratificar más que nada al hombre primitivo que se encontraba debajo de aquel exterior liberado. También generaba un deseo erótico de proteger, de hacer que el deseo de ella igualara al suyo. La gentileza de Seven merecía algo que hasta ese momento él dudaba poder dar. Ahora sabía que era capaz de darlo… y se alegraba de ello.

Seven volvería a arder de pasión por él, aunque con más fiereza, si tenía la precaución de prepararla primero. No quería que se dejara llevar por un impulso, sino sabiendo ella muy bien lo que hacía. La quería como mujer, no como presa para su pasión. Su orgullo exigía que el intelecto de Seven tomara parte, al igual que su cuerpo.

—Jake… —el cerebro de Seven volvía a funcionar, y él observó con masoquista satisfacción la confirmación de sus pensamientos.

La cara de la chica expresaba confusión, deseo, horror, al comprender lo que había estado a punto de suceder.

—Bueno, Seven, ¿debo entender que después de todo puedo llegar a ser tu tipo? —preguntó él en tono deliberadamente burlón antes de soltarla—. Tal vez quieras crear una categoría especial, sólo para mí…

Seven no contestó, le dirigió una mirada avergonzada y huyó. Jake no la siguió hasta el santuario de su habitación, la cual compartía con su tía. Fueron sus palabras las que la persiguieron como demonios.

—¿Has dicho que querías a un hombre gentil, amable y considerado? —murmuró Jake—. Bueno, ratón, yo pienso que no sabes lo que deseas… pero sea lo que sea… me encargaré de que lo tengas… lo prometo…

Capítulo 7

SEVEN se encontraba en un corredor largo y brillante… tan brillante, que le impedía abrir los ojos. No había color por ningún lado, todo estaba blanco… Blanco, frío, silencioso y vacío. Abrió la boca para gritar, mas no salió ningún sonido. Intentó correr, pero estaba clavada en aquel lugar, lo único que podía hacer era permanecer de pie y mirar a través del largo y estrecho pasillo hacia la puerta cerrada que estaba al otro extremo. Delante de la puerta se encontraba una persona, una versión suya, pequeña y vulnerable, con un camisón blanco. De pronto, la puerta adquirió un feo tono verde, y ella supo… Supo que había algo terrible detrás de ella, algo que la lastimaría y de lo que no podría escapar. Ni siquiera podía hablar para prevenir a la joven. El terror se apoderó de ella, podía sentir las lágrimas deslizándose por sus mejillas para caer en su boca, sofocándola. Podía sentir que se convertía en aquella joven que se encontraba delante de la terrible puerta…

Seven se sentó en la cama y se llevó las temblorosas manos a la boca para apagar los sonidos que emitía su garganta. Sus lágrimas eran tan reales como sus temores. Su camisón de algodón estaba empapado de sudor y se pegaba a su tembloroso cuerpo. Respiró hondo varias veces para asegurarse de que estaba despierta….y a salvo. Se levantó de la cama y paseó descalza por el brillante suelo de madera, recordando a la joven descalza que se encontraba en el frío pasillo. La habitación se hallaba a oscuras, pero la noche era mejor que su sueño.

Oyó la respiración regular de su tía que rompía el silencio. Temblorosa y en silencio, se acercó a la puerta y la abrió. El pasillo superior de la casa tenía ventanas en el techo, por lo que no necesitó dar la luz para llegar hasta el lujoso cuarto de baño. La

luna era un enorme disco de color dorado pálido, suspendido en el cielo.

Encendió la luz del baño y observó su imagen reflejada en el espejo, mientras dejaba correr el agua por sus manos pegajosas. Sin maquillaje, tenía el mismo aspecto que la imagen de sus sueños. Sus ojos grises habían adquirido un tono violeta a causa del cansancio y las ojeras que los circundaban la hacían parecer enferma. Muy pronto, ni siquiera el maquillaje podría disimular las huellas de sus noches de horror.

Los sueños habían empezado una semana antes, y se producían cada vez que se dormía… eran unos sueños vividos, atemorizantes e insistentes, que no se alejaban.

Empezaron la noche que Jake las llevó al circo. Los recuerdos que esa visita despertó fueron la causa de su inicio, de eso estaba segura. Sin embargo, no podía encontrarles significado, y eso era lo que más la asustaba.

Había llegado a un punto que casi temía dormir. Leía hasta altas horas de la noche, pero eso no era suficiente para calmar su subconsciente. Esos sueños esperaban hasta encontrarla indefensa…

Ella no deseaba ir al circo, sin embargo, Charlotte y la tía Jane se pusieron muy contentas cuando Jake llevó entradas para la función de un circo norteamericano de tres pistas aquella noche. La reacción de Seven fue de sospecha, y ésta se hizo más intensa cuando Jake le preguntó en un murmullo:

—¿Qué sucede, Seven? Pensé que era todo un detalle por mi parte llevaros al circo.

Ella se ruborizó, como sin duda deseaba él, al hacerla recordar lo sucedido la noche anterior. Resultaba obvio que él no tenía la menor intención de permitirle correr un discreto velo sobre lo sucedido entre ellos.

—¿Por qué al circo? —preguntó Seven.

—Porque han enviado al periódico entradas para la función de esta noche.

—Deberías habérselas regalado a alguien que tenga niños… —empezó a decir Seven. Calló al notar la expresión de pesar en los ojos de él—. Yo… quiero decir, gracias, pero en realidad no pienso… quiero decir que yo…

—Cálmate, Seven —indicó Jake con una sequedad que la hizo

sentirse mucho peor—. No es una cita. No vas a estar a solas conmigo. Estaremos bien acompañados…

—Yo… no es eso —mintió Seven—. Es que en particular, no deseo ir al circo…

Charlotte la oyó y dijo:

—¡Oh, Seven! ¡No hablarás en serio! Será muy divertido volver a ver un circo. No he estado allí desde que era niña… además, tendré a mi lado a una experta como tú, para que me diga cómo hacen las cosas. A menos… ¿Te trae recuerdos muy tristes y por eso no quieres ir? Por supuesto, comprendemos… —dijo Charlotte y buscó sus cigarrillos, los cuales parecía haber dejado últimamente en atención a sus visitas que no fumaban

—Los recuerdos felices borran los malos —indicó Seven con amabilidad—. Sólo pensé que… bueno… que Jake preferiría llevar a otra persona. Quiero decir, nosotras no estamos aquí para… no esperamos que nos atiendan.

—Entonces, esperas demasiado poco —indicó Jake—, lo cual es tan malo como esperar demasiado. En realidad, hubiera preferido llevarte a ti sola, pero como sé que te hubieras negado, he decidido que vayamos en familia.

Los ojos de la tía Jane se iluminaron, y Charlotte miró desconcertada la expresión de su hijo y el rubor culpable de Seven. ¡Nunca pensó que él fuera capaz de expresar con tanta franqueza sus poco honorables intenciones! Las dos mujeres mayores, después de controlar su sorpresa, actuaron con mucho tacto, aunque Seven tuvo que soportar el interrogatorio de la tía Jane, cuando se arreglaban para salir.

Seven estaba decidida a no divertirse en el circo, pero sus intenciones quedaron anuladas por la oleada de recuerdos que la invadió cuando ocuparon sus asientos entre el público. Todo parecía combinarse para hacerla recordar el pasado… el olor a tierra húmeda, a serrín y palomitas de maíz; la excitada charla de los niños, mezclada con las exclamaciones de algunos adultos quejándose del precio de todo; el sonido de la música, mientras el público ocupaba sus lugares; el ver a los payasos… todo parecía hacerla volver al pasado. Hasta llegó a sentir el mismo nerviosismo que solía experimentar antes de una actuación.

Una mano cálida y grande cogió la suya y entrelazó sus dedos de

forma protectora.

—¿Todo está bien? —preguntó Jake.

Era algo más que una simple pregunta, Seven tuvo que tragar antes de contestar.

—Sí —dijo al fin y no intentó apartar su mano, en parte porque sabía que Jake no tenía la menor intención de soltarla.

Cuando llegaron, él la detuvo para permitir que la tía Jane y Charlotte ocuparan primero sus asientos, después se sentó Seven y luego él, junto al pasillo. La caricia de su mano resultaba extrañamente confortante, algo a lo que podía asirse mientras sus emociones la dominaban. Lo miró con gratitud y él dijo:

—Si es demasiado para ti, avísame. Sinceramente, no había pensado en la posibilidad de que esto pudiera intranquilizarte. Esto no es una prueba, Seven, no tienes que apretar los dientes y soportarlo sólo porque no quieres echar a perder la diversión de los demás.

Parecía ansioso. Seven ya se había relajado lo suficiente como para dedicarle una sonrisa. Por un momento, Jake tuvo la visión de una niña pequeña, con los ojos brillantes, para quien la diversión era algo tan natural como respirar. Parpadeó, y la visión desapareció.

—El solo hecho de ver esos cables tan altos me hace sentir palpitaciones —comentó Charlotte, que se encontraba al lado de Seven—. ¿Alguna vez subiste hasta allí, Seven, o eras demasiado joven?

—Nunca se es demasiado joven para aprender en el circo. Una vez que se ha dominado la caída sobre las redes, se pierde el miedo a las alturas.

—¿De verdad subiste a esas cuerdas? —preguntó Jake y le oprimió con más fuerza la mano.

—Éramos un circo pequeño, no como éste —explicó Seven—. Todos teníamos que hacer un poco de todo. Mi madre era una acróbata especializada en un circo europeo cuando conoció a papá. Pero en cuanto volvieron al país e iniciaron su propio espectáculo, ella aprendió a hacer un acto de trapecio con Boris, el cual también era nuestro payaso principal. Ella nos estaba enseñando a Morgan y a mí.

—Debíais ser un par de niñas muy vivarachas —comentó

Charlotte, y dirigió una mirada un poco burlona a su hijo—, a diferencia de algunos niños. Debes saber que aparte de su entusiasmo por la gimnasia, prácticamente tuve que forzar a Jake a salir al mundo. Él era un niño muy tranquilo. Estoy segura de que se convirtió en periodista, Seven, sólo para burlarse de los años que pasé diciéndole que si no sacaba la nariz de los libros, nunca sabría de verdad lo que es la vida. Él no obedeció… ¡hizo de la lectura y escritura su profesión!

Seven lo miró sorprendida. Él encontró su mirada con una sonrisa de ironía y comprensión.

—¿Pensabas que había sido un indómito adolescente? —preguntó él con voz suave. Rió cuando ella se ruborizó porque había descubierto sus pensamientos—. Me temo que pertenecí al tipo romántico e intelectual… idealista, hasta que la vida me enseñó lo contrario. Estoy seguro que teniendo suficiente incentivo, podrías rastrear los vestigios de esa afectación… —sus ojos indicaban que compartía con ella el secreto de lo que podía ser ese incentivo.

Las luces se hicieron más tenues y Seven se acomodó para disfrutar de la función. Como esperaba, fue una representación profesional, con mucho vigor norteamericano. Hacía mucho tiempo que no se permitía el placer de ir al circo, y descubrió que su perspectiva había cambiado. Esa noche, no vio nada desde el interior, no vio el sudor ni las lágrimas detrás de las escenas… esa noche rió y aplaudió como todos los demás. Esa noche se sintió feliz.

Durante el primer intermedio, Charlotte insistió en salir para visitar una de las atracciones de feria que había alrededor de la pequeña entrada de la carpa. La tía Jane, después de dirigir una significativa mirada a Seven, acompañó a Charlotte.

Ignorando la mirada, Seven intentó levantarse, pero las piernas de Jake se lo impidieron.

—No te vayas —le pidió—. ¿Por qué estropear la noche?

—¿Sabes lo que piensan? —preguntó Seven.

—Sé que tu tía ve el brillo del oro en su bola de cristal. Ella piensa que puedes suavizarme con tus sonrisas…

—Es culpa tuya —lo interrumpió Seven—. Tú eres quien ha dado a entender.

—¿Me estoy quejando? —preguntó Jake—. No sé por qué voy a ocultar el hecho de que te encuentro atractiva, como si fuera algo de lo que deba avergonzarme.

—¿Quieres decir que no te sientes avergonzado de que te vean con la sobrina de una anciana loca? —preguntó Seven.

—No me avergüenzo de que me vean contigo —indicó Jake—. Esta noche estás muy hermosa…

—No hay necesidad de sobrepasarse —señaló y apartó la mirada. No deseaba ver los ojos burlones de él.

Jake colocó la mano debajo de su barbilla y la hizo volver la cabeza.

—Hablo en serio —dijo él—. Ese vestido azul refleja tus ojos… los hace parecerse al cielo gris-lavanda de las mañanas… suaves y llenos de promesas. Aunque fuiste tonta y te peinaste el pelo hacia atrás de esa manera, me gusta cómo brilla la luz sobre él —sus palabras eran suaves y seductoras—. Me gusta la línea de tu cara, esos contornos cubiertos por una encantadora piel clara. En especial, me gusta verte reír. La seriedad te sienta bien, pero también la risa. Cuando ríes, tu risa borra las arrugas de preocupación que corres el peligro de desarrollar aquí… —colocó un dedo entre sus cejas—, y aquí… —trazó una línea desde la nariz a la boca.

Bromeaba, pero era una forma seductora de bromear. En el fondo de los ojos azules de Jake había un brillo intenso que la halagaba mucho más que las hermosas palabras. Ahora sí podía imaginarlo como el intelectual, soñador y romántico; sin embargo, también era el periodista duro y cínico. La combinación resultaba peligrosa, excitante. Siguió sus pensamientos hasta llegar a la conclusión natural. Se sentía como si por primera vez anduviera por la cuerda floja y de pronto notó que alguien le quitaba la red protectora. ¡Así de arriesgado sería amar a Jake Jackson!

Todavía más turbador fue el siguiente comentario de Jake.

—Sé que piensas que eres feliz en tu pequeña biblioteca, manteniendo el mundo a distancia, pero yo no creo que lo seas en realidad. Estás contenta, lo cual es algo diferente. La satisfacción puede ser embrutecedora. La felicidad exige progreso, cambio, para que sea completa, para que crezca. Requiere que la busques y la cojas. Tu tía, por ejemplo, es feliz. Se entrega por completo a todo

lo que hace, sea bueno o malo. Por otro lado, tú siempre guardas algo, te mantienes en reserva. Pienso que aquí hay una parte de ti. La parte infantil, la parte de circo, la parte divertida…

—Eso es ridículo —dijo Seven—. Me gusta la función, pero eso no significa que quiera ser parte de ella.

—No es eso lo que he querido decir —explicó Jake—. Debe de haber sido muy difícil para ti tratar de adaptarte a tu tía, después de haber vivido en medio de todo esto… —señaló las pistas con la mano—. Creo que lograste tener éxito cerrando la puerta a tu vida anterior, empezando de nuevo. Por eso no quieres cambiar ahora, por eso quieres que todo esté muy limpio y ordenado, en su sitio… porque eso te asegura que tienes un lugar. Tienes mucho cuidado de no parecer frívola, como si temieras que el mundo se derrumbara si actúas de una forma espontánea. Eso no sucederá. Tal vez descubras que es un lugar bueno para estar, menos complicado y hostil de lo que imaginas…

—Estás inventando una historia basada sólo en algunos hechos triviales —dijo Seven con voz temblorosa—. Sacas algo interesante de la nada. Supongo que a eso se le llama licencia periodística. Si buscas una historia sensacional, deberías hablar con la tía Jane, no conmigo.

—¿Debería hacerlo? —murmuró él y entornó los ojos pensativo, mientras observaba a la anciana que volvía en ese momento con su ridículo pelo negro y su llamativa ropa. Su madre seguía a Jane, con una evidente expresión de animación—. Madame Zoé es todo un espectáculo. Admito que no he descubierto cómo en ocasiones logra ser tan precisa en sus predicciones, y en otras se equivoca de una forma grotesca… No puedo evitar sentir que toda esa loca superficialidad no oculta más que… una loca superficialidad. Me resulta difícil enfadarme con ella por su ridícula postura, en particular, porque su modo de ser ha animado a mi madre… o tal vez puedo perdonarla porque… es tu tía…

Por fortuna, los payasos salieron en ese momento. Seven notó que su risa era un poco aguda, y que Jake la observaba con frecuencia durante el resto de la función…

El circo fue el comienzo. A la noche siguiente, Jake llegó a casa con entradas para el teatro, y una noche después, para un concierto. Saliendo con su madre y su tía, Seven podía disfrutar de la

compañía de Jake sin sentirse culpable. Después de todo, no se estaban citando en realidad… aunque de una u otra manera, Charlotte y Jane siempre encontraban un pretexto para alejarse y dejar sola a la generación más joven.

Seven se sorprendía al ver que Jake se comportaba como el perfecto caballero que no era… coqueteaba con ella, pero nunca la tocaba. Era provocativo, mas nunca iba demasiado lejos. Le hacía preguntas, aunque nunca demasiadas sobre el mismo tema como para que ella pudiera sentirse incómoda. Su curiosidad era insaciable, y Seven empezó a comprender por qué era tan buen periodista.

Cuando Jake y ella salieron solos, para asistir a una exhibición de libros raros en el museo de Auckland, Seven tuvo la sensación de que podía manejar a aquel periodista sin hacer demasiado esfuerzo. Por fortuna, no comprendió que su ilusión se basaba en un gran esfuerzo por parte de él.

Seven estaba en su elemento mientras recorrían la biblioteca llena de libros antiguos. Por primera vez se sentía totalmente relajada en compañía de Jake. Aquél era un tema del cual podía estar segura de saber más que él y se lo hizo saber.

Jake encontró la arrogancia de Seven encantadoramente divertida, y puso expresión humilde mientras escuchaba la entusiasta explicación de la chica. Más tarde, pasearon por el parque que rodeaba el museo cogidos de la mano, porque, como había señalado él, el fuerte viento que soplaba podría llevarse a Seven. Compraron patatas fritas en el puesto que se encontraba junto al estanque y dieron de comer a los patos. De repente empezó a llover y volvieron al coche corriendo. Entraron mojados y riendo.

—El invierno y tú sois muy parecidos —Jake todavía reía.

—¿Porque los dos somos fríos y húmedos? —preguntó Seven.

—No, porque os complementáis a la perfección —contestó Jake y secó una gota de lluvia de la mejilla de ella con un significativo gesto—. En medio de esta turbulencia gris, posees un brillo cálido y tranquilo que muchas mujeres envidiarían. Eres como un frágil rayo de sol, como un pequeño oasis de calma en el centro de una tormenta.

—¡Qué aburrido! —comentó Seven.

Temblaba al advertir la seriedad repentina de Jake, y al pensar

en las mujeres excitantes que seguramente conocía.

—Oh, no, no es aburrido —chupó la gota de lluvia de su dedo y la saboreó con una deliberación que hizo que Seven se ruborizara—. Bienvenida…

Él no dijo más, pero era suficiente. Quería que ella le diera la bienvenida. El siguiente movimiento debería partir de Seven.

Por desgracia, la compañía de Jake había surtido otro efecto en ella. Había aumentado su sensibilidad a sus pensamientos y sentimientos y, en consecuencia, los momentos de premonición sin significado habían empezado a cobrar identidad obligándola a darles crédito. Decía la verdad cuando comunicó a su tía que no podía forzar la precognición, pero sí podía reprimirla de forma inconsciente, como había sucedido en la casa de Jake, para tratar de mantenerse apartada. Ahora tenía que enfrentarse a sus temores.

Seven se secó la cara con la toalla y se volvió. Apagó la luz del baño y volvió por el pasillo; no obstante, no se detuvo al llegar a su habitación, sino que continuó hasta la de Rebecca y abrió la puerta. Su camisón largo y blanco, con el cuello de encaje, destacaba en la penumbra, las partes de éste que todavía estaban húmedas se pegaban a sus piernas al andar.

Encendió la lámpara que se encontraba junto a las estanterías llenas de juguetes y anduvo por la habitación en trance. Tocó objetos, puso a funcionar una cajita de música con su bailarina, tocó con un dedo el móvil de la cuna vacía.

Empezó a tararear una melodía sin nombre, y sus pies empezaron a bailar, despacio, con inseguridad. Su mente se iluminó y, por un momento, flotó en la alegría. De pronto, el temor volvió a dominarla, parecía hacerse cada vez más intenso, envolviendo sus piernas, subiendo hasta llegar a su garganta y ahogarla. Sintió la cabeza muy pesada sobre el frágil cuerpo. Dio vueltas tratando de librarse de la horrible sensación que la envolvía. Giró cada vez con más rapidez, gritando su temor. La luz que tanto la había asustado en su sueño volvió a cegarla, pero en esa ocasión, había una sombra en medio de la brillantez, una silueta oscura que la hacía sollozar de alivio.

—¡Papá! —Seven extendió las manos, temiendo que él pudiera desaparecer y dejarla sola de nuevo en aquel vacío.

La silueta se movió, de pronto era algo sólido y real que la

abrazaba con calor. Olió el perfume masculino que le resultaba tan familiar.

—¡Papá! —lloró y se aferró a él.

—Está bien, cariño, tienes una pesadilla, eso es todo… Vuelve a la cama… —sus palabras la aterraron todavía más.

El no comprendía, quería llevarla a la cama e irse de nuevo. Eso no era una pesadilla… era algo real.

—¡No, duele, papá, duele! Detenlo, papá Jay! ¡Besitos estrella para Becksa!

Jake se puso tenso. Se arqueó de forma violenta para separarse de la mujer que temblaba en sus brazos, pero Seven no podía dejarlo ir, tenía la cara hundida en el pecho de él.

Jake maldijo y enredó los dedos en los húmedos rizos que caían sobre su bata negra. Le apartó la cabeza y observó su cara mojada por las lágrimas. Ella tenía los ojos cerrados para protegerlos de la luz que él había encendido al entrar en la habitación.

—¡Seven, despierta!

Ella frunció el ceño y se quejó mientras él la sacudía.

—No, papá, me duele la cabeza.

—Seven, despierta —en aquella ocasión, Jake acompañó la orden con una bofetada en la mejilla. Ignoró las advertencias de que no se debe despertar de forma violenta a una sonámbula. Si aquello era un juego, él no tenía la menor intención de participar en él.

Las lágrimas escaparon de entre los párpados cerrados, y en su mejilla quedó la marca de los dedos.

—¡Papá!

Al escucharla, Jake apretó los dientes, sus ojos revelaron dolor y pena, así como reproche.

Los ojos de Seven tenían una mirada infantil.

Seven murmuró:

—¡Me has pegado!

Jake sintió que el horror lo dominaba. Cada parte de su cuerpo pedía que la apartara de sus brazos; sin embargo, no podía dejarla ir.

Seven dijo:

—¡Estoy enferma! Me duele la cabeza, y mi cuello… me quemo… estoy ardiendo… —oprimió la cara contra él, con la nariz abrió la bata hasta encontrar su pecho desnudo. El calor que

generaba era muy intenso.

—Seven… —su voz sonó ronca y extraña a sus oídos.

—Siete no… —rió ella con tristeza—… tengo ocho. Acaba de pasar mi cumpleaños… ¿recuerdas? ¿Por qué has puesto sólo dos velitas, papá Jay? Ahora soy una niña grande —su voz bajó de tono con cada palabra que pronunciaba hasta que él casi no podía escucharla—. Él me hizo daño.

—¿Quién te hizo daño? —preguntó Jake.

—Él lo hizo.

—¿Quién? ¿Quién te hizo daño, Becky? —le cogió la barbilla para alzarle la cabeza.

—Él lo hizo. Dijo que eso me haría sentir mejor, pero no fue así. ¿Por qué no viniste, papá Jay? Te echaba de menos, ¿dónde estabas?

—¿Dónde estabas tú, Becky?

—Gran… —dijo Seven adormilada y con voz infantil.

—¿Gran qué? —Jake resistió el deseo de gritar, de sacudirla—. ¿En dónde estás, Becky? Díselo a papá Jay… ¿Estás en una casa? Toma, mira… —le cogió una mano y besó cada uno de los dedos—. Besitos estrella para Becksa. Todo estará bien ahora, cariño, sólo dime dónde estás…

Seven sonrió adormilada y parpadeó. Las lágrimas desaparecieron, y Jake notó que la mirada infantil también había desaparecido, como si sólo hubiera sido un truco de la luz…

Seven murmuró algo que no significaba nada:

—Cansada… dormir ahora… todo bien…

—¡No, no puedes dormirte! ¡No te duermas! —gritó Jake y la sacudió, pero era demasiado tarde. La cabeza de Seven se volvió como si fuera la de una muñeca de trapo—. Oh, Dios mío, Becky… —Jake escondió la cara en los rizos y sus lágrimas fueron absorbidas por el sedoso pelo.

Cuando ella empezó a luchar, no era la resistencia de una niña cansada, sino la fuerza de una mujer.

—No, Jake… ¿qué crees que haces…? —Seven enmudeció al ver lágrimas en la cara de él—. ¿Jake? ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? ¿Es tu madre…?

—¿No lo sabes? —preguntó él.

—¿Saber? —preguntó Seven, de pronto vio lo que la rodeaba.

Empezó a recordar… ¿qué había hecho?

—Eres tú, ¿no es así? —preguntó él—. No es tu tía. Con razón las piezas se negaban a encajar en su sitio—. ¡Eres tú! —la expresión de admiración pasó a ser de inseguridad, lo cual era mucho peor. Jake buscó la protección de la ira—. Todo esto ha sido una mentira grotesca… y la ironía es que yo lo sabía. El error que cometí al principio… no fue error, después de todo.

—Jake…

La súplica de Seven lo hizo explotar. La sacudió con violencia, su voz expresaba odio y desesperación.

—¿Por qué esta charada, Seven? ¿Por qué? ¿Te gusta actuar así para que todo valga más? ¿Para que yo me sienta más agradecido? No puedo creerlo… he pasado todo este tiempo vigilando a tu tía… y eras tú. ¿Es ése el motivo de todas las mentiras… así tú puedes andar por ahí con total libertad consiguiendo la información necesaria mientras Madame Zoé se encarga de ser el centro del atención?

—No… Jake…

Las manos de él se cerraron con fuerza sobre los brazos de Seven, pero aquel dolor no podía compararse con el que sentía en el corazón.

—Supongo que has sonsacado a mi madre el nombre de bebé de Becky, igual que eso de los besitos estrellas en sus dedos. Para ti todo esto es un juego, ¿no es así? Utilizas cualquier cosa y a cualquiera, sin el más mínimo remordimiento —emitió una carcajada salvaje—, y pensar que me sentía halagado al pensar que te comprendía, sentía lástima por ti… la tímida señorita Ratón que necesitaba ser tratada con suavidad y gentileza. ¿A cuántos has engañado con esa mentira? Hasta has llegado a tener un policía en la palma de la mano… con razón no te amilanaste ante mis amenazas. Eres inmoral. No me sorprendería descubrir que tu senil tía es sólo un peón de tu juego, una tapadera conveniente para ocultarte detrás de ella, alguien que carga con las culpas por ti. Bueno, en esta ocasión te has pasado de la raya. Puedo haber sido un tonto, pero no lo seguiré siendo. Supongo que esta actuación tuya se suponía sería el hecho decisivo…

—Yo… No ha sido una actuación, Jake. Yo… yo no sabía que estabas aquí… —sintió que la ahogaba su desdén.

—¿No? —preguntó Jake—. ¿Esperas que crea eso? ¿Que lo crea de ti, una mentirosa consumada? ¿Hasta dónde estabas dispuesta a llegar para conseguir que me pusiera de tu parte? ¿Te hubieras ido a la cama conmigo? Allí es donde nos dirigíamos, ¿no es así? Una pequeña aventura para cimentar la lealtad… ¡Maldita sea, Seven, eres una traicionera! Te acercaste demasiado… ¡llegué a creer en ti!

Más tarde, Seven comprendió que aquél era un grito de autodesprecio. El gran periodista investigador, el cínico endurecido que era invulnerable contra el mundo había sido engañado como un niño. Él había sospechado, sin embargo, sucumbió ante la ilusión de… ¿de qué? ¿De inocencia en un mundo sucio? ¿Así la había visto él? ¿Cómo un símbolo de lo que había perdido? Por supuesto, para él no había sido una ilusión de amor, puesto que nunca se mencionó el amor. Él la había utilizado de la misma forma en que pensaba que ella lo había utilizado a él… para vivir una aventura. Creía que ella era tímida e inocente, y sin embargo, había tratado de seducirla.

Horas más tarde, Seven se estremecía en su cama. No podía encontrar consuelo en la ira porque sabía lo que él había sentido. Experimentaba su amargura como si fuera propia… como tal vez lo era. Había visto la expresión de los ojos de Jake al sentirse traicionado, antes de que lo dominara la ira. Por debajo de toda aquella emoción, era un hombre que se entregaba a los hechos y a la lógica. Sin importar de qué forma los manejara para lograr una noticia sensacional, era en el fondo un periodista de la vieja escuela… un misterio sólo era una historia en espera de ser escrita, en espera de que alguien averiguara los hechos que explicarían todo y responderían a todas las preguntas. Sólo Seven era un misterio que ninguna pregunta podía descubrir, porque ni siquiera ella tenía las respuestas. Su existencia desafiaba los hechos sagrados, y eso era algo que Jake nunca podría aceptar.

Aquella noche Seven se había sentido más sola que nunca. Había vuelto a su habitación, se había quitado el camisón, se había vestido y había guardado todas sus cosas en una maleta.

Cuando despertó a la tía Jane, ésta reaccionó de una forma típica, negándose a creer que tenían que irse, en especial a mitad de la noche.

—No seas ridícula, Seven —dijo la tía Jane—. No voy a salir de

una cálida cama para correr como un ladrón. Está helando y podría resfriarme… y sabes que los resfriados siempre se me agarran al pecho. Estoy segura de que por la mañana él ya no estará enfadado. Además, tal vez sea mejor que él conozca la verdad.

No hubiera tenido objeto discutir con la terca anciana, por lo tanto Seven no lo intentó. Salió, subió a su coche y condujo hasta su casa. En ese momento nada le importaba, sólo huir. Ahora, desesperada y sin poder dormir en la casa vacía, tenía tiempo para preocuparse. Estaba segura de que Jake no haría daño a la tía Jane… no si pensaba que sólo era una víctima de Seven. ¿O acaso estaba tan lleno de ira que podía arrasar con quien estuviera más cerca? ¿Qué sería de Charlotte, que en el circo parecía haber adquirido un nuevo entusiasmo por la vida, y que ahora hablaba del pasado con reminiscencia y no con angustia?

Las lágrimas de Seven brotaron, pero en esa ocasión no había un cuerpo cálido que la consolara… y nunca lo habría. Ella era lo que era, y si aquel hombre que ella amaba no podía aceptar eso, ¿cómo podía esperar que nadie lo aceptara?

Ya casi estaba amaneciendo cuando los párpados de Seven empezaron a cerrarse. Sin embargo, no tardaron en volver a abrirse al sentir que llamaban a la puerta.

No se había molestado en encender la calefacción al entrar en la casa, y ahora lo lamentaba. Se acurrucó en la cama con la esperanza de que los golpes cesaran, aunque no tenía mucha fe en que eso sucediera.

Sabía muy bien quién era… sólo Jake Jackson no sentiría remordimiento al despertar a todo el vecindario con tal de salirse con la suya. ¡Cuánto más pública fuera su humillación, mejor para él!

Cuando los golpes empezaron a oírse en la puerta trasera, Seven se levantó y, con manos temblorosas, se puso una bata roja.

Era una bata muy vieja, una señal alrededor del dobladillo mostraba cómo éste había ido descendiendo a medida que ella crecía. Tenía puesta esa bata la noche del incendio, y a través de los años, la había cuidado mucho. Era un legado, su consuelo. Se envolvió en ella y se dirigió a la puerta de la cocina.

—¿Seven? ¿Eres tú? —preguntó la voz de Jake, cuando ella encendió la luz—. ¡Abre esta maldita puerta! ¡Ahora mismo! ¡Si no,

la echaré abajo!

Capítulo 8

JAKE no dio tiempo a Seven a abrir la puerta. En cuanto oyó el ruido del cerrojo al descorrerse, empujó la puerta y entró. Tenía una expresión amenazadora y se había puesto un grueso jersey de lana que aumentaba la anchura de sus hombros. También lucía unos pantalones oscuros que se pegaban a sus fuertes muslos y estrechas caderas. Su pelo oscuro estaba despeinado y era evidente que no se había afeitado.

Seven se cerró aún más la bata y, temblando, dio un paso hacia atrás.

—¿Qué quieres? —por desgracia, su pregunta no fue hecha con voz muy firme. Volvió a intentarlo—. ¿Cómo te atreves a venir aquí para despertarme y acosarme?

—¿Dormías? —preguntó él con incredulidad y ella lo miró.

—Por supuesto —mintió con furia—, pero has hecho suficiente ruido como para despertar a un muerto. Has tenido suerte de que nadie haya llamado a la policía… has tenido suerte de que yo no la llamara, pero claro, ¿cómo una delincuente sin corazón como yo, iba a desear atraer la atención de la ley?

Seven esperaba que él respondiera con la misma furia, pero parpadeó, recorrió su cuerpo con la mirada y cerró los ojos. Movió la cabeza hacia atrás y respiró hondo. Cuando volvió a mirarla a los ojos, ella se estremeció al advertir la ternura que había sustituido a la ira.

—Becky tenía una bata como ésa —dijo él con voz ronca y torció la boca al añadir—: Pero la de ella tenía zapatillas a juego.

Seven se había levantado con tanta prisa, que había olvidado calzarse.

—No soy tu hija —dijo ella.

—Pero lo eras… lo fuiste en su habitación, durante unos momentos… fuiste Becky.

—No —murmuró Seven y dio otro paso hacia atrás. Él había ido a verla por su hija. Era a Becky a quien quería.

Él la siguió y dijo:

—Sí, yo estuve allí. Lo vi… lo escuché.

—Pero tú no creíste…

—Ya no sé lo que creo —la interrumpió con voz suave y la miró a los ojos sin dejar de acercarse—. Sé lo que tú crees… también sé que te he herido…

—No —era importante que ella lo negara, que él no comprendiera lo mucho que podía herirla.

—Sí, era mi intención hacerlo. Era lo que quería… herirte, para negar lo que significas para mí…

Seven abrió mucho los ojos.

—Yo… yo sólo soy un medio para encontrar a tu hija.

Él negó con la cabeza y dio otro paso hacia ella.

—Eres un medio para encontrarme, para encontrar al hombre que pude ser… al hombre que era cuando tuve a quien amar…

—No… —las lágrimas la cegaban.

Sabía lo que deseaba que significaran esas palabras. Lo deseaba tanto que su mente la convenció de que era verdad.

—Sí —dijo Jake. Le cogió una mano y se la llevó a los labios para besar los dedos cerrados—. Solía hacer esto a Becky cuando todavía era un bebé, cuando se hacía daño. Los llamaba besitos estrella, porque sus puños eran como pequeñas estrellas. Eso la hacía reír. Ella me llamaba papá Jay. Solía llevarla al trabajo conmigo y ella oía a la gente llamarme J J. Jay fue la primera palabra que pronunció, incluso antes que papa. Hacía mucho tiempo que no me permitía pensar en esas cosas. Por eso reaccioné así. Cuando de pronto hiciste que Becky volviera a ser real para mí… no pude soportarlo. Tengo la costumbre de golpear y huir. Así es como dirijo mi periódico, como dirijo mi vida. Todo porque siento temor, temor a amar, temor a perder. Vivo en un mundo apartado de las emociones. A mi edad, es duro enfrentarse a la idea de que mi vida puede estar equivocada.

—No deberías hacer eso —dijo Seven y observó cómo él cogía su otra mano y se la llevaba a los labios. Besó cada dedo de una forma

que ella estaba segura que nunca besó a su hija. Era tan… erótico.

—Debo hacerlo. ¿Me perdonas? —preguntó Jake.

—Yo… —ella se había preparado para la batalla y él había aparecido con la bandera blanca—. Yo… no puedes entrar aquí y… y…

—¿Pedir tu perdón? No espero que lo facilites, pequeño ratón, tienes todo el derecho del mundo a negármelo. Sólo tratabas de ayudarme, y yo te he hecho salir a la nieve con mis acusaciones salvajes y egoístas…

—No… seas ridículo, no está nevando… es sólo una helada… —tartamudeó, sorprendida por la humildad de él. Se preguntó si era alguna trampa—. ¿Qué te propones?

Jake arqueó las cejas sin saber qué contestar:

—Quiero decir que si tienes una grabadora o algo por el estilo. Tal vez haya un grupo de fotógrafos esperando fuera para entrar en acción cuando me tengas en una posición comprometedora…

Los ojos de Jake brillaron con humor.

—Desearía poder hacerlo. Seven, estoy solo y desarmado… ni siquiera llevo un lápiz. Durante horas he conducido sin rumbo fijo, después de nuestra… pelea, pensando, intentando reunir valor para ir a casa y hacer las paces contigo. Al volver, descubrí que te habías ido. Tu tía dijo…

—¿Has hablado con la tía Jane? —Seven intentó liberar sus manos para ocultar sus mejillas ardientes, pero él no se lo permitió.

—Creo que debo aclarar que fue ella la que habló conmigo —explicó Jake—. Estaba bastante molesta porque la acusé de utilizarte…

—¿La acusaste de utilizarme? —preguntó Seven con enfado—. Ciertamente has cambiado de opinión…

—Te lo he dicho… me he pasado horas pensando… Eres una persona tan especial, tratas de pasar inadvertida, de ser tolerante con todos, menos contigo misma… Tan controlada, y al mismo tiempo tan emocional… sensible ante el más ligero matiz de sentimiento. Debe de ser terrible ser tan abierta.

Jake le acariciaba los dedos.

—Piensas que es un truco —protestó Seven.

—Sé que mi madre no te ha hablado de los besitos estrella, ni ha mencionado nunca que Becky se llamaba a sí misma Becksa. Oh, sí,

hablé con ella también… más bien, se unió a Jane en contra mía. No pareció sorprenderse mucho de que tú fueras la fuente de información y no tu tía. Parece que soy el único que estaba ciego —le apretó la mano con más fuerza—. Supongo que hasta ese incrédulo Romeo conocía el secreto…

—Si te refieres a Duncan, él no lo sabe —manifestó Seven.

—¡Oh! Después de todo, no es tan buen policía.

—Jake…

Él levantó sus manos unidas hasta los labios de Seven.

—No, déjame terminar. Nunca he creído en la existencia de poderes paranormales; sin embargo, no tengo otra opción que aceptar que tú tienes alguna conexión mental con mi hija y que eso es un tormento para ti. Si acepto esa realidad, entonces también debo aceptar la contradicción que eso supone. Soy un realista, y también tú lo eres, aunque no lo reconozcas. Debido a eso, pienso que te cuesta tanto como a mí conectar tu mente con la de una persona extraña. Esa poderosa resistencia que actúa dentro de ti es lo que me obliga a creer. Si lo tomaras con el mismo entusiasmo con que se lo toma Madame Zoé yo sospecharía más —continuó—. ¿Cómo puedo sospechar de alguien que se niega a sacar ventaja de un don tan estupendo? Porque eso es lo que es, Seven… un don, no una maldición… que es como tú lo ves en ocasiones, ¿no es así? Lo consideras como una invasión de tu identidad. Yo no podría soportarlo, pero tú puedes, y lo haces… No puedes compartir ese don, pero sí puedes compartir las presiones que descarga sobre ti. Lo único que tienes que hacer es no oponer resistencia…

Seven lo miró horrorizada. Con una mano le ofrecía el exquisito bálsamo de su comprensión, y con la otra se lo quitaba. ¿Cómo podía decir Jake una cosa así? ¿Pedirle que se pusiera en sus manos, unas manos que sólo unas horas antes habían querido destrozarla? Si él le pedía eso, en realidad no creía en su don; sin embargo, estaba dispuesto a ignorar esa incredulidad para conseguir lo que deseaba… información acerca de su hija. Después, cuando la tuviera, haría salir a la superficie su mente racional para apartarla.

—Vete… no te quiero aquí —dijo Seven con voz helada. Sus ojos parecían piedras grises sin vida.

Jake la observó y sonrió.

—Me quieres tanto como yo —dijo él con suavidad y la atrajo despacio hacia su cuerpo—. Me deseas tanto que tiemblas cada vez que me acerco.

Seven intentó apartarse, pero la fuerza de él se lo impidió. Se encontraba en sus manos. Sus senos se oprimían contra el jersey de Jake, mientras su brazo le rodeaba la cintura, atrayéndola.

—Jake, no puedo…

—Puedes —murmuró Jake sobra la curva de su cuello, al tiempo que Seven se echaba hacia atrás para apartarse—. Puedes y lo harás… sabes que lo harás, por eso estás tan asustada. Sabes que la batalla está perdida incluso antes de que comience… —murmuró sobre sus labios las últimas palabras—. Cede, querida, antes de que te hagas más daño…

Seven no podía pensar, pues los pequeños besos que él depositaba en su boca absorbían toda su atención. Todas las funciones de su cuerpo se desorganizaron, hasta el respirar requirió un acto consciente de voluntad.

Cada vez que la boca de Jake se movía, Seven olvidaba algo más y esa boca no parecía dejar de moverse. De pronto, el universo conocido se limitó a un solo hombre.

Las manos de Jake, poco antes frías, eran como hierros candentes al acercarla a él y acariciarla por encima de la ropa haciéndola arder donde tocaban. La boca de Jake devoraba la poca resistencia que a ella le quedaba.

Seven se arqueó, pero ya no como protesta, sino a causa del placer que le proporcionaba aquella exploración erótica. Sus emociones explotaron de pronto y se vio arrastrada hacia la pasión…

Para Jake, aquello estaba resultando increíble. Su inclinación por las mujeres fuertes y agresivas le había dado mucha experiencia con jóvenes a las que les gustaba tomar la iniciativa al hacer el amor, pero nunca se había sentido tan apasionado como en aquel momento. Y eso era obra de una temblorosa y pequeña mujercita que él podría ahogar con una sola mano.

Seven era completamente indefensa y temblaba, no obstante, lo dominaba con un gran placer sensual. La apretó a su cuerpo y gimió al sentir sus curvas contra sus piernas, casi explotando de ansiedad,

Jake apretó los dientes y murmuró:

—Dios mío, ratón… —escondió la cara en la garganta de ella—. Cálmate, o te tomaré ahora, antes de que estés lista…

¿No estaba lista? Su cadera rozaba el cuerpo de él de una manera que lo hacía gemir. La bata se había desatado y la parte superior de su camisón se había deslizado dejando al descubierto sus senos. ¿Acaso él iba a detenerse ahora guiado por un sentido de caballerosidad?

Jake levantó la cabeza y, al notar la expresión de Seven, rió y murmuró:

—No, no he querido decir eso… —deslizó una mano posesiva por la espalda de ella para atraerla de nuevo hacia su agonizante cuerpo—. Me refiero a aquí, en el suelo. No quiero hacer eso. Temería romper tus huesos —se estremeció—. De cualquier manera lo temo. Eres tan delicada… tan pequeña… Acostarte conmigo podría destrozarte…

Seven logró musitar dominada por la pasión:

—Oh, sí… Jake… destrózame…

Se oprimió contra ella, dominado por la sensación que aquellas palabras causaban en su ego y en su libido.

—Nunca has hecho esto… ¿no es así, ratón? ¿Te has entregado a algún hombre?

Seven se puso tensa antes de preguntar:

—¿Eso importa?

—Sólo porque pienso que tu primera vez debe ser en el lugar apropiado… en una cama… con un hombre que tenga el cuidado de lograr que resulte hermoso para ti… —murmuró, apartando su temor con besos que le decían a Seven que él no iba a negarle nada —. Enséñame dónde duermes, Seven… Llévame a tu cama…

La excitante invitación no parecía fácil de cumplir, pues él no la soltaba. Cada paso que daban requería de un beso, una dulce caricia, un murmullo de apasionado aliento. Cuando llegaron al dormitorio, ninguno de los dos hubiera podido dar un paso más. Jake la besó una vez más, despacio y con pasión. Sus manos la soltaron un momento, mientras se quitaba el jersey.

Seven colocó las manos sobre el pecho desnudo y sintió los latidos del corazón. Los ojos de Jake brillaban con la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche.

Contuvo la respiración y musitó:

—¿Ves lo que me haces? —las manos de Seven acariciaban su pecho—. Ahora, déjame ver lo que yo te hago…

Le quitó el camisón, deslizándolo por los hombros hasta que llegó a las caderas. En el proceso, sus brazos quedaron atrapados con la prenda.

La mirada de los ojos de él mientras contemplaba sus senos desnudos, hizo que Seven se ruborizara. Jake sonrió al advertir cómo Seven se estremecía cuando tocó sus senos.

Él murmuró con voz ronca:

—Veo que te excito —cerró las palmas sobre los senos—. Eres tan dulce… tan sensible. Me preguntó si tu aguda sensibilidad mental es igual a tu sensibilidad física. ¿Lo averiguamos?… —inclinó la cabeza, y Seven se maravilló al observar cómo la saboreaba.

La lengua de Jake acariciaba su piel haciéndola estremecer de placer. Cuando al fin la cálida caricia llegó a los pezones, ella emitió un grito de placer. Sin embargo, aquel placer no fue nada comparado con la satisfacción que sintió cuando la caricia de su boca fue más profunda.

Seven tuvo la sensación de que un resplandor rojo explotaba detrás de sus ojos y se le debilitaron las piernas, al mismo tiempo que su cuerpo se doblaba. Gimió frustrada cuando esa acción involuntaria le negó un momento la exquisita tortura que ejercía la boca de Jake sobre su seno. Pero fue sólo un instante, puesto que Jake la siguió hasta la cama y continuó adorando sus senos. Seven logró liberar sus manos, rasgando el camisón en el proceso, para colocar una mano sobre el pelo oscuro que ocultaba la cara de él.

Durante un momento, los dos se miraron sin respirar. Seven se sorprendió al notar un rubor en la cara de Jake.

Él dijo con voz ronca y temblorosa:

—Lo lamento —colocó la mano de ella sobre su pecho—. ¿Te he hecho daño?

Sin pronunciar palabra, Seven negó con la cabeza. Su pelo estaba esparcido sobre la almohada.

Jake murmuró:

—Eres sensible… —habló con satisfacción y fijó los ojos en el labio inferior de Seven—. También eres exquisita… Seré más delicado, lo prometo…

Seven negó de nuevo con la cabeza.

—Demasiado… —murmuró la joven—. Es como… como… caer… sentí… sentí…

—Lo que se supone que debes sentir. Yo también caía, ratón, sólo que con mayor velocidad… Cuando sientas que es demasiado, no te detengas… ¡salta! —emitió un gemido y apartó el camisón de las caderas de ella. Colocó las manos en la esbelta cintura y con los pulgares le acarició el vientre, sintiendo cómo se estremecían los músculos. Se detuvo un momento para quitarse el resto de la ropa. Cuando volvió a estar junto a ella, la besó, oprimiéndola contra su pecho y muslos para hacerla descubrir aquel paraíso sensual al que Seven dudaba en entrar, recompensando cada pequeño paso hacia delante con un placer inconmensurable. No pasó mucho tiempo antes de que el apasionado ritmo volviera a restablecerse. Seven le exigía más de lo que él podía dar. Jake se contuvo todo lo que le fue posible hasta que al fin le hizo sentir el poder de su pasión y, a partir de ese momento, ya no pudo pensar con coherencia. Entonces dejaron de ser el maestro gentil y la alumna ardiente para convertirse en uno solo hasta que una fuerza primitiva los hizo explotar en un gloria violenta y final.

—¿Jake? —no podía verle la cara y temía descubrir lo que expresara. ¿Desilusión? ¿Pesar? Jake no contestó y Seven sintió temor en su corazón. Él había dicho que le importaba, no que la amaba, pero pensó que eso sería suficiente… un comienzo—. ¿Jake?

Jake volvió la cabeza despacio y se colocó a su lado en la cama.

—Seven… —le tocó la boca hinchada con un dedo, sus ojos expresaban compasión y…

¿Vergüenza? ¡Él estaba avergonzado! Seven le apartó la mano. De pronto fue consciente de su desnudez… y de la de él… Habían caído sobre la colcha, por lo que no podía cubrirse con las sábanas. Miró a su alrededor, pero sólo estaba su camisón en el suelo.

Cuando intentó levantarse, Jake colocó un brazo en su cintura y dijo:

—Seven, no… No huyas. No puedes juzgar el sexo basándote en tu primera vez, dale una oportunidad… No habrá dolor la próxima vez, será mejor, lo prometo…

Seven ya no intentó escapar, lo miró por encima del hombro, y

por segunda vez en una hora, lo vio sonrojarse. Abrió mucho los ojos. ¡Jake estaba avergonzado! ¡Pedía una segunda oportunidad para complacerla! Él había perdido completamente el control, por lo que no sabía… Debía aplacar su angustia.

—No ha habido ningún dolor esta vez —dijo Seven.

Él parecía desconcertado.

—Entonces… ¿por qué? ¿Soy yo? ¿No te ha gustado lo que he hecho? —se movió incómodo y, sin darse cuenta, hundió los dedos en la cadera de ella.

Seven no pudo evitar notar que él todavía estaba un poco excitado… o era eso, o simplemente estaba muy bien dotado. Sospechaba que se trataba de las dos cosas. Seven se ruborizó al darse cuenta de sus pensamientos, y él malinterpretó eso, pensando que ella se sentía torpe por la intimidad de la charla, por lo que dijo:

—He ido demasiado deprisa para ti olvidando tu inexperiencia —otra idea pasó por su mente—. Sé que eres tímida, tal vez no he debido hacer algunas de las cosas que te he hecho, al ser tu primera vez. Seven… di algo… dime que no estás enfadada.

La ansiedad de Jake era tal, que Seven no pudo evitar reír. Él apartó su brazo de pronto y se sentó, preguntando:

—¿Piensas que ha sido divertido?

—No es eso… sino tú —contestó ella, disfrutando de su desconcierto, puesto que antes se creía tan seguro, el amante perfecto…

—¿De verdad? —le preguntó Jake—. ¿Quién eres tú para juzgar? ¿Una virgen que la mitad del tiempo no sabía lo que estaba haciendo? Permítame que le diga, señorita, que entre los problemas a los que he tenido que enfrentarme en mis relaciones previas nunca he tenido quejas acerca de mi comportamiento en la cama.

Curiosamente, Seven no se sintió ni ofendida ni celosa por sus palabras.

—Por supuesto que no, eres muy, muy bueno —le dijo. Era una sensación maravillosa hacerlo enfadar… ella, que ni siquiera sabía cómo coquetear—. Es sólo que… —dudó.

—¿Qué? —preguntó Jake.

—Bueno… me gusta que mis hombres sean un poco más… bueno… que tengan más confianza y seguridad en sí mismos…

—¿Hombres? —explotó Jake con ira.

Su ex virgen se burlaba de él. Los ojos grises de Seven brillaban, sus encantadores senos se estremecían a causa de la risa contenida. No la había asustado con la violencia de su amor. Ella era suya… le gustaba que fuera atrevido y apasionado. Jake no tenía que controlarse por temor a hacerla daño…

—Lo siento… —dijo Seven y rió sin remordimiento—… pero creía que tenía a un hombre., no a un joven imberbe.

—¿Imberbe? —preguntó Jake y le rozó los senos con la barba.

Cuando la risa de Seven se transformó en suspiros, le llevó la mano hasta la evidencia de su excitación para enseñarle a compartir el placer.

—Ah, Seven… —le besó la boca—. ¿Sabes cómo he luchado contra esto?… y todo porque me negaba a relacionarme con las mujeres pequeñas que despiertan mis instintos protectores… pero tú despiertas algo más que mis instintos protectores… el solo hecho de verte es desearte, a pesar de que no dejaba de decirme que no eras mi tipo —se apoyó en los codos sin dejar de rozar su cuerpo con el suyo y la miró con la feliz expresión del descubrimiento en sus ojos —, pero estaba equivocado, ¿no es así? No tengo que preocuparme por ti, porque no es mi protección lo que deseas. Tal vez seas pequeña, pero eres fuerte, quizá eres tímida, pero no eres indefensa… algunas veces me haces sentir débil…

—No te preocupes, te protegeré —murmuró Seven y le acarició la mandíbula.

Los ojos masculinos revelaron un pequeño sobresalto y, de pronto, Seven supo que nadie le había hecho aquel ofrecimiento, ni siquiera en broma. Siempre había sido el fuerte, el invencible, el que convertía la derrota en un triunfo.

En aquella ocasión, su acto de amor fue largo y lento, mucho más erótico, gracias a la luz del día que se filtraba por la ventana, iluminándolos, por lo que ninguna respuesta a palabras, besos o caricias, escapó sin ser notada.

—Oh, sí, eres la reina de la decadencia —murmuró Jake, cuando Seven suspiró al pensar que estaban haciendo el amor por la mañana, y se lo comunicó a él—. Estás muy cerca de la depravación…

—Eso espero —dijo ella y sonrió.

Incluso desnuda y después de haber hecho el amor, mantenía una pureza esencial que nada tenía que ver con su estado físico. Era como si parte de ella permaneciera sin tocar, donde ni siquiera un amante podía llegar. Ella, que al principio parecía tan abierta y transparente, había resultado ser un misterio, un enigma, y sólo ahora Jake empezaba a darse cuenta de las verdaderas implicaciones que conllevaba haberla invitado a entrar en su vida…

Permanecieron recostados, a punto de dormirse, cada uno envuelto en sus agradables sueños, hasta que aquel aislamiento íntimo fue interrumpido por el sonido del teléfono que se encontraba en el vestíbulo.

Diez minutos más tarde se dirigían hacia el hospital Auckland. Seven todavía se estaba abrochando la chaqueta, pues Jake se había negado a esperar que terminara de vestirse.

Charlotte Jackson había sufrido un ataque al corazón y, por primera vez, la tía Jane no vaciló. Pidió una ambulancia y la acompañó hasta el hospital desde donde había llamado a Seven.

La joven observó al hombre tenso que iba al volante del coche. Estaba muy lejos del amante risueño y cariñoso que había sido tan sólo unos minutos antes. Seven se preguntó si aquel hombre habría desaparecido para siempre.

—Jake… —quería confortarlo, pero no sabía cómo.

Él le dirigió una mirada rápida.

—Ahora no… después —luego añadió con perspicacia—: pero si te sientes culpable, ratón, por lo que estábamos haciendo mientras mamá sufría un ataque al corazón, no lo hagas. El que hayamos hecho el amor no es un pecado que haya traído una rápida retribución, ha sido una afirmación de vida… tuya y mía.

El que él empleara ese apodo irritante y cariñoso al mismo tiempo, la tranquilizó con más efectividad que el resto de sus palabras. Él lo había empleado deliberadamente, como una indicación de posesión. Ella estaba con él en un momento de crisis, en un momento en el que las personas reúnen a su alrededor las cosas que necesitan… y aman…

Capítulo 9

EL ATAQUE cardíaco no resultó tan grave como pensaron al principio los médicos; Charlotte permaneció varios días en la sala de cuidados intensivos, antes de ser trasladada a una habitación particular.

Seven sabía que ella tenía la culpa de lo sucedido, pues la mujer había encontrado otro de los bosquejos de Seven, un retrato de Rebecca. No obstante, aquélla no era la Becky de las fotografías que llenaban las paredes y álbumes, sino una chica mayor, sin alegría en los ojos, una Becky delgada y demacrada.

A Seven no le gustó el bosquejo cuando lo hizo y había intentado apartar esa imagen de su mente. No pudo hacerlo, como tampoco pudo destruir el retrato. La imagen parecía decir: «Aquí estoy, estoy esperando. ¿Por qué no vienes a buscarme?» Era una acusación, un reproche.

Seven no lo pudo destruir, pero Jake sí. Cuando la tía admitió, durante la primera tensa hora de espera en el hospital, que había encontrado a Charlotte inconsciente con el boceto en la mano, Jake lo miró con frialdad y lo rompió.

No obstante, el periodista no pronunció ninguna palabra de condena. Más tarde, cuando al fin pudo ver a Charlotte y oír el diagnóstico del médico, según el cual, dado el estado del corazón de la enferma, era probable que sufriera otro ataque, Seven intentó disculparse.

—Oh, no, Seven, no usarás la culpa para apartarte de mí. No te alejarás de mí tan fácilmente… —contestó Jake.

Y un momento después, añadió:

—Creo que será mejor que volváis a vuestra casa. En este momento, mamá es lo único que importa. Todo lo demás tendrá que

esperar hasta que ella mejore…

La tía Jane aceptó la sugerencia con una humildad poco característica en ella, satisfecha al saber que su caso actual sólo quedaría archivado de forma temporal. Mientras tanto, tenía otros que atender.

Para Seven, la acción de Jake confirmó sus temores. A pesar de sus palabras, él la apartaba. Su deseo sólo había sido un impulso pasajero, sin raíces profundas que ayudaran a hacer sobrevivir la primera tempestad. ¿Cómo podría ser de otra manera? Seven se culpaba a sí misma… ¿por qué no la iba a culpar él?

Jake exclamó:

—Maldita sea, Seven, no me mires de esa manera. No podemos cambiar lo sucedido…

—Lo sé… Charlotte… yo tengo la culpa. Si ella no hubiera encontrado ese dibujo… —fijó la mirada en sus nudillos blancos, tenía los ojos llenos de lágrimas que se negaban a salir.

—Hubiera sido cualquier otra cosa —dijo Jake con voz cortante —. Esto tenía que suceder tarde o temprano. Es su corazón el que ha fallado, no tú.

Trataba de ser amable y ella no podía soportarlo, pues prefería su ira.

—Yo lo sabía —señaló Seven—. Me dijiste que no gozaba de buena salud, y yo creí que sólo era una excusa para tratar de librarte de la tía Jane y de mí.

—¿Y piensas que esto es otra excusa? —preguntó Jake. La apartó de su tía y le pidió—: Seven, no permitas que tu imaginación se desborde. No te pido que te vayas porque quiera que estés lejos… todo lo contrario. Te quiero demasiado. No puedo vivir contigo y no tenerte en mi cama. Eso me volvería loco. Además, no creo que tú te sintieras cómoda así. No puedo imaginarte deslizándote hasta mi cama todas las noches, preocupada porque tu tía despierte y por lo que pueda oír o ver. Si de pronto yo te trasladara a ti sola a una habitación, ella querría saber el motivo —levantó una ceja y ella se ruborizó.

En algunos aspectos, la conocía demasiado bien.

—En primer lugar, yo nunca quise ir a vivir contigo —le recordó Seven con orgullo.

Él le cogió una mano y con voz suave dijo:

—No te enfades, ratón. Esto es por tu bien, no por el mío. Personalmente, no me importa nada que el mundo entero se entere de que somos amantes. No puedes retroceder en el tiempo, Seven, y no voy a permitir que tu conciencia me convierta en tu primera experiencia de una sola noche. De una forma clandestina o no, somos amantes, y al menos de esta manera tendremos un poco de intimidad. Tengo un horario muy apretado, y con mamá enferma, será peor; sin embargo, deseo que estemos juntos el mayor tiempo posible.

Durante la primera semana, lo anterior no sucedió muy a menudo. Se vieron alguna que otra vez en lugares públicos, como restaurantes, la cafetería del hospital, la sala de espera, la biblioteca… en muy pocas ocasiones disfrutaron de la intimidad que podía ofrecerles la casa de Jake. Pero él estaba sometido a mucha tensión y se negaba ninguna válvula de escape. En su compañía, no dejaba de hablar, como si eso fuera lo único que lo ayudara a controlarse para no inclinarse sobre la mesa del restaurante y hacer a la joven el amor allí mismo.

Una tarde, Seven se reunió con él en las oficinas del Clarion para ir a cenar a un restaurante cercano. Cuando se encontraban en el ascensor, Jake la atrapó contra la pared y la besó con tal pasión, que ella ansió calmarla.

—No vayamos a cenar —sugirió Jake, estremeciéndose por la rápida respuesta de ella—. Volvamos arriba, a mi oficina, cerremos la puerta con llave…

Durante un instante, Seven meditó sobre esa posibilidad.

—Tu oficina tiene las paredes de cristal —le recordó con voz ronca.

—Conectaré la alarma de incendios y me libraré de todos —dijo Jake.

—¿Y qué será del periódico de mañana?

—¡Al diablo con la primera edición! —contestó él, y se tomó más libertades con ella.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron al llegar a la planta baja. Dos hombres, uno con una cámara, miraron hacia el interior con interés. Al advertir su presencia, Jake preguntó:

—¿Qué es lo que estás mirando, Potter? —se dirigió al hombre que tenía la cámara.

—Sólo me preguntaba si valdría la pena hacer una fotografía para el tablón de noticias, J. J. —contestó el hombre.

—Inténtalo, y te haré tragar la cámara con carrete incluido.

—¡Jake! —exclamó Seven y acomodó su falda.

—Sólo bromeaba, J .J. —manifestó Potter y sonrió.

—Creo que a esto se le llama probar tu propia medicina —murmuró Seven con dulzura, al recordar algunas fotografías célebres que había visto en el Clarion.

—Te te puedes permitir el lujo de ser sarcástica —dijo Jake—. Supongo que no te importaría que parte de uno de tus senos ocupara la mayor parte de la fotografía.

Seven bajó la cara y descubrió que él le había desabrochado parte de la blusa durante el tórrido abrazo. No pudo evitar ruborizarse.

—¿Nos va a presentar, jefe? —preguntó el otro hombre.

—¡Fuera de mi vista! —ordenó Jake y pasó por delante de ellos.

—¿Sabes cómo se llama? —gritó Potter cuando ellos se alejaban —. ¿O acaso os habéis conocido en el ascensor? ¿Adónde vas, J. J.? Sólo queremos los detalles íntimos… eso es todo.

—Sin comentarios —logró decir Seven cuando cruzaban las puertas de cristal del edificio.

—Te doy un poco de confianza y enloqueces —dijo Jake—. Debiste dejar que yo manejara el asunto.

—Tú empezaste —indicó Seven—. Lo único que ellos hicieron fue sonreír y tú te abalanzaste sobre ellos.

—No me gustó la forma en que te miraron, o lo que pensaban. Ese Potter tiene una mente muy sucia.

—Pensé que era un requisito indispensable para trabajar en tu periódico —señaló Seven ya sentados a la mesa del restaurante. Abrió la carta, pero él se la quitó de la mano. Lo miró a los ojos—. Después de todo, él tenía razón, ¿no es así? Si el ascensor hubiera tardado más, nosotros estaríamos… estaríamos… —su valor para bromear desapareció y empezó a sonrojarse.

—Vamos, no te detengas, ratón —dijo él con suavidad—. ¿En dónde está tu confianza ahora? Me interesa saber lo lejos que serías capaz de llegar conmigo. ¿Hasta el final? ¿En un ascensor? ¿Es eso lo que deseabas?

—¡Por supuesto que no! —dijo ella sin aliento y se ruborizó

todavía más—. ¿Podemos pedir ya? Estoy hambrienta.

—También yo, ratón —murmuró Jake. Le devolvió la carta para que ocultara sus mejillas sonrojadas—. Yo también, pero no te preocupes. Pronto llegará el momento en que podamos divertirnos a nuestro antojo…

Seven sabía que su corazón nunca se contentaría amando a un hombre como Jake Jackson, un apasionado cínico, cuyo trabajo cotidiano confirmaba su cinismo. En eso no había futuro. Él la quería como amante, y sí ella le ofrecía la totalidad de su amor, sabía que él no lo aceptaría, y lo perdería.

También existía la barrera que representaba el don que ella tenía, el cual él decía comprender, aunque no creyera en él. El segundo día que Charlotte estuvo en la sala de cuidados intensivos, Jake se enfadó porque el especialista no quiso especular sobre las posibilidades de recuperación en una etapa tan temprana. Jake quería hechos; sin embargo, en aquel caso los hechos se supeditaban al deseo del paciente por vivir, su reacción individual al tratamiento, su estado general de salud…

Jake fue rudo, y en medio de la acalorada discusión, dejó estupefactos al especialista y al interno, al volverse de pronto hacia Seven y decir:

—Bien, si ellos no me lo dicen, tal vez tú puedas hacerlo. ¿Va a vivir mi madre?

—Yo… no lo sé —tartamudeó Seven, sorprendida por el ataque.

—Oh, vamos, Seven —dijo Jake—. ¡Tú ciencia parece ser tan exacta como la de ellos! ¿Cómo está su aura?

Seven sabía que estaba siendo utilizada como una combinación de chivo expiatorio y acicate. No obstante, el comprender no hacía que eso fuera más sencillo de soportar.

—No tengo la menor idea —dijo ella con toda la tranquilidad de que fue capaz—. Discúlpame… necesito un poco de aire.

Jake la siguió, la tomó en sus brazos, y como de costumbre, la persuadió para que lo perdonara. Su escepticismo negaba una parte esencial de Seven. ¿Podía un hombre cínico y pragmático como Jake, sentirse cómodo con aquella oscura e inexplicable espiritualidad que algunas veces controlaba a Seven? ¿Qué derecho tenía ella a exigirle a alguien que compartiera esa carga con la que había nacido… en especial, alguien a quien amaba y que podría

resultar herido? Ella temía que Jake resultara herido… puesto que ya había descubierto el origen de sus pesadillas.

El primer día, cuando se dirigían al hospital, Seven ignoró una ligera sensación de náusea que la invadió al preocuparse por Charlotte. Sin embargo, cada vez que visitaba el hospital, esa sensación se repetía y cada vez con más intensidad. El día que mejoró Charlotte y la sacaron de la sala de cuidados intensivos, Seven se perdió al intentar encontrar su nueva habitación. La tensión habitual que siempre la acompañaba, se convirtió en pánico cuando al dar la vuelta en una esquina se encontró mirando un largo y vacío pasillo blanco. La iluminación era fría y brillante, y las puertas que se encontraban al final eran verdes.

El reconocimiento fue instantáneo. Al igual que en su sueño, no podía moverse de aquel lugar. Una enfermera que pasaba se detuvo para preguntarle si se encontraba bien. Seven asintió y preguntó dónde se encontraba el baño más cercano. Una vez que llegó a éste, se sintió muy enferma.

Tuvo mucho cuidado de no volver a perderse, pero en su interior sabía que tenía que descubrir algo importante. Había sentido demasiado pánico para notar alguna señal, por lo que no imaginaba siquiera lo que la esperaba detrás de esas puertas. No obstante, era consciente de que no encontraría paz hasta que lo averiguara.

El temor fue al fin tan grande como la compulsión mental, y necesitó días para dominarlo. Un día, llegó temprano a la visita y, después de dejar a su tía en la sala de espera, volvió a seguir sus pasos de aquel día por los pasillos. Sus pies parecían recordar el camino, aunque su mente se negara a admitirlo. Cuando llegó al final de su trayecto, vio un letrero que decía «Pabellón infantil».

La enfermera no la dejó pasar. Le dijo que hasta durante las horas de visita, sólo los padres y visitantes con autorización podían entrar.

Seven se dirigió a la habitación de Charlotte. Se dejó caer en la silla que estaba junto a la cama.

—¡Tienes un aspecto terrible, Seven! —exclamó Charlotte—. ¿Estás enferma? ¿Es Jane?

Su ansiedad sacó a Seven de su abstracción. Los médicos, sin mencionar a Jake, se pondrían furiosos si inquietaba a Charlotte.

—No… no, tía Jane está bien. Ella ha bajado a las oficinas para

ofrecerse como voluntaria del hospital… —Jane había descubierto una veta de clientes ricos en potencia en los pabellones de pacientes aburridos—. ¿Dónde está Jake? ¿Va a venir?

—Me ha dicho que vendrá si puede. Ya sabes cómo es Jake. ¿Has visto las flores que me ha enviado?

Seven oía, pero no escuchaba. No advirtió las miradas agudas que le dirigía Charlotte. Al fin llegó Jake y besó a su madre, quien le murmuró algo al oído. Él se volvió, cogió a Seven por el codo y ella se puso de pie temblorosa.

—¿Seven? —exclamó Jake.

Tocó su mejilla y vio la expresión atormentada de sus ojos.

—Yo… necesito hablar contigo —le dijo Seven y dirigió una mirada de soslayo a Charlotte.

Por fortuna, Jake comprendió, y después de dirigir unas palabras a su madre, sacó a Seven al pasillo.

—¿Qué es, ratón? ¿Estás enferma? ¿Estás embarazada? —no supo qué lo impulsó a hacer esa pregunta, puesto que sólo habían transcurrido diez días desde que habían hecho el amor.

Aunque ella estuviera embarazada, el bebé apenas si existiría, y era demasiado pronto para que ella notara nada.

—No lo sé… No… no, no puede ser —dijo ella—. No la primera vez… además, era un período seguro.

—Sólo es necesario una vez —le recordó él con suavidad—, y la seguridad es relativa.

Ella supo lo que él pensaba y dijo:

—No fue deliberado, Jake, lo juro…

Él le cogió las manos y las colocó sobre su pecho.

—Lo sé… lo sé. Cálmate, querida. ¿Crees que no soy consciente de que hay todo un mundo de diferencia entre tú y una mujer como Chloe? Si estás embarazada, soy yo quién tiene que pedir perdón… era el que tenía más experiencia de los dos y debí protegerte, pero me dejé llevar como un chiquillo —su voz se hizo más profunda—. Si sucede eso, no es el fin del mundo. Los dos somos lo bastante maduros como para asumirlo. No crucemos el puente hasta llegar a él. Siento haberte preocupado por eso, cuando resulta obvio que estás intranquila por otra cosa. ¿Qué es? Cuéntame, Seven…

Seven le habló acerca del sueño que había tenido la noche que fue a la habitación de Rebecca. Le habló de sus sentimientos, del

extraño impulso que la llevó hasta el pabellón infantil. Le dijo lo que eso significaba.

—Ella está allí, Jake. Rebecca está allí. Está enferma. Sé que lo está. No me preguntes cómo o por qué. Sólo lo sé…

Notó el rechazo en los ojos de él, y la misma ansiedad que la dominaba a ella.

—¿Estás segura? ¿La has visto?

—La enfermera no me ha dejado entrar.

No era la misma enfermera, pero tampoco los hubiera dejado entrar si Jake no enseña su carné de periodista y hace uso de todo su encanto para convencerla de que su periódico quería publicar una solicitud con el fin de reunir fondos para la sección infantil.

Jake dijo:

—Por supuesto, no se publicará nada sin haber consultado antes con la administración del hospital. Tal vez pueda conseguir permiso para entrevistarla a usted y a algunas de sus colegas…

Seven temblaba cuando entraron en la primera sala. La enfermera explicó que había ocho niños por habitación, y cuatro de éstas, además de las dobles y sencillas, destinadas a quienes necesitaban un tratamiento especial, o tenían alguna enfermedad infecciosa.

Mientras recorría las camas con la mirada, Jake se quitó la chaqueta y la colocó sobre los hombros de Seven.

—No es aquí —murmuró Seven y pasaron a otra sala.

La encontraron en la tercera sala que visitaron. Ocupaba la cama que se encontraba junto a la ventana. Estaba muy delgada y pálida, pero sus ojos tenían un color azul luminoso. Era la niña del bosquejo… Rebecca. Alrededor del cuello tenía una medalla de oro. La mano de Jake se humedeció de sudor, su expresión era una mezcla de agonía, alivio y terror. Quiso hablar, pero no pudo articular ni una sola palabra, por lo que Seven dijo:

—¿Rebecca?

La pequeña levantó la cara del libro que estaba leyendo.

—Hola, soy yo. ¿Es un nuevo médico? Oh, no puede ser, no tiene bata blanca. Me pregunto por qué siempre tienen que ser blancas. Sería mucho mejor que fueran de colores, ¿verdad? —sonrió—. ¿Van a visitar a alguien? Todavía no es la hora de visita… ¿se han colado? La enfermera Kay los sacará, odia que alguien

quiera romper las reglas… —Seven movió la cabeza, sorprendida por la charla de la pequeña—. Hablo demasiado —sonrió—. Lo sé. Mamá y papá siempre me dicen que escuche, pero tengo mucho que decir. Si uno no lo dice, ¿cómo va a saber la gente lo que es? Es muy blanca… ¿es sueca?

—¿Van a venir tus padres hoy? —intervino Jake, interrumpiéndola.

—Todavía no es la hora de visita —replicó la niña con seguridad.

Seven oprimió la mano de Jake, previniéndolo.

—Soy neocelandesa, pero los padres de mi madre eran suizos… —explicó Seven—. Supongo que por eso tengo este color de piel. En ocasiones, creo que no soy de ningún sitio, porque nunca recuerdo ningún lugar que pueda considerar mi hogar, siempre estábamos viajando. Mis padres trabajaban en el circo.

—¿De verdad? ¡Qué fantástico! —volvió a sonreír—. Cuando crezca, seré bailarina, pero no de ballet. Quiero bailar de muchas maneras diferentes. ¿También está en el circo? —señaló a Jake.

Seven charló un rato, hasta que notó que Jake se relajaba y también empezaba a hablar con la niña.

Rebecca les informó que había sido ingresada en el hospital con meningitis, pero que ya estaba mucho mejor y que sólo le faltaba una semana para salir. Seven y Jake intercambiaron miradas de horror y alivio cuando ella les informó que todos creían que se iba a morir, excepto ella. Sabía que Dios no quería que muriera todavía, antes de darle la oportunidad de ser bailarina. También les dijo que el nombre de su padre era Alee Hasting, que era maestro, y que habían llegado a Nueva Zelanda hacía sólo unas semanas, que antes vivían en Australia.

Rebecca añadió:

—Papá es un kiwi, y quiere que nosotros vayamos a la escuela aquí. Dice que aquí están sus raíces. Quiere que Micky, mi hermano, vaya a la misma escuela que fue él. Micky no es mi verdadero hermano… soy adoptada. Mamá y papá me adoptaron cuando pensaron que no podrían tener hijos, pero después llegó Micky. Él tiene cuatro años y yo tengo ocho. En ocasiones, él me parece una peste, pero mamá dice que yo también lo era cuando tenía cuatro años. Tuve que pasar aquí mi cumpleaños… mamá dice

que organizará una gran fiesta cuando salga…

—¿Cuántos años tenías cuando te adoptaron tus padres? —preguntó Jake con voz ronca.

Se sentía feliz porque su hija charlaba mucho. No quedaba la menor duda de que era su hija.

—Casi tres —respondió la niña—. No sé nada acerca de mi verdadero padre. Pero mi verdadera madre era muy joven, y no pudo quedarse conmigo. Me dejó esta medalla… tiene mi nombre, Rebecca, eso es lo único que ella tenía. Ella viajaba mucho y supongo que le resultaba difícil viajar con un bebé. Mamá dice que debo sentir lástima por ella, porque tuvo el don de la vida y lo perdió, pero no lo sé. Pienso que la gente que tiene bebés debe quedarse con ellos. Quiero decir que no son como un juguete que se puede dejar para conseguir otro. Sin embargo, si mi verdadera madre no me hubiera dejado, no tendría a mamá y a papá, y a Micky. Somos una verdadera familia. Ésta es una fotografía de todos nosotros, la hizo un amigo el día del cumpleaños de Micky…

—Una verdadera familia —murmuró Jake y pasó el pulgar por la imagen de su hija.

Seven percibió su tono desolado. Sin importar lo que hubiera sucedido en el pasado, y el horror que la niña hubiera soportado, había logrado superarlo. Era inteligente y alegre, cualquiera se sentiría orgulloso de tenerla como hija. Amaba y era amada. La niña no parecía desear nada. Parecía adorar a sus padres y a su hermano.

Jake no podía irse. Durante la media hora anterior a que comenzaran las visitas, él pareció embobado mirando y escuchando a Rebecca Hastings. Cuando sonó el timbre, tuvo que apretar los puños para no cogerla en brazos y llevarse lo que era suyo, para no tomar el amor y el afecto que debían haber sido para él… y entregarle el suyo. Sabía que eso sólo asustaría y heriría a la niña… a su niña milagrosa, que ahora era el milagro de otras personas.

Deseó gritar, enfadarse, raptarla. Sin embargo, sonrió y agitó una mano en señal de despedida. Cogió el brazo de otro milagro que sí era suyo ahora, y salió.

Capítulo 10

SEVEN movió el leño que se encontraba en la chimenea. Con anterioridad, la impaciencia nunca había sido uno de sus problemas. Siempre había decidido primero lo que quería y después se había dedicado a conseguirlo. Todo había ido siempre bien gracias a su deseo de alcanzar una meta. El luchar por algo que se quería era muy satisfactorio, y ahora descubría que era muy doloroso no luchar por algo que se deseaba por encima de todo.

Aquél era el motivo por el que ahora se encontraba sola, en aquella cabaña alquilada, en un desierto centro turístico de la costa, acompañada de un montón de libros que no necesitaba. El imaginativo mundo de la ficción ya no era necesario gracias a Jake. Él había dado tanto color a la realidad, que ya no estaba entre sombras. Lo amaba, pero no había lugar para ella en su vida. Había sido la lección más cruel que había tenido que aprender, y se suponía que aquellas pequeñas vacaciones no planeadas durante el invierno la ayudarían a aceptar el hecho, aunque no estaba teniendo mucho éxito.

La tía Jane había dicho que era una locura irse sin decir a nadie cuál era su destino, o por qué se iba. Cuando Jane no consiguió ninguna respuesta, dijo que Seven lo lamentaría y que sus estrellas no indicaban que debiera estar a solas.

Seven odiaba admitirlo, pero la tía Jane tenía en parte razón. ¿Qué objeto tenía estar de mal humor y desilusionada cuando no había nadie cerca con quien pudiera desquitarse? Sólo podía luchar consigo misma, y era una batalla perdida.

Por supuesto que había hecho lo correcto al apartarse de la vida de Jake, se dijo por centésima vez. La cabaña tenía tres habitaciones, se dirigió a la cocina e intentó interesarse por la sopa

que calentaba por segunda vez. Jake estaba viviendo un infierno en ese momento debido a ella. Inevitablemente, la amargura y resentimiento de él los hubiera terminado separando. ¿Por qué quedarse cerca, esperando que le rompiera el corazón? ¿No era mejor irse y actuar con decisión?

Jake no habló con los Hastings aquella primera vez, sino que decidió esperar hasta poder dominar sus emociones y conocer todos los hechos. Con los nombres, fechas y lugares que sin saber proporcionó Rebbeca, el resto fue relativamente fácil. En sólo unos días, Jake pudo reconstruir los acontecimientos de hacía seis años, después de que la pareja de la pensión de Auckland, Sharon Riley y Keith Smythe, llevaran a su hija a Australia.

Jessica y Alee Hastings adoptaron a la niña a través de un acuerdo privado, en un remoto pueblo minero de Australia en el que Alee trabajaba de maestro. Sharon Riley estuvo con los Hastings cerca de seis meses debido a que Jessica se compadeció de ella. Sharon les informó que el padre de su hija había muerto en un accidente automovilístico viajando por lugares remotos del país, sin duda evitando las ciudades y pueblos grandes. Keith trabajaba en lo que le salía al paso. Después de que él murió, Sharon continuó vagando de pueblo en pueblo pero cada vez le resultaba más pesada la carga que representaba la niña. Mientras estaba con los Hastings, logró encontrar trabajo como dependienta en una tienda. Durante las horas que estaba fuera, Jessica cuidaba a la niña. Eso permitió a Sharon descubrir los placeres de ser joven, libre y soltera.

Cada vez se distanciaba más de Rebecca y finalmente aceptó firmar un papel donde nombraba a la pareja tutora legal de la niña. Las amistades de los Hastings recordaban que Sharon Riley quería a su hija pero que al mismo tiempo parecía tener algo en contra suya. Era bien sabido que los Hastings deseaban tener un hijo y nadie se sorprendió al saber cómo terminaron las cosas. Sharon se fue en compañía de un joven ingeniero, y aunque en público derramó algunas lágrimas al despedirse de su hija, pensó que hacía lo correcto al darle a Becky la oportunidad de disfrutar de una vida tranquila, con padres que la querían.

Al leer los informes, Jake vio las cosas de diferente manera, al igual que el psicólogo que consultó. Era probable que la culpa fuera el principal factor para que Sharon actuara de esa manera. El

psicólogo dijo que al principio, era probable que Sharon llegara a convencerse de que Rebbeca era suya. Sin embargo, poco a poco la verdad fue saliendo a la superficie, y tuvo que enfrentarse a la realidad de saber que nada podría sustituir a la hija que perdió. Sin embargo, las especulaciones acerca del estado mental de Sharon tendrían que permanecer como lo que eran… especulaciones, puesto que Sharon ya estaba muerta. Irónicamente, había muerto de la misma forma que su hija, ahogada, mientras nadaba en una playa.

Esto dejó a Jake sin nada, no tenía a nadie contra quien emprender su venganza, para que pagara por el secuestro, como tantas veces había jurado hacer. El odio hubiera sido mucho más satisfactorio que esa sensación de lástima que sentía. Su pena podría convertirse en una especie de locura temporal.

Mientras Jake vivía esas fuertes emociones, el amor de Seven fue muy fuerte. Escuchó mientras él se torturaba pensando en diferentes opciones, que, como los dos sabían, sólo eran opciones. Ella lo acompañó mientras soportaba la diaria agonía que vivía al visitar a su hija, a quien temía asustar con sus sentimientos.

Durante la semana que Rebecca permaneció en el hospital, él vivió en una especie de limbo. El día en que Rebecca se fue a su casa, Jake tuvo la prueba final en sus manos… un estudio de rayos X que indicaba que la formación ósea de la niña era la misma que la que aparecía en el otro estudio que le hicieron cuando era muy pequeña. Jake se enfrentó a los padres adoptivos, quienes estaban tan impresionados y pesarosos como él.

—Sospechamos que la adopción tal vez no era legal… supongo que por eso nunca registramos el cambio de apellido —explicó Jessica Hastings—. No teníamos idea de que no fuera hija de Sharon. Por lo que nosotros sabíamos, ella era Rebbeca Riley, todavía lo es. No puede llevársela… no después de todo este tiempo. ¡No puede llevarse a mi niña! Alee, no se lo permitirás. Debe haber algo que podamos hacer. ¡Becky es nuestra!

Su marido intentó darle apoyo, pero resultaba evidente que la idea de que aquel extraño entrara en sus vidas y se llevara a su adorada hija le producía pánico. Con la cara muy pálida, abrazó a su esposa y dijo:

—Jess, no es necesario que te pongas histérica. Estoy seguro de

que el señor Jackson no tomará una decisión precipitada. Él sabe que queremos a Becky. Vamos, cariño, no querrás asustar a Micky. Tenemos que ser fuertes por su bien, y por el de Becky. Tenemos que discutir esto de una forma razonable.

Jake y Alee se miraron en silencio con expresión desafiante, Duncan Hedges, quien había insistido en estar presente, estaba muy tenso.

Con un discurso tranquilo y controlado, que rompió el corazón de Seven, Jake les dijo a los Hastings que no litigaría por la custodia, siempre que ellos no pusieran ninguna objeción a que Becky se enterara de que él era su verdadero padre. Deseaba que él y su madre pudieran visitarla, y también contribuir económicamente en la educación, salud y bienestar de Becky.

—Creo que al menos tengo el derecho de asegurarme que mi hija no sufra por no ser legalmente mi hija —dijo Jake—. A cambio, estoy dispuesto a aceptar la legalidad de la adopción. Puedo asegurarles que en el futuro no habrá ningún problema para conseguir el acuerdo de su madre. Sólo espero que en el futuro Becky no tenga problemas al enterarse de que sus padres naturales no estuvieron casados, o de que Chloe en realidad nunca quiso un hijo.

—Ella es la que pierde, no Becky —dijo Jessica Hastings. Las lágrimas brillaban en sus ojos—. Creo que le sorprenderá descubrir que Becky sentirá más curiosidad que intranquilidad. Siente un gran interés por todo lo que sucede, así como una gran generosidad de espíritu…

—Lo sé —dijo Jake—. Pueden estar orgullosos de su hija.

—Y usted de la suya —dijo Alee Hastings.

Se estrecharon la mano.

Jake se condenó a observar desde lejos la vida de Rebbeca, y a recibir las sobras de su afecto. ¿Podría él mirar a Seven sin recordar la terrible decisión que ella le había obligado a tomar, y sin pensar en otros tormentos que su don pudiera causar en el futuro, a él y a los que amaba?

Con claridad masoquista, Seven recordó la última vez que hicieron el amor. Fue en la cama de él, la tarde en que Jake debía recoger a su madre del hospital. Las palabras prohibidas escaparon de la boca de Seven al llegar al éxtasis, pues confesó que lo amaba.

¿Cuál fue la respuesta de Jake? Un silencio, seguido de apasionados besos que hicieron que la confesión se ahogara en la garganta de ella. Él no quería saber lo que ella sentía, no quería su amor, y ella no podía aumentar sus heridas obligándolo a herirla.

Cuando Jake se fue, también se fue Seven. A la mañana siguiente, telefoneó a su supervisor para comunicarte que iba a tomarse la semana de vacaciones que le debían. Sí no le hubiera otorgado el permiso, de cualquier manera se habría ido, pues su trabajo era lo último que en ese momento le importaba.

Dejó la sopa en la cacerola y regresó a la sala. Notó que salía humo de la chimenea y corrió a abrir la puerta… al hacerlo, emitió un grito de terror. Alguien estaba fuera.

—¿Qué tratas de hacer, mujer? ¿Cometer un suttee? —preguntó Jake. Ignoró sus protestas, se acercó a la chimenea y colocó los troncos—. ¿Por qué no cierras la puerta? A no ser que quieras añadir a nuestros problemas una inundación —fuera llovía de una forma torrencial. Él se enderezó y se limpió las manos en los pantalones. La miró y preguntó—: ¿Y bien? —habló con mucha arrogancia.

Ella decidió contestar a la primera pregunta.

—Si recuerdo bien —dijo Seven—, el suttee es la inmolación voluntaria de una viuda hindú.

—Y de las concubinas favoritas, según creo —dijo él y arqueó las cejas.

Seven se ruborizó por la ira.

—Bueno, no soy nada de eso, y no me arrojaría en tu pira funeraria ni por todo el té de la china.

—¿Ni por todos mis bienes mundanos? —preguntó él.

—¡No me casaría contigo ni aunque me lo suplicaras! —aseguró ella.

—Es una lástima… hay mucho amor en juego.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Te lo ha dicho la tía Jane?

—¿Cómo podría hacerlo, si no lo sabe? Tampoco lo sabía la persona que te ha sustituido en la biblioteca, ni ninguno de tus ayudantes… tampoco tus amistades. Tina Tracey tenía razón, eres muy reservada.

—¿Quieres decir que has andado por ahí, preguntándole a la gente? ¿Cómo te atreves a meterte en mis asuntos privados? —

preguntó ella.

—Yo soy tu asunto privado. ¿Tienes algo de comer aquí? Me muero de hambre. No he comido desde el desayuno. Tenía que sacar el periódico, y también he tenido que andar de un lado a otro, tratando de encontrarte.

—Nadie te ha pedido que lo hicieras. ¿Acaso el hecho de que yo no haya dicho a nadie dónde estaría, no te ha hecho imaginar que no quería ser encontrada?

Jake miró la sopa con expresión de desaprobación y abrió la puerta de la nevera. Sólo descubrió leche, huevos y mantequilla.

—¿Es eso lo único que tienes? Te estás revolcando en la autocompasión, ¿no es así? —sacó las cosas de la nevera y las colocó en la mesa. Buscó cubiertos en un cajón—. Haré una tortilla, ¿de acuerdo?

—¿Autocompasión? ¡Pensé que tú tenías ese monopolio! —exclamó Seven con enfado—. Permites que una tragedia destroce toda tu vida. Perdiste a quien amabas, por lo tanto, no volverás a amar. Bueno, sin duda podrás encontrar a alguien que quiera ser tu amante. Estoy segura de que habrá alguna mujer que se sienta feliz siendo una máquina sexual sin emociones.

Jake rió y respondió:

—¡Máquina sexual! Oh, ratón, de lo único que estoy seguro es de que tú no eres eso, y nunca lo serás —dejó de reír cuando uno de los golpes de Seven dio en el blanco. Le cogió la muñeca, y dio un paso hacia atrás para evitar que lo pateara—. No es que no seas sensual a tu modo, pero es una sexualidad viviente, no mecánica. Tú, ratón, eres lo verdadero —pronunció las últimas palabras con tanto fervor, que Seven dejó de luchar. Se miraron con sospecha.

—¿Cómo me has encontrado? —volvió a preguntar ella, al darse cuenta de que él no le había respondido.

—Tu hermana.

—¿Morgan?

—Ella llamó por teléfono a tu tía desde Irak o Irán, no lo sé muy bien, pues la línea estaba muy mal. La llamada se produjo cuando yo estaba allí esta tarde. Parecía muy preocupada por ti. Dijo que le ocasionabas muchos dolores de cabeza. Comentó que tenías frío, que estabas sola y que temía por ti. Tu hermana tiene una forma muy vigorosa de expresarse. Manifestó que sabía que todo era culpa

mía, que sufrías por amor, y que si algo te sucedía, se aseguraría que yo compartiera tu destino. Le informé que eso era exactamente lo que quería.

—¿Morgan ha hablado contigo? —sólo en raras ocasiones de tensión emocional extrema, su hermana gemela y ella compartían pensamientos y sentimientos. Ahora, Jake también había violado esa parte de su intimidad—. ¡No!

—Te amo —la acercó.

—Te odio —dijo ella con firmeza—. Déjame en paz.

—¿Quieres que me arranque el corazón y lo coloque a tus pies? —murmuró él—. Porque eso es lo que me estás pidiendo. Sin tener en cuenta las amenazas de tu hermana, no puedo abandonarte, de la misma manera que no puedo abandonar a Becky…

—No soy una niña —murmuró ella con fiereza—. Sé cuidarme…

—Pero no tan bien como yo puedo hacerlo. Puedo hacerte feliz. Puedo estar ahí para ti, siempre… cuando las pesadillas lleguen por la noche; cuando necesites dinero o información para salvar una vida o rescatar un sueño, cuando tengas miedo. Puedo compartir todo eso contigo… y más. Puedo hacerte reír, puedo hacerte sentir. Ya tengo una hija, lo que necesito para completar mi vida eres tú.

—Yo no te necesito —dijo ella y lo miró con orgullo.

—Eso no es lo que Morgan ha dicho…

—¡Morgan habla demasiado!

¡Ojalá fuera cierto! —indicó Jake—. Ella no habló suficiente. No pudo indicar con exactitud dónde estabas; comentó que estabas en el norte, pero no el lugar exacto. Dijo que te encontrabas en una habitación pequeña. Comentó algo acerca de un peregrinaje al pasado… supuse que eso podría significar que estabas cerca de donde murieron tus padres.

Sorprendida, Seven comprendió que Morgan tenía razón. Mientras conducía estaba demasiado distraída para saberlo, pero, por instinto, se había dirigido hacia el centro turístico que había sido el escenario de la otra gran tragedia de su vida.

Jake añadió:

—Ella también señaló que, por algún motivo, te conectaba con Anthony Perkins.

—¿El actor?

—¿Quieres decir que no te fijaste en el nombre del motel cuando

te inscribiste? —preguntó él y ella negó con la cabeza—. Se llama Bates. El empleado me dijo que era una broma del dueño, pues ni siquiera tiene el apellido Bates, pero que era bueno para el negocio, en especial porque el lugar no está en muy buen estado, y atrae a todos los fanáticos de Hitchcock, eso sin mencionar a los pervertidos e interesados por fenómenos sobrenaturales.

—Como yo, quieres decir.

—No tendremos paz hasta que arreglemos esto, ¿no es así? —preguntó Jake. La sentó en el sofá y se sentó junto a ella, sus hombros y rodillas se tocaban—. Duda que te amo, si lo deseas, pero… ¿también vas a dudar de tu hermana? Morgan me ha creído.

—Entonces… ¡que se case ella contigo!

—Bueno, al menos crees eso —manifestó satisfecho—, crees que quiero casarme contigo.

—Sólo porque de pronto has vuelto a descubrir la paternidad —dijo ella con frialdad—. No hay necesidad de gestos nobles. No estoy encinta. No necesito la protección de un hombre. ¡No voy a darte un hijo sólo para sustituir al que perdiste!

—Todavía quiero casarme contigo. Me debes…

—¡No te debo nada! —exclamó Seven—. Encontré a tu hija, ¿no es así? ¡Eso es lo que querías! Nunca dije que te gustaría lo que encontrara —intentó ponerse de pie, pero el brazo de él se lo impidió—. No hay nada que yo pueda hacer para cambiar eso ahora. Lamento que las cosas hayan resultado de esa forma para ti, pero no podía evitarlo… no podía saberlo. No soy omnipotente…

—Calma, ratón, no te culpo de nada. ¿Cómo podría, cuando me has dado mucho más de lo que has tomado? Oh, Seven, para tener poderes psíquicos, estás ciega y no ves lo que está debajo de tu nariz —la atrajo con firmeza contra su pecho y la dejó sollozar un momento—. ¿Ya estás lista para escuchar? —la hizo alzar la cara y le besó los ojos y la nariz—. Primero, quiero que cierres los ojos, que coloques tu cabeza sobre mi pecho, y me digas lo que sientes.

Seven abrió la boca para protestar y él se la cerró con un beso. Ella cerró los ojos y le permitió echarse hacia atrás, llevándola consigo.

Se produjo un elocuente silencio, sólo se oía el ruido producido por el fuego de la chimenea y por la lluvia que golpeaba en los cristales. Ella permaneció acurrucada contra su pecho.

—¿Qué sientes? —preguntó Jake.

—Calor… y seguridad… —admitió y frotó la cara contra su camisa.

—¿Sabes por qué? Eso es amor. Te calienta desde el interior. Cuanto más tienes, más deseas, y más recibes… No desabroches mi camisa, sé una niña buena, espera a que termine. He ensayado este pequeño discurso durante todo el trayecto hasta aquí, y no permitiré que un seductor ratoncito no me permita hacerlo. Los Hastings han revelado a Rebecca que yo soy su padre.

—Oh, Jake…

—Está bien. La noticia le impresionó un poco, pero… le agradó. Pidió verme esta mañana. Ella piensa que es bonito tener dos papas, en especial, porque no amenazo su seguridad de ninguna forma. Conscientemente, no puede recordar nada acerca de mí, pero se siente a gusto conmigo, y eso es un comienzo. No recuerda mucho acerca de Sharon Riley tampoco, gracias al cielo. Por supuesto, ha querido saber todo acerca del secuestro. Los Hastings piensan que es demasiado pequeña, y tal vez lo sea, porque lo único que ha dicho es que todo le parece muy emocionante. Hemos pensado que lo mejor es ser sinceros desde el principio para evitar que después vaya haciendo descubrimientos desagradables. Alee y Jessica parecen haber controlado su paranoia inicial. Los fui a visitar ayer… Les llevé los papeles de adopción para que los firmen. Todavía hay muchos trámites pendientes, pero al menos nuestras intenciones ya están escritas y firmadas. Fue extraño firmar la entrega de mi hija, cuando he pasado tanto tiempo sufriendo por tenerla conmigo.

—Lo siento.

—Yo no —dijo él—. En cierta forma, es una especie de alivio. Ahora me siento libre. Sé que Becky es feliz y que yo también puedo serlo. Puedo volver a ser una persona completa, en lugar de una fragmentada. No tendré que estar en guardia todo el tiempo. Desde el momento en que te conocí, todo ha sucedido con mucha rapidez —suspiró—. Yo, el que siempre había sabido mantener el control, lo perdí, al intentar comprender lo incomprensible. No me refiero a tus habilidades psíquicas, aunque me ha resultado difícil asumirlas. Me refiero a los sentimientos que despertaste en mí, al hecho de que me enamoré de ti, de que disfruté sabiendo que dependías de mí en

algo, aunque sólo fuera placer físico. Cuando estoy contigo, me siento como si tuviera el mundo a mis pies, me siento en casa. Cuando anteanoche me. dijiste que me amabas, fue como la fantasía perfecta… tan perfecta que no podía ser verdad. Pensé que quizá había oído mal y temí preguntar. Había cometido tantos errores en nuestra relación, que ya no confiaba en mis instintos que gritaban que te dijera lo que sentía.

—¿Cómo puedes amar a una persona excéntrica?

—Excéntrica no —dijo él—, una persona única y muy, muy especial. Sé que desprecias el Clarion. La verdad es que ya no lo necesito, ya ha logrado su propósito, y me quita demasiado tiempo. Hay otras cosas que preferiría hacer. Además, creo que los Hastings comparten tu desdén y sienten que un periodista amarillista no es el modelo de padre que quieren cerca de Rebecca. Tú serás un centro mucho más respetable para mi vida, ratón. También están nuestros hijos… no quiero que se avergüencen de su padre. Dimitiré como director y me dedicaré a escribir una novela. No puedo garantizar que no tenga un ligero tinte de sexo y violencia. No soy como mi madre, no puedo olvidar mis vicios.

—Yo… no me avergüenzo de lo que haces —indicó Seven—. Corregiste muchos errores a tu…

—¿Manera procaz? —completó y sonrió—. Acabo de decir que voy a dimitir no a vender. He sudado mucho para que el periódico fuera un éxito. No puedo alejarme y permitir que lo absorba un conglomerado hambriento de dinero, sólo porque he tenido un ataque repentino de ética. Claro que lo primero es lo primero… pienso en una larga luna de miel… ¿tú no? Podríamos viajar… tal vez visitar a tu hermana en el lugar en el que se encuentre, para darle las gracias por haber hecho el papel de Cupido.

—Todavía no he dicho que quiera casarme contigo —dijo Seven, saboreando el momento.

—Lo harás —dijo él—. No eres el tipo de mujer apropiado para ser amante…

—¿Por qué? ¿Hay algo malo en mí?

¿Acaso él pensaba que no era lo bastante sensual? Jake rió.

—Iba a decir… durante mucho tiempo. No hay nada malo en ti, por eso tengo tanta prisa por darte mi nombre… no pensando en tu protección, sino en la mía. Quiero que todos los hombres del mundo

sepan que tú y yo tenemos un compromiso formal. Ya he dicho a todos que voy a casarme contigo. Te sentirás muy avergonzada si eso no sucede. Aparecería en la primera página del Clarion, y ya sabes lo sensacionalistas que pueden ser. Ahora que ya está todo arreglado… —la apartó un poco para poder estudiarla—… ¿dónde está la cama?

—Estás sentado en ella —contestó Seven riendo—. El sofá se extiende, pero me temo que tú… yo… no podemos… —respiró hondo—. ¿Recuerdas que te he dicho que no estoy embarazada? —él asintió y ella añadió avergonzada—: Bueno… lo descubrí ayer por la mañana… —la desilusión fue evidente en la cara de él, al comprender a lo que se refería—. Creo que en parte por eso huí —murmuró Seven—. Descubrí que estaba desilusionada. Aunque no hubiera un futuro compartido para nosotros, me hubiera encantado tener tu hijo…

—Estoy seguro de que lo tendrás —dijo Jake—. Juntos jugaremos cualquier mano que el destino nos presente, ratón. Como ya has admitido que es como si estuviéramos casados, no tienes que sentirte pecadora porque hagamos esto…

—Pero Jake… —protestó Seven cuando él la recostó bajo su cuerpo.

—Lo sé. Esta noche no habrá bebé. El celibato es sólo una cuestión de grado, mi inocente cariño. Nunca deseé acariciar a un ratón, pero siempre hay una primera vez. Además, ¿acaso hay una manera mejor de pasar juntos una larga noche de invierno? No he traído una baraja… ¿y tú?

Para su alivio eterno, no las había llevado…

Epílogo

La pequeña emitió un grito de terror que rompió la tranquilidad del patio. Su compañera se inclinó sobre ella y con rapidez quitó la araña que tenía en el brazo.

—Es sólo una araña, Erin… mira. No te hará ningún daño. Es tan pequeña, que tú podrías hacérselo a ella si no tiene cuidado —su pelo rubio rozó los rizos castaños de la pequeña, al inclinarse para enseñarle la araña que tenía en la palma de la mano.

Erin se puso tensa, y una lágrima brilló en sus ojos azules, al mirar al pequeño enemigo. El niño que estaba subido en el árbol, bajó y se sacudió las manos.

—Déjame ver —dijo—. ¡Qué pequeña! ¡Apenas si puedo verla! He tenido arañas diez veces más grandes que ésa, y no he gritado.

—Cállate, Micky, asustas a Erin —le dijo su hermana—.Ella todavía no ha cumplido tres años. Cuando eras un bebé, muchas cosas te asustaban. ¡Mira, Jay, Missy ha encontrado una araña!

Jake se acercó e inspeccionó el hallazgo de su hija más pequeña que se encontraba en la palma de la mano de Rebecca. Seven sonrió al observarlos.

—¿Todo este alboroto se debe a eso? —preguntó Seven—. Creía haber oído llorar a alguien —observó que los ojos de Erin se secaban como por arte de magia.

—Erin se ha asustado un poco, pero es muy valiente para ser una niña —comentó Micky—. Ella no ha llorado, sólo ha gritado muy fuerte.

—Tiene muy buenos pulmones —dijo Jake—. ¿Por qué no la lleváis a la casa, y veis lo que la señora Taylor tiene para vosotros? Ha estado cocinando toda la tarde.

—¿Sí? —la sonrisa de Rebecca se hizo más amplia. Había

crecido con rapidez durante los últimos meses—. ¿Crees que podremos llevar algo a casa para dar la bienvenida a mamá y papá? Mamá no tendrá ganas de cocinar después del viaje.

—Creo que la señora Taylor ha dicho algo acerca de una tarta de queso —dijo Jake—, y moras —las moras eran una de las debilidades de Jessica Hastings, aunque Seven dudaba que Jessica estuviera muy hambrienta después del largo vuelo desde Hawai.

Alee y ella habían pasado allí los últimos días, festejando su segunda luna de miel. El hecho de que les pidieran a Seven y a Jake que cuidaran a sus hijos era prueba suficiente de la confianza que existía entre las dos familias. A Seven no le había importado lo más mínimo, pues su hijita era más manejable cuando la visitaban sus «primos mayores». Cuando los niños entraban en la casa , Jake dijo:

—No comáis demasiado. He pensado que podríamos detenernos en McDonald's, camino del aeropuerto, cuando vayamos a recoger a vuestros padres.

—¿No crees que Erin es demasiado pequeña para comer una hamburguesa? —preguntó Seven.

—Pero no para comer patatas fritas —dijo él y sonrió.

—Maleducas a esos niños… —señaló Seven y sacudió la cabeza mientras se volvía para volver a la casa.

Jake la abrazó y la atrajo hacia él.

—No es maleducar, es querer —murmuró sobre su cuello—. Hay una gran diferencia. Mmm… ¿qué te parece si damos un paseo por detrás de los arbustos?

—Es probable que ruede como una calabaza —dijo Seven. Después de cuatro años, él todavía la hacía temblar cuando la tocaba.

—Me gusta tu vientre redondo —deslizó las manos hasta su abultado vientre—. Me sorprende que alguien tan pequeño y delicado pueda llevar un pasajero tan pesado —oprimió el vientre de ella contra el suyo con cuidado, y compartió la carga. Sonrió al sentir una patada—. Creo que tendré que hablar con el pequeño, cuando al fin haga su aparición.

—¿Te importaría que fuera niña? —preguntó Seven feliz, segura de la respuesta.

—Aceptaré lo que venga, siempre que el bebé y tú estéis bien… sea niña, niño, o extraterrestre.

—¿No temes… no te preguntas si Erin o el bebé pueden llegar a ser… tener…?

—¿Tus habilidades psíquicas? —preguntó él y sonrió. Ya había respondido a esa pregunta con anterioridad—. ¿Qué debo temer, si te tengo a ti como un ejemplo para que sigan los niños? De no haber sido por tu aparición mágica en mi vida, nunca hubiera escrito mi primer libro, mucho menos el segundo —se produjo un silencio mientras se besaron y el bebé se movió entre ellos.

En ocasiones resultaba difícil creer que aquel hombre feliz y relajado era el mismo cínico y agresivo de quien ella se había enamorado.

—No he tenido ninguna experiencia psíquica espontánea desde hace mucho tiempo, me pregunto por qué… —dijo ella.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que tu aislamiento autoimpuesto y tus rígidos intentos de represión pudieron intensificar tus poderes? Una vez que te abriste al amor, llenaste todos los lugares oscuros y solitarios de tu interior. Tal vez tu habilidad psíquica estaba conectada de alguna manera para que buscaras la parte que faltaba de ti, y cuando la encontraste, ya no has vuelto a necesitar ese poder…

—Por supuesto, la parte que faltaba eras tú —murmuró ella con dulzura.

—Por supuesto —dieron unos pasos en silencio—. ¿Te gustaría ir a París conmigo al congreso de escritores el año que viene?

—Pero… el bebé. ¿Erin? ¿Cómo lo lograríamos? —habían pasado su luna de miel en Europa, y a Seven le había encantado, pero la idea de viajar con dos niños menores de cinco años…

—Oh, los dejaremos —dijo Jake—. El bebé ya no tomará el pecho entonces, y sólo serán tres semanas. La extraña pareja podría cuidarlos… —se refería al hecho de que Charlotte y Jane se habían hecho muy buenas amigas, y se visitaban con mucha frecuencia—, o Becky le puede decir a Jessica que haga un ofrecimiento recíproco…

—¿Dejarlos? Jake, sé lo que sientes… —él nunca decía nada, pero su temor era demasiado profundo para poder ignorarlo.

Se preocupaba cada vez que Erin estaba fuera de su vista. El trabajar en casa no facilitaba las cosas. Seven sabía que sus frecuentes interrupciones en el trabajo para tomar café, eran en

realidad para vigilar a Erin y asegurarse de que estaba a salvo.

—Ya es hora de que cambie lo que siento —dijo él—. No es bueno para los niños crecer sintiéndose constantemente vigilados. No quiero terminar siendo uno de esos padres posesivos que invitan a la rebelión contra su autoridad y que avergüenzan a sus hijos con su excesiva protección. No voy a decir que me resultará fácil dejarlos, pero te tengo a ti para que me des valor…

—Yo no tengo que ir —señaló Seven—. No me importa quedarme con los niños —no se habían separado desde su matrimonio, excepto cuando nació Erin.

—Querida, ya no tienes que preocuparte por mis temores. Has sido muy tolerante conmigo, me has malacostumbrado…

—Eso no es malacostumbrar, es amar —lo interrumpió ella.

—Tú también mereces que te malacostumbren. El congreso será en primavera… ¿no te gustaría ver la romántica París en primavera conmigo? —su sonrisa prometió algo más que un simple romance —. Debes saber que no dejaré de vigilarte. Eres la clase de mujer dulce y femenina por quien pueden enloquecer los hombres europeos… y no sólo los europeos…

Seven se echó a reír. Su corazón explotaba de alegría cuando él la abrazó. Las sombras del pasado al fin se borraban gracias a la luz de su amor…



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.